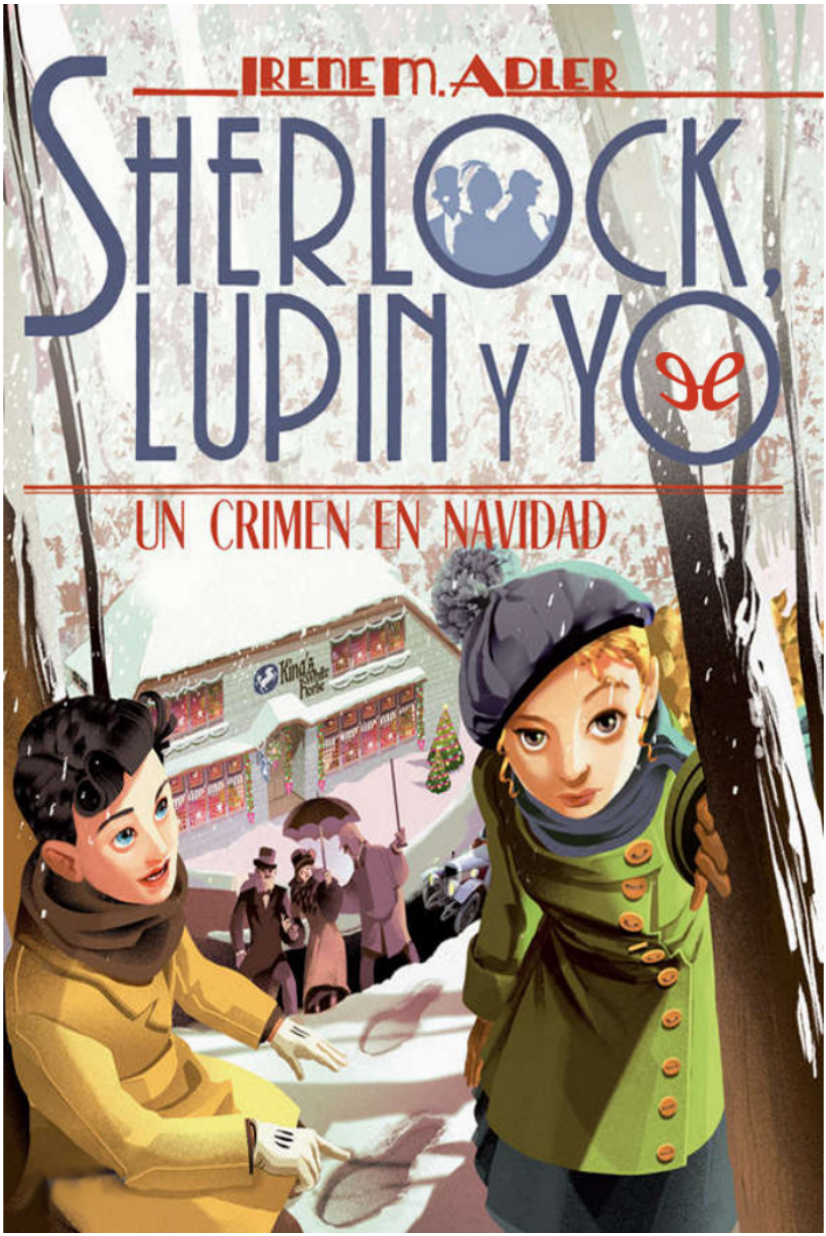
IRENE M. ADLER
SHERLOCK, LUPIN Y YO
UN CRIMEN EN NAVIDAD

La Navidad se avecina y no hay mejor regalo que pasar las fiestas en la campiña inglesa, en la agradable fonda King's White Horse. Pero, cuando uno de los huéspedes abandona la fonda bajo una memorable nevada y Holmes descubre en el sótano un ignorado pasadizo, Mila empieza a pensar que aquel lugar pintoresco esconde un tenebroso secreto. Y cuando, en Nochebuena, uno de los huéspedes muere repentinamente, ella tendrá que poner en práctica todo lo que ha aprendido de sus amigos para resolver el misterio.

Irene Adler

Un crimen en Navidad

Sherlock, Lupin y yo - 17

ePub r1.0
Titivillus 27.08.2021

Irene Adler, 2017
Traducción: Miguel García
Ilustraciones: Iacopo Bruno

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1
Aa

Índice de contenido

Cubierta

Un crimen en Navidad

Capítulo 1. Un regalo perfecto

Capítulo 2. La querida y vieja Inglaterra

Capítulo 3. Un ambiente festivo

Capítulo 4. Los huéspedes de la King’s White Horse

Capítulo 5. Una botella de Oporto

Capítulo 6. Una esmeralda entre los cristales de una botella

Capítulo 7. El misterioso señor Ormerod (o quizás no)

Capítulo 8. Un lugar soñoliento

Capítulo 9. Un patinazo monumental

Capítulo 10. Un chocolate de consuelo

Capítulo 11. La corriente de la verdad

Capítulo 12. Un ciclón con sombrerito

Capítulo 13. Como en un sueño

Capítulo 14. Una singular cena navideña

Capítulo 15. Una botella de amontillado

Capítulo 16. Un macabro despertar

Capítulo 17. Miradas y sospechas

Capítulo 18. Un collar de misterios

Capítulo 19. La memorable Navidad de la señora Wilkin

Capítulo 20. Último acto en la King’s White Horse

Capítulo 21. Un vieja historia y un fatal imprevisto

Capítulo 22. El olfato de Sherlock Holmes para los secretos

CAPÍTULO 1

EL REGALO PERFECTO

Hay ciertos días en que el pasado parece más lejano y desvaído. Días como este, en el que recorro las callejuelas empinadas y candentes de Capri en busca de un poco de paz entre el barullo de mis pensamientos. Días en los que me pregunto si lo habría podido hacer mejor, prestar más atención, cambiar el curso de los acontecimientos.

Es un enorme error teorizar en el vacío. Sin darnos cuenta, empezamos a deformar los hechos para adaptarlos a las teorías, en vez de ser a la inversa.

Estas palabras no son de mi cosecha, aunque se adaptan perfectamente a lo que siento en estos momentos. Fue Sherlock Holmes quien me las dijo hace mucho tiempo, y acabo de encontrar estas frases en el librito encuadernado en tafilete que contiene todos los relatos del doctor Watson sobre el gran detective. Las he subrayado a lápiz, como si esa marca en grafito pudiese grabar de una forma más clara en mi mente las palabras de quien, para bien y para mal, fue mi mentor. De todos los consejos que me dio, tal vez sea este el más valioso. Y al que menos caso le he hecho.

Incluso ahora, cuando arrecian en Europa vientos bélicos y los ingenuos pronósticos de una guerra relámpago avivan el entusiasmo de los contendientes, prendiendo hogueras que difícilmente se apagarán en breve, paso revista a mis acciones y trato de comprender cuándo y cómo habría podido dar un giro.

Pero la verdad es que quizá ya lo haya hecho.

Esperar nunca ha sido mi punto fuerte, por lo que vago por la isla como un fantasma, vestida con ondeantes prendas blancas que me ayudan a afrontar el fiero sol del Mediterráneo. Ni siquiera llevo

sombrero y tengo el rostro oscurecido y salpicado de pecas. Los niños del lugar, que al principio me miraban con distanciamiento y recelo, ahora corren a mi lado cuando paso y me dedican grandes sonrisas. A mí me gustaría llenarme los bolsillos de caramelos y regalárselos cada vez que los veo, pero no sería una buena idea. No quiero que se fíen de mí, de una desconocida que ni siquiera habla su idioma. En estos tiempos hay que tener siempre mucho cuidado con saber quién es amigo y quién enemigo.

Pero ¿acaso no ocurre en cualquier época?

Yo tendría que haberlo comprendido antes, así quizá las cosas habrían marchado de una manera distinta. Sobre todo con Sherlock. Y con Billy. Pero ahora no puedo más que repasar recuerdos intentando sacarlos de los cajones de la memoria sin que se rompan o se arruguen, como ropas ajadas por haberlas usado demasiado. Y, al igual que la ropa muy usada, algunos son increíblemente cómodos. Me encanta envolverme en ellos, saborear cada instante, revivirlos a fondo, olfatear su olor. Como los olores a madera, a cuero, a chocolate y a fuego de la chimenea que me retrotraen veinte años, a la fonda
King's
White Horse, donde pasamos una inolvidable Navidad. El sol abrasador de Capri desaparece de repente y vuelvo a ver la nieve, muchísima nieve rodeándonos y atenuando los ruidos, cubriendo el mundo con un manto acolchado.

Y pensar que aquel viaje no estaba en absoluto planeado…

—¿Qué podríamos regalarle a Sherlock? —preguntó Irene en Piccadilly Circus, mirando a todas partes.

Desde los desafortunados acontecimientos del verano cuando, durante una lluvia terrible, un vehículo que circulaba a toda velocidad nos había ensuciado con el barro de un charco, no habíamos puesto el pie en aquel elegante barrio. Pero la Navidad estaba a las puertas, e Irene había decidido arrastrarme a una tarde de compras en busca de regalos. Aquella vez nos acompañaba Billy Gutsby, nuestro mayordomo para todo, que a esas alturas considerábamos uno más de la familia y que en aquella ocasión concreta mi madre había reclutado para que nos echara una mano con los paquetes. Paquetes que, no obstante, por culpa de nuestros

titubeos en la elección de regalos, tardaban en materializarse.

—¿Algo para sus abejas? —aventuré dubitativa. No conseguía imaginarme nada que pudiera interesar a nuestro famoso investigador Sherlock Holmes que no fuese un caso misterioso que resolver o sus amadas abejas, a las cuales se dedicaba completamente desde que había decidido retirarse.

—Me temo que ya lo tiene todo para la apicultura, si es que el laborioso Cullycutt logra tener listo el refugio invernal para las colmenas tal como el señor Holmes lo ha proyectado en vista de la tan anunciada nevada.

Hacía días que los periódicos anunciaban una inminente nevada, y Sherlock se había apresurado a preparar un cobertizo de madera para las colmenas.

Irene sonrió divertida y comentó:

—Si es que el mal carácter de Sherlock no lo ha hecho huir en cuanto ha puesto el pie en Briony Lodge…

Billy también sonrió, con un centelleo astuto en sus ojos azules.

—Cullycutt es un jovencito de inagotables recursos.

—Entonces, está en buena compañía —replicó Irene lanzándole una mirada a Billy.

Solo habían pasado unos meses desde que el joven se había presentado en nuestra puerta. Lo había enviado la agencia a la que había recurrido mi madre adoptiva para encontrar personal de servicio. Pero, en esos pocos meses, Billy había sabido demostrar que era más que un mayordomo: era un experto en buenos modales, impecable en cualquier situación, pero también tenía útiles y fiables conocimientos de la *working class* urbana. No se asustaba ante nada y era capaz de conservar su aplomo en toda clase de circunstancias, desde una recepción importante hasta la frenética caza de un asesino. Y quizá aún más remarcable era que nuestro Billy conseguía llevarse bien con Sherlock, soportaba sus cambios de humor y la falta de templanza de su carácter. Enseguida habíamos comprendido que ya no podríamos prescindir de él.

Yo, con certeza, no podría…

Solo de pensarlo me sonrojé y disimulé mi repentina vergüenza con una tosecilla. No, no era por sus ojos azules y aquel cabello negro siempre perfecto, me dije mintiéndome solo un poquito a mí misma. Durante el verano, Billy se había convertido en mi

confidente, la única persona a la que le había revelado un asunto que para mí era motivo de angustia.

Me llevé la mano al bolsillo de la falda, donde me había guardado las dos extrañas cartas que había recibido en verano. Un temor irracional me obligaba a llevarlas conmigo a donde fuera para impedir que Sherlock las encontrara, en el caso de que hubiera empezado a dudar de mí. Por mucho que me esforzara, no lograba comportarme de una manera totalmente normal con él. No después de que el misterioso autor de las misivas, cuya identidad aún me era desconocida, hubiese insinuado que había sido Holmes quien había matado a Godfrey Norton, el difunto marido de Irene, del cual mi madre adoptiva nunca me había hablado. Sherlock, naturalmente, había intuido que algo agitaba mi ánimo, pero Billy había sostenido que era normal en una chica de mi edad… y la misoginia de Sherlock había hecho el resto, logrando que se convenciera de que en el fondo aquella debía de ser la explicación de mi extraño comportamiento.

Habían pasado unos meses y no había recibido ninguna carta más del misterioso informador. De vez en cuando, yo me decía que debía olvidarme de todo, quemar las dos misivas que tenía en mi poder y dejar atrás lo que seguro que no eran más que calumnias de un desequilibrado. Pero luego… Luego algo, todas las veces, me frenaba antes de hacerlo. Algo como la molesta sensación de estar rehuyendo un desafío. Y entonces volvía a leer y releer aquellas odiosas líneas, como si…

—¿Y qué piensas tú, Mila? —se coló la voz de Irene entre mis pensamientos.

—¿Eh? —pregunté mientras me veía reflejada en el escaparate de los grandes almacenes
Fortnum & Mason.

—Hoy tienes la cabeza en las nubes —comentó mi madre—. Estamos buscando a la desesperada un regalo de Navidad adecuado para Sherlock, ¿recuerdas? Y, francamente, para el de Arsène tampoco tengo ni la menor idea —añadió abriendo cómicamente los brazos, como si estuviese a punto de rendirse ante aquel enemigo llamado Navidad.

—¿Alguna prenda de vestir? Él adora la elegancia —reflexioné.

—Es lo que estábamos comentando hace unos instantes, pero…

—dijo Billy.

—Pero es demasiado banal —concluí yo, y mis dos compañeros asintieron.

—El hecho es que esta es nuestra primera Navidad juntos después de tantos años y no quisiera hacerles un regalo cualquiera —explicó Irene, y su habitual expresión de seguridad se resquebrajó por un instante y dejó traslucir una leve ansiedad.

Le sonreí comprensiva. Mi madre adoptiva era una mujer excepcional. Había llevado una vida ajena a las normas, había sido espía y aventurera, nada podía detenerla, pero la afección era su punto débil. En particular con Arsène y Sherlock, que habían sido sus mejores amigos en los años de la adolescencia y a los que había tenido que abandonar precipitadamente. Ahora que se habían reencontrado y hecho las paces tras cincuenta años de distanciamiento, era comprensible que quisiera recuperar el tiempo perdido.

Miré a mi alrededor en busca de inspiración. En el escaparate de Fortnum & Mason, una espectacular decoración navideña reproducía un paisaje nevado, con su pequeño trineo y sus casitas iluminadas por minúsculas velas. Pese al olor penetrante de la contaminación londinense, casi me pareció percibir el aroma a resina y canela que asociaba a mis Navidades en Estados Unidos. Aquella iba a ser mi primera Navidad lejos de la que había aprendido a considerar mi patria, y por un momento me sentí perdida. De nuevo estaba cambiando de vida, de costumbres, incluso de tradiciones…

—¡Eh, acabo de tener una idea! —exclamé de pronto.

—Oigámosla —dijo Irene con una sonrisa esperanzada.

—Si os digo «típica Navidad inglesa», ¿en qué pensáis?

—*Christmas pudding* y tarta —respondió Billy.

—Chimenea encendida —dijo Irene—. Frío afuera, un poco de nieve, un viejo *cottage* de madera en el campo…

—Villancicos y trineos tirados por caballos —añadió Billy.

—Mantas escocesas para arroparse, muérdago, chocolate caliente —enumeró Irene, cada vez más inspirada.

—¿Por qué no les regalamos a nuestros amigos… la Navidad? —sugerí, convencida de que era la mejor idea.

—¿En qué sentido? —dijo perplejo Billy.

—Oh, sería maravilloso… si existiese la manera de hacerlo —dijo Irene fascinada por la idea.

—Pues bien, ¡yo creo que esa manera existe! —declaré con una sonrisa misteriosa.

De hecho, antes de sumergirme en mis cenagosos pensamientos había visto algo que me había llamado la atención. Y aquel algo se encontraba colgado en el escaparate de la agencia de viajes Leighton & Baird.

CAPÍTULO 2

LA QUERIDA Y VIEJA INGLATERRA

Al entrar en casa grité: «¡Sorpresa!», pero nadie respondió. El salón de Briony Lodge estaba desierto.

—¡Sorpresa! —repetí, pero mi voz resonó en el vacío entre los silloncitos de *chintz* y las alfombras adamascadas.

—Pero ¿dónde se han metido todos? —preguntó Irene con una arruga de preocupación entre las cejas.

A pesar del nuevo curso de nuestras vidas, lo más alejado posible de intrigas y maquinaciones, bastaba que tuviera lugar un pequeño contratiempo para que volviera a ponerse tan alerta como la agente secreta internacional que había sido, preparada para dar con sicarios en las sombras y otros peligros. Incluso a mí me hormigueaban las yemas de los dedos. Había crecido bajo la omnipresente y constante recomendación de estar atenta, de guardarme las espaldas, de no dar nada por descontado. Pero una carcajada familiar distendió nuestros miembros rígidos y preparados para reaccionar.

—Parece que los señores están en el jardín —observó Billy, tan escueto como siempre—. Les aconsejaría que se dejaran puestos los abrigos.

Corrí hacia la parte trasera de la casa. El jardín pelado que habíamos encontrado a nuestra llegada a Briony Lodge había dado paso a un digno rectángulo de pradera con una hortensia que en verano, si se la abonaba y cuidaba adecuadamente, estaría dispuesta a obsequiarnos con una bella floración violeta, y con los rosales, que pese al duro clima habían logrado hacer brotar algunos

capullos amarillos veteados de naranja, revelando la pertenencia de los arbustos a la variedad del tipo té. A principios de otoño, Billy había lijado y pintado la mesa de hierro forjado, y también las sillas habían recuperado su anterior esplendor blanquecino, sin que las mordeduras del óxido minaran sus patas. Allí, en aquel rincón resguardado, era donde Sherlock había colocado las colmenas de sus amadas abejas, y junto a ellas estaba reunido con Arsène y un chico poco mayor que yo vestido con ropa oscura de trabajo.

La carcajada de Arsène, cristalina y melodiosa, volvió a oírse.

—Cullycutt, da la impresión de que has conseguido contentar a nuestro Sherlock.

El chiquillo sonrió, dejando a la vista unos dientes enormes y un poco torcidos. Luego dio un golpecito en una especie de gran caja de listones de madera que cubría las colmenas.

—Ya les dije, señores, que en todo Londres es difícil encontrar a otro carpintero tan rápido como yo.

—Ejem… Aprendiz de carpintero querrás decir —precisó Billy con una mueca divertida.

—¡Bueno, pero no para siempre! —rebatió Cullycutt sin perder la sonrisa.

—Excelente, excelente, mi querido jovencito. El refugio invernal para mis abejas es exactamente como lo proyecté —comentó Sherlock observando la estructura de madera desde todos los ángulos, con las solapas del abrigo alzadas y una bufanda de cuadros alrededor del cuello.

—Sus indicaciones eran extremadamente precisas y cuidadas, señor Holmes —replicó el aprendiz.

Por toda respuesta, Sherlock le tendió un sobre, que Cullycutt, con cara de satisfacción, se metió en el bolsillo de la chaqueta.

—Ahora tengo que irme sin falta. Señoras, señores… —dijo el chico, y, tras una torpe inclinación, cruzó corriendo la verja.

—¿Por qué tanta prisa? —pregunté perpleja.

—Porque me temo que no tiene permiso de su patrón para hacer trabajitos por cuenta propia —respondió divertido Arsène.

—Cuántas cosas creéis vosotros, los jóvenes, que podéis escondernos a los adultos… —comentó Sherlock, y sentí que su mirada me quemaba la piel. Enrojecí y balbuceé sílabas inconexas.

—La sorpresa —me susurró Billy acudiendo en mi ayuda.

—Ah, sí… ¡Sorpresa! —exclamé, agradecida por aquella oportunidad de cambiar rápidamente de tema de conversación.

La mirada de Sherlock permaneció impasible.

—Veamos, es 22 de diciembre y vosotros habéis salido esta mañana porque Irene tenía intención de comprar los regalos de Navidad. Nada más entrar en casa, habéis venido inmediatamente aquí afuera, sin tiempo para dejar, y mucho menos para esconder, los paquetes. Esto hace pensar, naturalmente, que no hay tales regalos; de todos modos, conociendo bien a Irene, descartaría que haya tenido la sensatez de renunciar a la tediosa costumbre de los regalos navideños. Solo queda concluir que el sorprendente regalo que acaba de anunciar Mila es de naturaleza inmaterial e indudablemente no convencional. Una hipótesis que, francamente, ¡me hace sentir más escalofríos que el viento gélido que sopla aquí afuera!

Arsène estalló en carcajadas echando la cabeza hacia atrás.

—Uf… ¡Si solo se trata de unas pequeñas vacaciones! —bufó Irene, que le lanzó a Holmes una mirada ridícula.

—Ah… ¿Y qué os hace pensar que yo deseaba unas vacaciones como regalo de Navidad? —dijo Sherlock arqueando una ceja.

—¡Nada! Pero a mí me parece una magnífica idea —intervino Arsène en nuestra ayuda—. Y tú, Sherlock, resígnate: a nadie le fastidia la Navidad tanto como a ti.

—¿La Navidad te… fastidia? —le pregunté perpleja. Era una de mis épocas preferidas del año y no comprendía que no le pudiera gustar.

—No te lo he dicho para no estropear la alegría de las compras navideñas, pero, en cuanto se acercan las Navidades, ¡Sherlock se pone de pésimo humor, aunque se hunda el mundo! —confesó Irene en un tono vagamente burlón.

—No estoy de pésimo humor —protestó él.

—Siempre lo estabas de joven cuando empezaban a verse las primeras coronas de muérdago —se burló Arsène.

—¡Sí, pero con el tiempo he cambiado!

Me pareció entrever un resquicio de esperanza en aquellas palabras, así que le sonreí de manera alentadora.

—Pues sí. ¡La edad madura me ha permitido pasar de una sombría irritación a la completa indiferencia! —añadió con sorna

Sherlock.

El resquicio entrevisto y mi sonrisa se fueron al traste en un abrir y cerrar de ojos.

—Al menos espera a oír adónde quieren llevarnos antes de empezar a refunfuñar —le reprochó burlonamente Arsène.

Irene sacó del bolso los papeles que acababa de entregarnos el empleado de la agencia de viajes y se los enseñó a sus dos amigos.

—En Leighton & Baird nos han garantizado que encontraremos la dulce atmósfera navideña de otros tiempos.

—¡¿La atmósfera navideña de otros tiempos?! —repitió Sherlock con los ojos desorbitados—. ¡Oh, por todos los dioses! ¿Y si yo cediera mi puesto a Billy también esta vez? Después de todo, estoy en deuda con él por haberme presentado a su amigo carpintero.

Irene agitó entonces el sobre que contenía los billetes de tren y el resguardo de la reserva.

—No hace falta.

—¡Sorpresa! —volví a exclamar dando palmas, y Billy perdió por un momento la compostura, se sonrojó ligeramente y bajó la mirada.

—Bueno, yo… realmente no pensaba formar parte de… En la agencia usted ha dicho que quería comprar un billete para un invitado especial, señora Adler… Con toda sinceridad, yo creía que era para el señor Mycroft Holmes.

Sherlock resopló ruidosamente y exclamó:

—¡Vaya, si hay algo que podría hacerme recaer en mi vieja aversión navideña es precisamente la presencia de mi hermano!

—Mycroft estará ocupado con sus compromisos oficiales —intervino mi madre haciendo un vago gesto con la mano— y, en cuanto pueda, irá a refugiarse en el club Diógenes para estar un rato en silencio y en soledad. No, Billy, este billete es para ti, siempre que no tengas ya otros planes.

Una pizca de tristeza empañó la mirada de Billy, y yo me pregunté por enésima vez cuál sería su historia y la de su familia, pero enseguida una chispa de auténtica alegría barrió aquellas sombras.

—En tal caso…, acepto con mucho gusto, señora Adler —dijo el mayordomo.

—¡Pues entonces, ánimo, vayamos a hacer las maletas! —

exclamó Arsène dando una palmada—. ¡Tú también, viejo antipático! —soltó propinándole un manotazo en el hombro a Holmes.

Sherlock le soltó un improperio en respuesta, pero la luz de sus ojos era más festiva de lo que quería hacer creer.

Al día siguiente, la antevíspera de Navidad, la estación Victoria nos recibió con un viento helado y cortante.

—¡Llega la nevada del siglo! —voceó un vendedor de periódicos alzando un ejemplar, y Arsène lo compró.

—¡Se prevén cincuenta centímetros de nieve en la ciudad! —leyó incrédulo.

—De acuerdo, pero… ¿cómo es posible que cada nevada sea siempre «la del siglo»? —bromeó Billy.

—¡Sensacionalismo de periodistas de cuatro cuartos! —comentó Sherlock—. Resulta claro, de hecho, que para que fuera la nevada del siglo habría que esperar por lo menos al final del siglo y compararla con todas las demás nevadas caídas en la misma área geográfica.

—Puede ser, pero yo tengo el presentimiento de que esta nevada será una candidata a entrar en esa clasificación —dijo Irene.

—¿Y qué te lo hace pensar? —le pregunté yo con curiosidad.

—Mi tibia —contestó ella. Ante mi mirada de perplejidad, añadió—: La que me rompí hace veinte años persiguiendo a un agente búlgaro en Viena. Siempre me duele cuando el tiempo va a empeorar gravemente.

—Y cuando la ciencia meteorológica y la venerable tibia de la señora Adler coinciden… —bromeó Sherlock.

—Después de todo, ¿qué es una Navidad sin nieve? —preguntó Arsène con una sonrisa infantil—. Y hay otra cosa que no puedo más que asociar con el ambiente navideño… —Lupin señaló a una vendedora ambulante con una cesta llena de manzanas caramelizadas.

—Cuidado con la dentadura, *monsieur* Lupin —le tomó el pelo Sherlock.

—Para tu información, los dientes de mi boca son aún todos míos —replicó Arsène, y corrió a comprarse una manzana caramelizada, que mordió con fuerza—. Mmm, hacía más de

cuarenta años que no me comía una y puedo afirmar con gran satisfacción que son exactamente como las recordaba: ¡horrendamente pastosas y dulces hasta la náusea!

Riéndonos de Lupin y su manzana, subimos al tren que hacía el trayecto entre Londres y Crawley. Y, una vez que llegamos a Crawley, bajamos para hacer el transbordo a Mayfield, nuestro destino.

—¿No es una maravilla? —preguntó Irene cuando se aproximó el trenecito local: una locomotora de aspecto anticuado con solo tres vagones enganchados.

—Ah, por supuesto, para quien aprecie la lentitud y la obsolescencia —respondió con ironía Sherlock, pero yo pensaba que aquella atmósfera, única, extraña y como suspendida en el tiempo, era emocionante. Y la impresión de estar viajando hacia atrás en el tiempo se acentuó con el medio de transporte que nos esperaba fuera de la pequeñísima estación de Mayfield: un carruaje de caballos, conducido por un jovenzuelo de mejillas rosadas que vestía un gabán muy gastado.

—En efecto…, ¡igual que en los viejos tiempos! —constató divertido Arsène.

Sherlock se limitó a observar al conductor, dibujando una medio sonrisa, sin decir nada.

—Veamos, ¿qué has visto para sonreír como un gato que se ha comido al canario? —le preguntó Irene cuando todos ya nos habíamos montado y marchábamos hacia nuestro destino.

—Oh, nada importante, solo he tenido la confirmación de que esta atmósfera de «querida y vieja Inglaterra» es una completa puesta en escena. Nuestro conductor, en realidad, tiene un vehículo de motor en la cochera.

—¿Y qué te ha hecho deducirlo? —le pregunté perpleja. ¡Si solo lo había mirado unos pocos segundos!

—Para empezar, tiene una mancha de aceite de motor en el gabán. Y las suelas de sus botas presentan una abrasión en la punta, bien visible, signo evidente de que las usa para accionar unos pedales. Fijaos cuando lleguemos a nuestro destino, no tendréis más remedio que darme la razón.

El carruaje se detuvo delante de una coqueta fonda con tejado de pizarra con el evocativo nombre de

King’s
White Horse. De la chimenea salían volutas de humo, y guirnaldas de piñas y cintas de tartán colgaban de las ventanas.

—¡Qué maravilla! —exclamó Irene, inspirando profundamente el aire limpio del campo.

El cochero nos ayudó a descargar las maletas y, mientras me tendía la mía, le pregunté a quemarropa:

—Perdone una pregunta: ¿acaso conduce usted un automóvil?

El joven se rio y contestó:

—¡Pues claro, estamos en el siglo XX, señorita! Pero la señora Dibley, la dueña de la fonda, prefiere que vaya a recoger a los huéspedes en carruaje, así que uso esta vieja tartana que perteneció a mi padre.

Yo le di las gracias y volví con los demás. ¡También aquella vez Sherlock había acertado! Todavía no sabíamos que muy pronto sus facultades deductivas serían puestas a prueba. ¿Cómo habríamos podido imaginarlo cuando todo lo que desde fuera parecía transmitir la
King’s
White Horse era la acogedora quietud de una vieja fonda inglesa?

CAPÍTULO 3

UN AMBIENTE FESTIVO

El interior de la King's White Horse no decepcionaba, con su suelo de tablas y el revestimiento de madera de las paredes, el olor a la leña resinosa que ardía en la chimenea y…

—¿Cacao holandés? —preguntó Sherlock, y las aletas de su nariz aguileña vibraron como las de un sabueso.

La señora Dibley, una mujer rechoncha y jovial de mediana edad, vestida de manera cursi con ropa de corte anticuado pero de aspecto perfectamente pulcro y bien conservada, le obsequió con una larga sonrisa y un ademán de la cabeza.

—Veo que es usted un experto. Sí, estoy preparando chocolate caliente con un cacao producido según el método del señor Van Houten, que me hago traer directamente de los Países Bajos por un proveedor de confianza.

—La alcalinización es, en efecto, perceptible al olfato. Una delicia para la nariz —aprobó Sherlock con una de sus raras sonrisas.

—¿Vosotros habéis entendido lo que acaban de decir? —nos susurró Arsène a Billy y a mí con una mueca divertida en el rostro.

—¿Ves como has hecho bien en venir con nosotros, Sherlock? —dijo por su parte Irene.

—Por favor, síganme —nos pidió complacida la señora Dibley—, los acompaño a dejar el equipaje en las habitaciones, así podrán instalarse y refrescarse, y no tienen más que hacerme una señal cuando estén listos para que les sirva un excelente chocolate caliente en el salón.

—Espléndido —comentó Sherlock, que había vuelto a ostentar su distanciamiento, aunque sus labios estaban relajados en una

sonrisa.

Mi habitación era pequeña pero encantadora, y la cama estaba cubierta con un edredón de plumas voluminoso y suave como una nube. Colgué mis vestidos en el armario y por un momento consideré la posibilidad de dejar las cartas que siempre llevaba conmigo en el cajón del tocador. En aquel ambiente de vacaciones, no podía dejar que me tiranizaran aquellas estúpidas calumnias. Pero el miedo a que las descubrieran me hizo cambiar de opinión.

«Lo hago por no darle un disgusto a Sherlock, se sentiría mal si lo descubriese…», me dije, aunque solo era una verdad a medias. Aquellas cartas decían que Holmes había viajado a Edimburgo precisamente en los días en que se había producido el homicidio de Godfrey Norton, abogado y marido de Irene. Yo no sabía nada de Norton: mi madre no había adoptado su apellido y nunca me había hablado de él, era como si aquel hombre jamás hubiera existido. Y Sherlock… Sherlock se la había encontrado durante la aventura que John Watson había narrado con el título de *Un escándalo en Bohemia*. Solo que aquel relato era, en ciertos aspectos, oscuro e incomprensible. ¿Por qué Irene había arrastrado a Sherlock con engaños para que fuese testigo en su boda? ¿Y por qué Sherlock no había hecho ni dicho nada? En resumen, ¡estaba bastante claro que él había sentido algo por ella en su juventud! ¿Acaso los sentimientos cambiaban tanto al crecer? Mi mente, lanzada a una velocidad enloquecida hacia aquellos pensamientos, evocó la imagen de Billy, y en el espejo del tocador vi que me sonrojaba.

En aquel mismo instante, alguien llamó a la puerta.

—¿Estás lista, Mila? —me preguntó precisamente su voz, la de Billy.

—¡Sí, ya voy! —respondí en un tono quizá un poco demasiado alto.

»—¿Qué te parece este lugar? —le pregunté inmediatamente, nada más salir de mi cuarto, solo para no quedarme en silencio ni dejarle percibir mi turbación.

—Muy típico —respondió—. Y es ideal para descansar un poco. Aunque la última vez que la señora Adler propuso unas vacaciones relajantes nada salió según el plan…

—La Navidad hace mejor a todo el mundo —bromeé—, ¡y el chocolate de la señora Dibley incluso podría lograr el milagro de

hacer mejor al señor Holmes!

Gutsby se rio con ganas.

Llegamos al piso de abajo cuando, en la recepción, Irene firmaba en el registro de huéspedes, que estaba al lado de un monumental teléfono de baquelita, y Arsène y Sherlock la esperaban mirándolo todo.

—¡Perfecto! —exclamó la señora Dibley con los ojos brillantes —. Se prevé una Navidad llena de animación. ¿Sabe que van a llegar muchas caras nuevas aquí, a la
King's
White Horse? Parece que este año hay un mayor deseo de las buenas viejas cosas a la antigua. Será por la guerra… Pero no pensemos más en ella, ya ha pasado y estamos listos para seguir adelante respetando las tradiciones. De mis gratos huéspedes de este año, ustedes han sido los primeros en llegar.

—¡Ejem! —dijo una vocecita en el salón, y todos nos volvimos de sopetón.

Una mujer diminuta y de rostro agradable estaba sentada en un silloncito de cuero con un libro en las manos. Debía de ser poco más joven que Irene, pero tenía el pelo completamente blanco, con un leve matiz dorado, probablemente artificial. Los pómulos altos subrayaban dos ojos penetrantes.

—Los primeros entre los nuevos clientes —se apresuró a corregirse la señora Dibley—. Señores, les presento a la señorita Berrell, que desde hace ya unos años nos honra con su presencia. La Navidad no parece de verdad si ella no está con nosotros.

La señorita Berrell nos regaló una amplia sonrisa y luego se zambulló de nuevo en la lectura.

Nos acomodamos a poca distancia de ella, en dos sofás de aspecto un poco gastado pero cómodos. El ambiente era el más inglés y el más invernal que yo pudiera imaginar. La chimenea encendida nos regocijaba con el crepitar del fuego, el revestimiento de madera y las grandes alfombras, las butacas y los sofás de cuero creaban un lugar cálido y acogedor, los trofeos de caza y las vistas campestres un tanto ennegrecidas de las paredes daban aquel toque adicional típicamente británico, y una librería repleta de viejos volúmenes convertía el salón en un lugar en el que querer detenerse. El conjunto estaba coronado, además, por una alegre

decoración navideña, rústica y sin esos excesos que para entonces podían verse en la ciudad.

—¡Y hasta está la caja del backgammon! —exclamó Arsène como para completar mis pensamientos, señalando una cajita de madera taraceada que se encontraba sobre el escritorio del rincón —. ¿Quién quiere jugar una partida conmigo?

—Hace mucho tiempo que no juego —comentó Billy—, pero me apetece bastante volver a intentarlo.

—Ah, estás en buena compañía, querido Billy —replicó Arsène con una mirada divertida—. Jugué por última vez más o menos cuando me comí la última manzana caramelizada.

Mientras Arsène y Billy abrían la caja del backgammon sobre la mesita situada entre los dos sofás, Sherlock suspiró y susurró:

—¡Ah, ahí está! —No se refería al juego, sino a la bandeja con seis tazas de chocolate humeante que hacía su entrada en el salón en las experimentadas manos de la señora Dibley.

—Aquí lo tienen, el mejor cacao holandés preparado por nuestra cocinera, la señora Milne, bajo mi supervisión. Ya verá, señor Holmes, incluso un entendido como usted no podrá más que quedar satisfecho.

La hostelera repartió las tazas de chocolate entre los presentes. Sherlock tomó un pequeño sorbo con los ojos cerrados y dictaminó:

—¡Excelente!

—Cierto, magnífico, aunque tal vez un poco pesado… —dijo la señorita Berrell con la nariz hacia arriba, apuntando al techo.

—Un buen chocolate caliente debe tener cuerpo —repuso Sherlock en un tono que no admitía réplica.

—Pues claro, y es Navidad después de todo, si uno no se concede algún capricho extra en estas fechas… —se apresuró a decir la señorita Berrell con una sonrisa.

—Y sobre todo con la gran nevada que se avecina, hay que calentarse —comentó la señora Dibley—. ¿Lo han oído? ¡Parece que será realmente excepcional!

—Eso comentan los periodistas —dijo Sherlock poco convencido de ello.

—Pero un poco de nieve en Navidad ayuda a crear el ambiente adecuado —replicó la hostelera mirando por la ventana—. Solo esperemos que no empiece demasiado pronto, de modo que todos

los huéspedes puedan llegar sin tropiezos.

—Sería una auténtica lástima —incidió la señora Berrell sin alzar los ojos del libro.

—¿Seremos muchos? —preguntó con curiosidad Irene.

—Oh, sí, tengo reservadas todas las habitaciones —contestó la señora Dibley con expresión satisfecha.

—¡Ajá! ¡Estás perdido! —exclamó Arsène dándose una palmada en la rodilla y señalando el tablero de backgammon.

—¡Todavía no hemos terminado! —repuso combativo Billy.

Yo suspiré observando a la señora Dibley, que volvía a la cocina. Me levanté y deambulé un poco por el salón mirando los libros. Quizá podría leer algo.

—Tenga cuidado, no quisiera que se manchara —me dijo de pronto la señorita Berrell.

Me volví con rapidez y me di cuenta de que estaba muy cerca del reposabrazos sobre el que ella había dejado su taza de chocolate, un poco en equilibrio.

—Perdone —me apresuré a decir, y retrocedí un paso antes de que mi falda se llevara por delante la taza.

—No es nada, querida —repuso la mujer en tono afable. Luego le dio el último sorbo al chocolate y se levantó—. Si me disculpan, voy a retirarme a mi habitación.

Le hice un ademán con la cabeza mientras se alejaba y luego volví a mirar alrededor.

—¡Todo parece tan alegre aquí! —exclamé entusiasmada.

—Todo salvo nuestra querida señorita Berrell —replicó Sherlock.

Me volví hacia él, perpleja.

—¿Cómo dices?, si es una señora muy gentil.

—Veo que no has notado la mirada que nos ha echado antes de salir del salón, cuando pensaba que no la veíamos. Supongo que nuestra llegada le ha resultado demasiado bulliciosa. Una especie de intrusión en su territorio —explicó.

Me ensombrecí al instante y confesé:

—No me he dado cuenta.

—Para un detective es muy importante saber «mirar con el rabillo del ojo», literalmente.

—Estoy de acuerdo —intervino Irene con una sonrisa—. ¡Y no

solo para un detective! A mí, la mirada con el rabillo del ojo me salvó la vida en varias ocasiones durante… el trabajo de campo. Una vez incluso evité que un pequeño mono desarmara a mi oficial británico de enlace en una vigilancia en la India…

—No era uno de los mejores hombres de su majestad, presumo —comentó Sherlock.

—No, diría que no.

—¡He ganado! —celebró Billy.

—¿La revancha? —le preguntó Arsène.

—Ellos están jugando al backgammon, ¿qué hacemos nosotros? —les pregunté a Irene y a Sherlock encogiéndome de hombros.

En aquel momento, unos ruidos en la entrada anunciaron la llegada de más huéspedes.

—También podemos jugar a algo —respondió Holmes, que dirigió la mirada hacia el pequeño pasillo que albergaba la recepción y que se encontraba exactamente frente a nosotros, al otro lado de la estancia—. Se llama «¡Observa al desconocido!».

CAPÍTULO 4

LOS HUÉSPEDES DE LA KING'S WHITE HORSE

La señora Dibley atravesó el saloncito a buen paso y fue a recibir a los nuevos huéspedes. Desde el sofá en que me había sentado, al lado de Sherlock, vi llegar a una pareja de mediana edad.

—Somos los señores Liverton —se presentó el hombre.

—¡Bienvenidos! Entren, por favor —dijo la dueña de la fonda prodigándose en cortesías.

—He aquí la ocasión para empezar nuestro juego. ¿Qué me dices de esa pareja, Mila?

Me esforcé en observarlos atentamente con la esperanza de tener alguna inspiración divina que me hiciera quedar bien.

—Mmm…, nada, son dos personas más bien corrientes, me parece —dije al fin, no sin cierto desaliento.

Eran de mediana estatura, sin signos distintivos. El hombre tenía el cabello oscuro y lucía una cara bien afeitada, y la que parecía ser su mujer llevaba el pelo castaño recogido en un moño, del que se escapaban algunos mechones. El único detalle digno de mención eran las gafas redondas con montura de carey.

—El hecho mismo de que parezcan corrientes es bastante significativo —respondió severo Sherlock.

Me esforcé en advertir algo más.

—Su ropa no es anticuada, pero tampoco van a la moda —aventuré.

—Exacto —me animó Irene.

—Y es de colores poco llamativos —añadí cobrando seguridad.

—¿Y qué me dices del pelo? —me preguntó Sherlock.

—¿Del pelo? —Estaba desconcertada. Lo único que podía resaltar era el color, pero no era inusual ni misterioso.

—Recién cortado —observó Irene con seguridad—. Se nota por lo derechas que están las puntas. No se visten de manera llamativa, pero le dan importancia a su aspecto.

—¡Las manos! —exclamé. El señor Liverton se había quitado los guantes y dejaba a la vista unas manos blancas y finas—. Seguro que no hace un trabajo pesado.

—Bien, veo que empiezas a encajar las piezas —me gratificó Sherlock con una sonrisita apenas esbozada.

Mientras tanto, el hombre firmaba en el registro de huéspedes y la mujer se volvió de golpe hacia mí. No aparté los ojos y sonreí, enmascarando nuestro juego bajo una simple y cortés curiosidad por los nuevos viajeros.

La señora Dibley se percató de mi sonrisa y anunció:

—Mis gentiles señores Liverton, tengan la bondad de pasar al salón para conocer a los otros gratos huéspedes de nuestra fonda. Esta linda muchacha es la señorita Mila Adler.

Me levanté y fui a estrecharles la mano a ambos.

—Yo soy Jane Liverton —dijo la mujer correspondiendo a mi sonrisa— y él es mi marido Adrian.

—Es un placer —dijo el hombre.

También se presentó Irene, y luego Sherlock, que, en un impulso de formalidad, le besó la mano a la señora. El señor Liverton lo miró con ojos de sorpresa y yo reprimí una risita por lo que tomé como un exceso de celos. Billy y Arsène interrumpieron por un instante su partida, de modo que se ultimaron las presentaciones.

—Si vienen conmigo, les enseñaré su habitación —dijo entonces la señora Dibley, y los dos se despidieron para seguirla al piso de arriba cargando con las maletas.

A nuestro lado, Billy y Arsène siguieron jugando concienzudamente, mientras que nosotros nos volvimos a sentar muy juntos, con las cabezas casi tocándose y mostrando unas sonrisas de conspiración.

—Pareja burguesa, acomodada pero no rica —dijo Irene—. Un tanto tibia, me parece.

—Y, como muchas tibias parejas burguesas, esconde un pasado borrascoso —dijo Holmes con expresión burlona.

—¿En qué sentido? —pregunté perpleja, pero luego se me iluminó la cara—. ¿Qué has notado cuando le has besado la mano a la señora? Lo has hecho para observarla mejor, ¿verdad?

Sherlock me lanzó una mirada penetrante y dijo:

—Viejas cicatrices. En la muñeca izquierda.

Con los ojos desorbitados, me volví hacia mi madre y noté que estaba tan sorprendida como yo. Quién habría pensado en un intento de suicidio, con el aspecto tan tranquilo y burgués que tenía la señora Liverton.

—Quién sabe lo que ve la gente cuando nos mira a nosotros… —reflexioné abarcando la habitación con la vista.

Éramos una espía de ascendencia noble, un famoso detective, un caballeroso ladrón de fama internacional, un joven mayordomo de modales impecables y una chiquilla con un pasado problemático y un futuro aún por definir.

—A cinco personas cualesquiera —dijo Sherlock—, porque la mayor parte de la gente no mira, solamente ve. Miríadas de datos pasan a cada instante ante los ojos de todo el mundo, somos como libros abiertos para que nos lean, pero por desgracia la mayoría de las personas son analfabetas, incapaces de descifrar esta compleja y fascinante maraña de información y evidencias.

—Saber mirar puede ser una fuente de grandes oportunidades —observó Irene con mirada afilada—. Y de poder.

Me volvieron a la cabeza las palabras de Mycroft Holmes prometiéndome una futura carrera en los servicios secretos si yo quería. Y también Sherlock parecía convencido de que yo podía tener algo especial de verdad. Era un pensamiento que me hacía sentir inmensamente orgullosa, pero que también me asustaba. Temía que estuvieran equivocados, temía no estar a la altura de sus expectativas.

Mientras reflexionaba con una pizca de ansiedad acerca de mi futuro, Arsène celebró su victoria, que lo empataba con Billy, y Sherlock se levantó de golpe.

—¿Qué ocurre? —le pregunté sobresaltada.

—Tengo que hacer algo importante —dijo él, y sin añadir nada más trotó hacia la puerta de la cocina.

Irene y yo nos miramos perplejas.

—Según tu opinión, ¿qué es eso tan importante que debe hacer?

—le pregunté.

—Bah, tratándose de Sherlock podría ser cualquier cosa. A lo mejor ha notado algo esencial para el destino del mundo que a nosotras se nos ha escapado —bromeó.

—¿Y ha ido a decírselo a la cocinera?

—Tal vez ha averiguado que la cocinera no es cocinera, sino una espía internacional, y que esos dos son agentes de un bando opuesto —prosiguió mi madre en el mismo tono.

Me eché a reír como una niña.

Dos golpecitos a la puerta de la calle, no obstante, nos hicieron poner firmes, como si fuéramos dos colegialas sorprendidas armando jaleo en clase.

—Alguien ha llamado.

—La señora Dibley está arriba, enseñándoles la habitación a los Liverton.

—¿Qué dices, abrimos nosotras?

Seguí a Irene hasta el pequeño recibidor. Cuando ella abrió la puerta, nos encontramos delante a un hombre corpulento con un viejo abrigo de *tweed* de cuadritos. Tendría unos cincuenta años, un gran bigote gris y la frente perlada de sudor pese a la temperatura de diciembre. Arrugaba el sombrero entre los dedos y descansaba el peso del cuerpo en un pie y en otro alternativamente.

—Buenos días, señora Dibley. Soy Ormerod, Francis Ormerod —dijo el recién llegado tendiéndole la mano a Irene casi sin mirarla a la cara.

Mi madre adoptiva le sonrió y le estrechó la mano.

—Me temo que hay un malentendido, yo no soy la señora Dibley. Me llamo Irene Adler y soy una huésped. La señora Dibley ha subido al primer piso para acompañar a unos señores a su habitación —le aclaró mi madre.

Ormerod sacudía la mano de Irene sin dar señales de querer soltarla.

—Buenos días. Buenos días, señora Adler. Gracias por abrirme. Yo también soy un huésped de la fonda.

—Por favor, entre, señor Ormerod —le dijo Irene liberando su mano del apretón, delicadamente pero con presteza—. Esta es mi hija, Mila.

—Mucho gusto —dije yo, e hice una leve inclinación evitando

tenderle la mano. No quería arriesgarme a sufrir ese enérgico apretón de manos.

Sherlock llegó desde el salón con una taza de chocolate, lo cual explicó de una manera bastante sencilla su desaparición hacia la cocina. Sonrió al recién llegado y le dijo:

—Usted debe de ser el señor Ormerod.

Irene y yo nos quedamos con los ojos desorbitados de sorpresa. ¿Acaso sería algún personaje famoso aunque desconocido para nosotras?

—He leído su nombre en el registro mientras yo firmaba —explicó Sherlock, insólitamente afable por efecto de la excelente bebida caliente—. Hay aún dos habitaciones reservadas más y una está a nombre de un tal capitán Craigmore. Pero usted no me parece en absoluto un exmilitar.

—Así es. Yo soy… una persona más bien pacífica, en efecto —dijo Ormerod riéndose aunque un tanto cohibido.

La señora Dibley, alertada por las voces, se apresuró a bajar y recibir con su habitual cortesía al recién llegado. Como suele sucederles a las personas un poco tímidas cuando se encuentran rodeadas de caras nuevas, Ormerod se refugió en un gesto familiar: sacó del bolsillo la pipa y se puso a cargarla.

—Señor Ormerod, le aconsejo que le sirvan un poco de este exquisito néctar holandés en cuanto se haya instalado —lo animó Sherlock enseñándole su taza.

—Desde luego, desde luego… —farfulló azorado el hombre.

—¡Qué alegría tener entre mis huéspedes a un verdadero entendido! —se regocijó la señora Dibley, que para entonces parecía conquistada por Sherlock. Luego acompañó a Ormerod al piso de arriba dejándonos solos de nuevo.

Volvimos a sentarnos y Sherlock me preguntó:

—¿Y bien? ¿Qué me dices del recién llegado?

—Parece un tipo huidizo, no mira a los ojos a la gente —fue todo lo que acerté a decir en el momento.

—A lo mejor solo es muy tímido. Con seguridad es un poco misántropo, como nuestro Sherlock aquí presente, pero tiene unos modales indudablemente más toscos —aventuró Irene.

—Parece alguien que no está muy acostumbrado a encontrarse en medio de la gente, y tiene un apretón de manos que muestra su

timidez, como si no conociera a menudo a nuevas personas —seguí diciendo ganando algo de seguridad.

—¿Y qué más? —me apremió Sherlock.

—Y también… No lo sé, no he notado nada más. ¡Como no sea que tiene un gran bigote!

—De acuerdo, es un bigotudo. Pero un bigotudo que hace poco ha sufrido una ruina económica y ha tenido que reducir drásticamente su tren de vida. Lleva ropa de buena factura, pero muy raída; la pipa es de excelente raíz irlandesa, pero fuma tabaco de mala calidad.

Alcé los ojos al techo y suspiré.

—¡Vale, me rindo, nunca lo conseguiré!

—Quizá tu mente necesita más cacao —bromeó Holmes alzando la taza como para hacer un brindis imaginario—. Y no olvides que suele ser fundamental encontrar una excusa para detenerse a observar a una persona. Por ejemplo, aconsejándole al señor Ormerod el chocolate he obtenido los segundos necesarios para fijarme en su cuello descosido.

—¡Puede ser, pero quizá debería haberme decantado por el backgammon! Este juego me parece demasiado difícil…

Unos nuevos golpes en la puerta anunciaron otra llegada justo cuando la señora Dibley bajaba por la escalera.

—¡Aquí estoy! —exclamó la hostelera afablemente.

—Concéntrate, Mila —me dijo Sherlock con los ojos chispeantes bajo las cejas canosas—. ¡No querrás renunciar precisamente ahora que llegan más huéspedes!

CAPÍTULO 5

UNA BOTELLA DE VINO DE OPORTO

Sherlock me hizo un gesto para que me concentrara, dándose golpecitos en la frente con el dedo índice.

—Ahora te toca a ti.

—¿Qué debo hacer? —pregunté preocupada.

Sherlock se encogió de hombros.

—Busca cualquier cosa que pueda ser útil para averiguar algún detalle.

—Bienvenido, pase —estaba diciendo la señora Dibley.

Yo le lancé una mirada furtiva a Sherlock, como pidiéndole instrucciones, pero el detective se limitó a hundirse en el sofá con las puntas de los dedos juntas y una sonrisa indescifrable. Miré a Irene, pero no parecía tener intención de venir en mi ayuda. Era una especie de prueba.

Respiré hondo y me levanté para no parecer una miedica, aunque de todos modos temía hacer el ridículo. No poseía la naturalidad de Sherlock para entrar en contacto con los desconocidos. Me acerqué de puntillas a la entrada y atisbé la estancia.

Un hombre alto y con los hombros caídos estaba parado delante de la puerta. Tenía el cabello gris y ralo, muy corto, cejas espesas y una cicatriz larga y recta en la mejilla derecha. Se intuía que en el pasado había sido musculoso y atlético, y todavía había algo en su porte que lo atestiguaba, pero era como si en ese momento se hubiese doblado sobre sí mismo. Quizá fuera la edad. Se dio cuenta de que lo miraba y me dirigió una sonrisa cordial.

La señora Dibley interceptó su sonrisa y se volvió de golpe para ver a quién se la dirigía. Al encontrarme a menos de tres pasos de ella, se sobresaltó.

—¡Me ha asustado, señorita Adler! —exclamó riéndose y abanicándose la cara con una mano.

—Perdone, solo quería preguntarle si aún queda un poco de ese excelente chocolate caliente que hace —dije yo de un tirón.

Era la única excusa que me había venido a la cabeza. Creía que mis palabras habían sonado un tanto falsas, pero la señora Dibley no pareció advertirlo.

—Pues claro, querida mía. Siempre preparo mucho, porque sé que, después de probarlo, los huéspedes quedan encantados. Vuelva junto a la chimenea, yo le diré a la señora Milne que le lleve una taza.

Iba a dar media vuelta cuando tuve una idea: consistía simplemente en mostrarme más educada de lo que era en realidad.

—No es necesario en absoluto que la señora Milne recorra todo ese camino —dije—. No tengo ningún inconveniente en esperar aquí.

La hostelera se asomó a la cocina de manera fulminante e impartió instrucciones a la cocinera, luego volvió y le dio la bienvenida al nuevo cliente, que entretanto se había acercado al pequeño mostrador de madera de la recepción.

—¡Capitán James Craigmore, señora! —se presentó el hombre—. Es un gran placer conocerla… A usted y a la gentil señorita que está a mi lado —añadió quitándose los guantes y estrechándome la mano con corrección.

Su apretón era decidido pero no demasiado fuerte ni pegajoso como el de Ormerod. De todos modos, me tuve que esforzar para no estremecerme por lo fría que estaba su mano pese a los guantes.

—Me llamo Mila Adler, capitán. Bienvenido —le dije con una leve inclinación.

Justo entonces llegó desde la cocina la enérgica señora Milne sosteniendo una bandeja con una taza de chocolate caliente, que cogí tras darle las gracias.

—Buen provecho, señorita Adler —dijo cordialmente el capitán Craigmore, que a continuación siguió a la señora Dibley al piso superior para ocupar su habitación.

Los observé mientras se alejaban escaleras arriba y volví a sentarme junto a Sherlock.

—¿Y? ¿Qué has descubierto? —me preguntó él.

Arsène y Billy habían dejado de jugar al backgammon y estaban ya al corriente de nuestro pequeño juego detectivesco. Sentí que todos los ojos se centraban en mí.

—Bien, veamos… Se trata del capitán Craigmore. Es alto y con el pelo corto, tiene los aires marciales del antiguo soldado, pero parece que no se encuentra demasiado bien, tal vez sea la edad. Su apretón de manos es firme y educado, pero la piel estaba muy fría, pese a que llevaba guantes y un abrigo que me ha parecido grueso y de buen corte, aunque un poco grande. —Me callé un instante para reflexionar sobre aquel detalle y luego continué—: Bueno, entonces quizá no sea la edad sino una enfermedad la que le da ese aspecto frágil. El abrigo no parece estar muy usado, por lo que el capitán debe de haber perdido mucho peso en poco tiempo.

Iba a continuar con mis elucubraciones, pero Sherlock me hizo seña de que esperara. Y poco después oímos acercarse las pisadas de Craigmore y la señora Dibley.

La hostelera hizo las presentaciones y se apresuró a ponerle un chocolate caliente en la mano también al capitán. Él apretó largo rato la taza, como para calentarse las manos, pero apenas probó el delicioso líquido que contenía.

Irene y Arsène entablaron con el capitán una tranquila conversación sobre el tiempo, sobre la inminente nevada y sobre las tradiciones navideñas.

—¿Una partida de backgammon? —me propuso Sherlock, que se acomodó en uno de los silloncitos junto a la ventana, algo apartados de los sofás donde se había sentado el resto del grupo.

Lo seguí y, con aires de conspiradora, le confesé:

—No sé jugar al backgammon.

—Mejor aún, así deberé explicarte las reglas y tendremos un motivo más para hablar —respondió él, y empezó a desgranar las reglas del juego, intercalando comentarios sobre Craigmore—. Para cada jugador, los triángulos están numerados a partir del cuadrante interno de su lado. El punto más lejano para cada jugador es el veinticuatro, que equivale al primer triángulo del adversario… Tenías razón, se trata de una enfermedad. Toda la ropa le queda

demasiado ancha; basándome en su aspecto, diría que ha perdido unos nueve kilos. Cada jugador tiene quince fichas. Al principio del juego, las fichas se colocan de la siguiente manera: dos en cada punto veinticuatro, cinco en cada punto trece, tres en cada punto ocho y cinco en cada punto seis… Y sus manos, además de frías, están aquejadas de un leve temblor, aunque intenta dominarlo… Cada jugador tiene una pareja de dados, que tira con el cubilete. Y luego está el dado de doblar, que tiene los números 2, 4, 8, 16, 32 y 64 en sus caras y sirve para indicar la apuesta vigente o para aumentarla en el transcurso de la partida.

—Sin embargo, parece alegre y jovial —dije, tratando de mantener un tono bajo pero no sospechoso.

—Por observación directa, puedo decir que algunas personas tienden a conjurar la enfermedad con unas maneras alegres, siguiendo el consejo que a menudo dan los médicos de mantener alta la moral… La finalidad del juego, para cada jugador, es llevar todas sus fichas hasta su casa para luego sacarlas del tablero. Gana el jugador que primero las saca todas.

Yo estaba demasiado emocionada por mi ejercitación en el renombrado «método deductivo» de Holmes para hacer caso de verdad a las reglas del backgammon, y Sherlock no era, ciertamente, la clase de persona que me dejaría ganar para que me sintiera mejor, así que la partida fue extremadamente breve y bastante desequilibrada.

—Muy bien, muy bien —comentó Holmes tras ganarme, pero en su voz había una pizca de orgullo y ni rastro de escarnio. Observé el tablero de backgammon, perpleja, y un instante después comprendí que se refería a mis observaciones sobre el capitán Craigmore. Le sonreí mirando por la ventana.

—Podríamos salir a estirar las piernas antes de la nevada del milenio —propuso Irene, que ni siquiera en la peor estación podía resistirse al reclamo de los espacios abiertos.

Fuimos a prepararnos y minutos después paseábamos por los caminos campestres que llevaban a Mayfield. Me volví para observar la
King’s
White Horse por fuera y encontré que parecía exactamente una deliciosa bombonera. Y nos cruzamos con el señor Ormerod, que

volvía de dar un paseo. Caminaba a grandes pasos y resoplaba, sujetando en la mano algo que parecía un librito o un cuaderno de tapas rojas.

Cuando regresamos, Ormerod estaba en el salón con los demás huéspedes. Me pareció mucho más cordial y que estaba más cómodo que a su llegada a la fonda. Debía de haber dejado el libro en su habitación, porque no tenía nada en las manos.

También la señorita Berrell nos honró nuevamente con su presencia, quiso dejar claro enseguida que era una veterana entre los huéspedes de la
King's
White Horse y recibió a todos con grandes sonrisas.

—¡Es el momento de tomar una copita de jerez! —decretó la señora Dibley.

—Excelente idea —aprobó Arsène.

Ormerod, en cambio, abrió y cerró la boca, como si no tuviera valor para decir lo que le había venido a la mente.

—¿Sucede algo, señor Ormerod? —le dijo la hostelera al notar su momentáneo desconcierto.

—No, es que a mí… Pero no quisiera causarle demasiadas molestias… El hecho es que a mí no me entusiasma el jerez —se disculpó encogiéndose de hombros—. El único licor que consigo apreciar es el oporto.

—Ah, pero eso no es ningún problema, aquí mismo tengo una botella —dijo la hostelera, y abrió el mueble de los licores. Pero un instante después suspiró y puso los brazos en jarras—. Es raro, muy raro… —dijo alzando la botella y observándola a contraluz—. Creía que todavía quedaba un poco, pero está completamente vacía. Tal vez la señora Milne la haya usado para cocinar y luego la haya devuelto a su sitio sin darse cuenta de que estaba vacía, a veces es un poco distraída… De todos modos, en el sótano tenemos más.

—En el sótano, ¿eh? —repitió Ormerod. Alzado sobre la punta de los pies y ligeramente ladeado, parecía un sabueso con sobrepeso en espera de que le lanzaran un hueso.

—Seguro que sí, voy enseguida a coger una botella.

—¡No! —soltó Ormerod, sobresaltando a la pobre señora Dibley —. Quiero decir… No se moleste, ya voy yo —se apresuró a añadir.

—Oh, no, usted quédese sentado, estaré de vuelta dentro de un

instante…

—Insisto, señora —dijo Ormerod ofreciendo una rígida sonrisa y una severa inclinación—. Dejando aparte el jerez, siempre he tenido una pequeña pasión por los vinos… No me disgustará en absoluto visitar la bodega del sótano.

—Ah, en tal caso… Pero me temo que no sabrá dónde se encuentra.

—Bueno, los sótanos suelen estar bajo tierra, ¿no? ¡Estoy seguro de que lo encontraré! —replicó Ormerod, riéndose de su propia ocurrencia—. Si acaso… ¿Está cerrado con llave? —preguntó.

La señora Dibley negó ligeramente con la cabeza y sonrió.

—No, no tengo la llave. ¡Me temo que se perdió en tiempos de los Tudor!

Ormerod se rio sonoramente y desapareció por la puerta del salón.

Nuestro apasionado de los vinos (¡o nuestro aguafiestas, según el punto de vista!) estuvo fuera un tiempo que a mí me pareció larguísimo, pero cuando Gutsby proponía ya, en broma, hacer una expedición de rescate, él reapareció con una botella polvorienta en la mano.

—Señor Ormerod, empezábamos a preocuparnos —bromeó la señora Dibley.

—Ah, perdónenme, pero quería elegir bien —dijo el hombre riéndose bajo su gran bigote y enseñando su botín.

Sherlock le echó un vistazo a la etiqueta de la botella y vi que se le arrugaba la frente. Un segundo después volvió a sonreír cortésmente y dijo:

—Si no le importa, señor Ormerod, a mí también me gustaría tomar un poco de oporto. Su… entusiasmo ha hecho que me apetezca.

La señora Dibley repartió unas copitas de cristal y, mientras ella les servía jerez a los demás huéspedes, Ormerod le sirvió el oporto a Sherlock, que lo olió, se mojó los labios, lo olió de nuevo y luego, con expresión impasible, le dio un sorbo.

Ormerod se bebió el suyo como si fuese agua fresca en el desierto y dibujó anchas sonrisas tamborileando con los dedos en el brazo del sillón en que se había sentado.

La cena se sirvió a las seis y media en punto en el coqueto

comedor de la fonda, adornado para la ocasión con navideños centros de mesa de acebo. Mis compañeros de viaje y yo ocupamos una mesa de cinco mientras los demás huéspedes daban vueltas torpemente alrededor de dos mesas dispuestas para la cena.

—¡Pero hay dos cubiertos de más! —exclamó el señor Liverton, como si se tratase de un descubrimiento sensacional—. ¿Se espera a más personas?

—El señor Shapton y su señora me han comunicado por teléfono que llegarán mañana. Han tenido un pequeño contratiempo.

—Entiendo, entiendo… —asintió Liverton. Así que invitó a su mesa y la de su mujer al capitán, a la señorita Berrell y a Ormerod, puesto que había sitio para cinco personas.

—Sí, no cabe duda de que el capitán sufre alguna enfermedad —comentó quedamente Sherlock en cuanto la conversación en la otra mesa alcanzó suficiente volumen para permitirnos hablar sin que nos oyeran—. Liverton, por su parte, es un hombre bastante nervioso. Un rasgo de carácter cada vez más común en estos tiempos… ¡Pero quizá en esta pequeña colección de seres humanos haya alguno verdaderamente interesante!

Sin darnos más explicaciones, se levantó de la mesa y declaró en voz alta:

—Sigo tan despistado como de costumbre. He olvidado coger mis pastillas para el hígado.

E inmediatamente se alejó del comedor. Sin embargo, sus amigos, que nos quedamos sentados a aquella mesa, sabíamos muy bien que Holmes no tomaba ningún medicamento para el hígado.

CAPÍTULO 6

UNA ESMERALDA ENTRE LOS CRISTALES DE UNA BOTELLA

Cuando volvió, los ojos le centelleaban. Y era un brillo que yo ya había aprendido a reconocer.

—¿Y bien? ¿Has encontrado a tu hombre, o tu mujer, del misterio? —le preguntó divertido Arsène.

Por toda respuesta, Holmes nos dirigió a todos una mirada de sorna.

—Mientras subía al piso de arriba, me he fijado en una maceta de acebo que emanaba un olor inusual. He tocado la tierra de la maceta y he obtenido la confirmación de que alguien la ha regado… ¡con oporto!

—¿Una extravagancia de la jardinería moderna? —bromeó Billy.

Sherlock se rio.

—No —contestó—. Creo, si acaso, que podríamos tener una esmeralda auténtica entre los cristales de una botella.

Irene, Arsène, Billy y yo nos miramos perplejos mientras Holmes se divertía observándonos como alguien que hubiera propuesto una adivinanza y esperase la solución.

Yo volví a pensar enseguida en el oporto.

—Orm… —casi grité, pero me tapé la boca con la mano inmediatamente—. ¡Ooooh, Dios mío! —me corregí mirando a la otra mesa, donde sin embargo nadie parecía haberme oído—. Ormerod —susurré al fin, y Sherlock asintió.

Irene se mostraba incrédula.

—¿Ormerod? —murmuró—. ¡Ese hombre me parece tan interesante como la sala de espera de un dentista!

Un pequeño estallido de risas animó nuestra mesa.

También Sherlock se estaba divirtiendo.

—¡Pues bien, te equivocas, querida mía! —replicó—. Ese hombre tiene algo que le ronda por la cabeza, me apostaría lo que fuera.

—Y debe de haber sido él quien ha derramado el oporto en la maceta —intervine yo—. La señora Dibley estaba convencida de que tenía una botella casi llena. Podría haberlo hecho mientras nosotros estábamos fuera, de paseo… Pero ¿por qué?

—¡Porque quería dar una vuelta por el sótano! —susurró Billy.

—Sí. Y quizá, si hubiese sabido que no necesitaba ninguna llave, se habría evitado la estratagema del oporto —consideró Irene, que empezaba a apasionarse por el asunto.

—Pero ni siquiera lo habrá pensado —subrayó Sherlock—. Y con ese ardid ha creído que convertía su visita al sótano en un simple gesto de cortesía con la dueña de la casa.

—Pero ¿qué demonios podrá haber en el sótano de una fonda de Sussex que sea tan interesante? —preguntó Arsène.

—Eso lo desconozco —dije—. Pero sé que lo he visto volver de un paseo con un libro de tapas rojas en la mano —añadí—. Aunque quizá no tenga ninguna importancia…

—Al contrario. Has hecho bien en contarlo —declaró Sherlock —. Como ya he tenido ocasión de decir varias veces, mi axioma es que las pequeñas cosas son, sin lugar a dudas, las más importantes.

Cuchicheamos durante toda la cena sobre qué debíamos hacer. Yo era partidaria de realizar una expedición al sótano, mientras que Sherlock parecía más concentrado en el libro rojo que yo había visto en las manos de Ormerod. De vez en cuando nos distraíamos con la exquisitez de los platos que había preparado la señora Milne, que al final de la cena recibió cumplidos por parte de todos los comensales.

Después de picotear frutos secos y mandarinas, nos trasladamos de nuevo al salón mientras el señor Ormerod se apartaba al *fumoir*, Sherlock iba a hacerle compañía y Adrian Liverton se servía un brandy.

—¡Ah, qué torpe, me he manchado la camisa! —exclamó Arsène señalándose una gota de jugo de mandarina junto a un botón.

Lo miré perpleja. En la mesa era la persona más correcta e

impecable que jamás había conocido. Tardé un instante en comprenderlo y luego le sonreí. Se había ensuciado aposta para tener un pretexto por el que marcharse.

A saber adónde iría, si al sótano o en busca del misterioso libro rojo.

Mientras yo esperaba ansiosa su regreso, la señora Dibley se sentó al piano y entonó un viejo villancico titulado *Down in Yon Forest*. Yo también lo conocía y canté con los demás sus estrofas, que hablaban de bosques y campanas del paraíso.

La voz de Irene, moldeada por años de canto lírico, fue una sorpresa para todos los que no la conocían, y la señora Dibley le rogó que interpretara *O Come All Ye Faithful*. Todos estaban maravillados y pendientes de sus labios.

Todos salvo el señor Liverton, que seguía mirando a Holmes.

—¡Sherlock! —lo llamé justo cuando las últimas notas del piano se desvanecían en el aire.

A Liverton se le escurrió el vaso de la mano. Al caer sobre la alfombra, el vaso no se rompió, pero sí derramó su contenido por el suelo.

—¡No es grave! —se apresuró a decir la señora Dibley. Se puso en pie y fue a buscar una bayeta.

—¿Se encuentra bien, señor Liverton? —le preguntó Irene poniéndole una mano en el brazo.

—No… no es nada —balbuceó el hombre, evidentemente abochornado. No conseguía apartar los ojos de Sherlock.

—¿Es que me he puesto la corbata del revés? —le preguntó este último examinándose ostentosamente la ropa.

A la señora Liverton se le escapó una risita nerviosa y dijo:

—No, es que mi marido es un gran lector de los libros del doctor Watson. Los ha devorado todos, ¡y más de una vez!

—Jane… —protestó el marido.

—¡No hay nada de lo que avergonzarse, Adrian! —le reprochó su mujer. Luego se dirigió otra vez a Sherlock—: ¡Imagínese, cuando ha oído su nombre ha pensado que estaba ante una auténtica celebridad!

—Ah, ya… —dijo Sherlock, que, para mi gran sorpresa, se rio a carcajadas—. Me ocurre a menudo, en efecto. Por desgracia para su marido, mi querida señora Liverton, soy un homónimo del célebre

detective. Tan solo un modesto productor de miel.

Se me desencajó el rostro, pero Irene me dedicó un rápido ademán de la cabeza e inmediatamente me quedé quieta escuchando.

—¿Un homónimo? —repitió Adrian Liverton—. No creía que Sherlock fuese un nombre muy común…

Holmes suspiró.

—Oh, no lo es, en efecto… No aquí, en el sur. ¡Pero no se hace una idea de cuántos hay en Northumberland! Me consuelo pensando que podría haberme ido peor… Figúrese que otro nombre bastante extendido en aquella parte es… ¡Mycroft! —dijo para terminar Holmes, vocalizando muy bien el nombre de su hermano.

—Bueno, tiene razón —asintió la señora Liverton esbozando una sonrisa.

—¿De verdad? No lo sabía… —rezongó el marido.

—Es natural. Son cosas que solo saben quienes vienen de allí arriba… Pero, en fin, cuando tengo que presentarme, a menudo me veo rodeado de personas que me miran con ojos de sorpresa —contó Holmes con una sonrisa entre divertida y resignada.

—En todo caso —intervino la señorita Berrell—, mejor producir una buena miel que ser el protagonista de esos librachos.

—Creo entender que las obras del doctor Watson no son de su agrado —comentó el capitán Craigmore—. Leí algunas hace muchos años. Me parecieron historias de aventuras, en ningún caso desagradables.

—No me miren a mí, la lectura no es mi punto fuerte —dijo Ormerod riéndose, como si fuese algo de lo que presumir.

—*De gustibus*… —sentenció la señorita Berrell encogiéndose de hombros—. Para mí no son más que simples relatos policíacos, llenos de peripecias absurdas e inverosímiles.

—Estoy absolutamente de acuerdo con usted —aprobó con énfasis Sherlock.

E Irene, Arsène, Billy y yo tuvimos que esforzarnos al máximo para contener la risa.

La conversación derivó luego hacia las novelas de más éxito en aquellos meses en Gran Bretaña, hasta que la señora Dibley, la cual cabeceaba desde hacía rato, anunció que se retiraba a su habitación y nos deseó a todos buenas noches. Los cónyuges Liverton se

apresuraron a seguir su ejemplo, y después los demás huéspedes también se fueron a descansar. En el salón solo quedamos los de la cuadrilla de Briony Lodge.

—No estoy seguro de haber comprendido exactamente lo que ha ocurrido hace unos momentos —confesó Billy—. ¿Por qué ha fingido que no es el verdadero Sherlock Holmes?

—¿No está claro? —replicó el interesado.

—Lo siento, viejo amigo, pero no lo está en absoluto —repuso Arsène.

Sherlock hizo un gesto de impaciencia y dijo:

—¿No os habéis dado cuenta de que los señores Liverton han mentido? Los he puesto a prueba de manera clamorosa y me parece que han caído de lleno en mi trampa.

Asentí con un gesto de la cabeza.

—Jane Liverton ha dicho que su marido había leído toda la obra del doctor Watson más de una vez, pero cuando Sherlock ha pronunciado el nombre de Mycroft él ha permanecido totalmente indiferente.

—Como si no supiese que el hermano de su gran ídolo literario se llama precisamente así —razonó al fin Irene.

—Exacto. Y sería algo realmente extraño, porque Mycroft aparece varias veces en las páginas de los libros del doctor Watson.

Sherlock asintió.

—Y tampoco ha dado muestras de reconocer el nombre de la aquí presente Irene Adler, aunque también la mencionen los escritos de John.

Guardamos silencio un rato al tiempo que cruzábamos miradas dubitativas.

—Pero ¿cuál es el propósito de mentir en algo así? —preguntó al fin Gutsby.

—Esa es una pregunta mucho más inteligente que la que has hecho antes, Billy —aprobó Sherlock.

—¿Y por qué el señor Liverton te miraba como si fueses un fantasma? —añadí yo.

—¡Exacto! —exclamó Sherlock—. Ese hombre esconde algo.

—Bien, si es así, ciertamente no es el único —dijo Arsène.

Y todos nos volvimos hacia él intrigados.

CAPÍTULO 7

EL MISTERIOSO SEÑOR ORMEROD (O QUIZÁ NO)

Lupin se puso más cómodo en el sillón y encabalgó las piernas.

—Como habréis podido notar, he hecho una visita al piso de arriba mientras estabais todos reunidos en el salón.

—Para quitarte esa desafortunada mancha de mandarina de la camisa —dijo Irene con una sonrisita.

—Un caballero no puede aceptar que su pechera esté embadurnada de cítrico —enfatizó Arsène.

—¿Y qué has descubierto? —lo acucié yo impaciente.

—Que para ser alguien que afirma que no suele leer, el señor Ormerod es más bien un apasionado de los libros de historia sobre Sussex… Parece albergar, en concreto, interés por las peripecias de cierto contrabandista llamado Tomkins, que en el siglo XVIII campaba a sus anchas precisamente aquí, en Mayfield. De él trata el libro de tapas rojas que ha visto Mila. Dadas las circunstancias de mi…, ejem…, visita a la habitación del señor Ormerod, no he podido entretenerme demasiado en esas agradables lecturas, pero me ha dado tiempo de fijarme en un nombre que siempre aparecía subrayado: Merryweathers House, o algo parecido.

Irene lo miró escéptica.

—A lo mejor hace un rato ha querido decir que no era un apasionado de las novelas y que, en cambio, siente debilidad por la historia…

—¡O bien está tramando algo! —dije exaltada.

—Mila, no hay que dar por supuesto que en todas partes haya misterios que resolver…

—A decir verdad, yo me inclino por su existencia —intervino Sherlock—. La propia vida está hecha de misterios que resolver. La existencia humana es un misterio extremadamente complejo en el que indagar mediante la ciencia.

—¡Y yo que había pensado venir aquí para descansar un poco! —dijo Irene con un cómico suspiro—. Hablando de descanso, ¿no sería oportuno irnos a dormir? Mañana es Nochebuena, no quisiera estropeármela por no haberme concedido mi sueño embellecedor.

—Vosotros id a dormir si queréis —bufó Holmes—, yo creo que haré una pequeña inspección en el sótano para saber si ese horrible oporto era de verdad el único disponible o si el misterioso señor Ormerod también nos ha mentido sobre su conocimiento de vinos, además de sobre su amor por la lectura.

Sin esperar respuesta, salió del salón y yo troté tras él confiando en que me permitiera seguirlo en su exploración. Pero casi choqué con su espalda cuando se paró de golpe junto a la recepción.

—¿Todavía están levantados los señores? —preguntó afablemente la señora Milne, agazapada detrás del mostrador.

La cocinera, con los brazos grandes como jamones y un rostro ancho plagado de pecas, miraba a Sherlock desde abajo.

—Pues sí, son los nervios de las fiestas —respondió Sherlock con igual afabilidad—. Nos hemos dejado llevar por el entusiasmo y hemos perdido de vista el reloj. ¿Y usted? ¿Qué hace aún levantada?

—Sufro insomnio, así que he decidido venir aquí para ir completando mi cuaderno de recetas.

La luz de una lámpara de mesa iluminaba un cuaderno escrito a mano, lleno de tachaduras y manchas de tinta.

—Entonces, buenas noches —capituló Sherlock, que se apresuró a enfilar la escalera que subía al piso superior. Pero se paró de golpe en el primer peldaño y, volviéndose de nuevo hacia la cocinera, le preguntó:

—Disculpe que la moleste una última vez. ¿Sabe decirme si por casualidad existe un lugar llamado Merryweathers House por estos lares?

—Merryweathers Court —lo corrigió la mujer, que se volvió despacio hacia nosotros—. Era la residencia de los barones de Mayfield, pero ya se sabe que hoy la nobleza está decayendo…, así

que acaba de comprarla un ricachón de Londres. Me parece que es un banquero o algo por el estilo.

—¿Y es un edificio bonito? ¿Nos aconseja que vayamos a verlo? —le preguntó Sherlock.

—Bah, si les gustan las cosas viejas… Es un castillito en decadencia, aunque ahora lo están arreglando… Allí trabaja mi sobrino Fred, junto con otros albañiles del pueblo. Por lo que parece, ¡los nuevos dueños quieren tener todas las comodidades modernas! Pasará un buen tiempo antes de que esté listo para entrar a vivir —concluyó riéndose la señora Milne.

Holmes parecía estar a punto de hacerle otra pregunta, pero Arsène, que había llegado por nuestra espalda, le dio un golpecito con el codo y dijo:

—¡Estamos todos rendidos, es hora de meternos bajo las mantas!

Sherlock resopló lanzando una última mirada al oscuro pasillo desde el cual, presumiblemente, se podía bajar al sótano.

—¡Sí, tienes razón! —dijo luego. Y, tras volver a darle las buenas noches a la cocinera, siguió subiendo la escalera.

Gutsby, divertido por la escena, buscó mis ojos para compartir una sonrisa. Yo no solo le devolví la sonrisa, sino que también subí de puntillas los escalones y me quedé un poco retrasada de modo que me alcanzara. Esperaba quedarme a solas con él para seguir hablando de las rarezas de los demás huéspedes de la King's White Horse, pero su habitación estaba junto a la de Sherlock y la mía era la primera del pasillo, así que tuve que resignarme a desearle buenas noches y meterme en mi cuarto.

Por un momento acaricié la idea de hacer una incursión secreta a su habitación, como había hecho en el Grand Hotel de Torquay, pero todavía no había un caso propiamente dicho que investigar. Y la idea de que Billy pudiese pensar que trataba de colarme en su habitación con un pretexto cualquiera hizo que me sonrojara hasta la punta de las orejas.

Después de ir de un lado al otro de la habitación un par de veces, solté un bufido y me rendí ante la idea de prepararme para la noche. Pero, cuando ya me había metido bajo las mantas, descubrí que no resultaba nada fácil dormirse. Pese a las capas de ropa suave y olorosa a jabón, y al silencio acolchado que envolvía la fonda, no

conseguía pegar ojo.

Empecé a dar vueltas y más vueltas mientras mi mente, sobreexcitada por la falta de sueño, empezaba a pintar escenarios estrambóticos. Quién sabe, puede que Ormerod de verdad ocultara algo importante bajo aquel aspecto de torpe. ¿Y también los señores Liverton estarían escondiendo algún secreto? Pero ¿cuál? ¿O quizá tenía razón Irene y la explicación a todo aquello sería sencilla y trivial? Nada de misterios, sino la normal cotidianidad de personas que viven su vida sin ser necesariamente sinceras en cada ocasión. En suma, era como si un pequeño Sherlock y una pequeña Irene estuvieran discutiendo animadamente en mi cabeza. Y su contienda duró largo tiempo.

No sé cuándo me dormí, pero recuerdo que soñé con Billy en lo alto de una larguísima escalera de caracol; me decía que iba a volver a Oxford, donde había crecido. Después, al final de la escalera se abrió una puerta por la que salió Sherlock arrastrando un gran baúl. Yo le pregunté qué había dentro y él me contestó: «El abogado». Yo abrí entonces el baúl y lo encontré lleno de cartas. Metí inmediatamente las manos entre los sobres y revolví afanosamente en busca de Godfrey Norton, pero no había más que papel, y descubrirlo me sumió en el terror más profundo. «¿Cómo le digo a Irene que Norton ya no está?», le pregunté a Sherlock, pero su cara ya no era la suya, sino la rechoncha y sudada del señor Ormerod.

Grité y me desperté, y durante unos instantes no pude oír nada más que el latido acelerado de mi corazón. Enseguida me pareció oír unos ruidos. Me persuadí de que era hora de levantarse, pero mi mente no se decidía a reencenderse del todo y permanecía en la linde del sueño. Me di media vuelta prometiéndome que me levantaría a los pocos minutos, pero cerré los ojos y volví a hundirme en los brazos de Morfeo.

—¡Despierta, dormilona, es Nochebuena! —dijo una alegre Irene llamando a la puerta y sacándome otra vez del mundo de los sueños.

Me senté de golpe en la cama. Me sentía mucho más descansada que antes. Pero ¿de verdad había sido poco antes? ¿O más bien habían pasado horas? La terrible pesadilla parecía ya lejana, aunque estaba grabada indeleblemente en mi memoria. Me vestí deprisa

con un traje que había elegido y metido en la maleta para aquel día de fiesta, y tardé un rato en arreglarme el pelo rebelde, peinándolo con más cuidado de lo habitual.

El olor del desayuno me hizo cosquillas en la nariz desde el momento mismo en que puse el pie fuera de la habitación y, una vez en el comedor, mis expectativas no se vieron defraudadas. Invadió mi nariz una auténtica sinfonía olfativa compuesta por huevos revueltos, pan tostado, mantequilla, mermelada, vainilla…

Ya estaban todos en el comedor, a excepción de los dos huéspedes rezagados que todavía debían presentarse en la fonda.

—¿Quieres *crumpets*? —me preguntó Irene, que me sirvió unas tortitas que parecían *pancakes* pero más largas y blandas. Busqué instintivamente el sirope de arce, costumbre adquirida en Estados Unidos, pero me conformé con la miel, de la que unté una generosa cucharada en las tortitas.

La presencia de los demás huéspedes nos impidió ponernos a cuchichear sobre los interrogantes que habían quedado abiertos la noche anterior, pero noté que Sherlock tenía la mirada encendida y vivaz, y que comía a dos carrillos las rebanadas de pan untadas de miel y acompañadas de una montaña de huevos revueltos. Por cuanto ya lo conocía, sabía que era un claro signo de buen humor. Y el buen humor de Holmes siempre tenía el mismo motivo: su formidable mente no se estaba aburriendo.

Tuve la confirmación de haber acertado cuando el detective, tras dejar limpio el plato, exclamó:

—¡Ánimo, tenemos que movernos, dentro de poco se pondrá a nevar! Abrigaos muy bien, que vamos a dar un paseo. Quiero ir a ver si quien ha comprado Merryweathers Court ha hecho un buen negocio.

—Perfecto. Nos abrirá el apetito para la cena de Nochebuena —aprobó Gutsby con su acostumbrada alegría.

CAPÍTULO 8

UN LUGAR SOÑOLIENTO

No habría podido imaginar un ambiente más navideño. Un velo de nubes plateadas decoraba el cielo por encima de nosotros, y el aire era frío y punzante, cargado de expectativas, con olor a la nieve lista para caer y cubrirlo todo con un manto blanco.

—¡Qué frío tan tremendo! —bufó Arsène arrebujándose en el abrigo y batiendo las manos enguantadas para calentarse.

—Forma parte de la atmósfera de estas fiestas —le dijo Irene con una sonrisa.

También el pueblecito de Mayfield resultó pintoresco, hasta el punto de que parecía un pueblo de elfos. Las casitas, de piedra o de ladrillo, con chimeneas humeantes, tenían todo el aspecto de ser unos lugares cálidos y acogedores en medio del frío intenso del invierno. Muchas puertas estaban adornadas con guirnaldas de acebo y espino blanco, y unos jovencísimos cantores pasaron corriendo a nuestro lado, riéndose y agitando en el aire sus atriles.

Mi madre y yo nos habríamos demorado de buena gana para mirarlo todo y disfrutar del ambiente, pero Sherlock aceleró el paso y muy pronto los demás nos vimos jadeando en el intento de seguir su ritmo.

—¡Al menos así nos calentamos! —me dijo Billy guiñándome un ojo. Sus mejillas estaban enrojecidas y sus ojos parecían todavía más claros y luminosos. Me adelantó a buen paso y se volvió para ver si yo lo seguía.

Recordando nuestras carreras en Torquay, aceleré y traté de alcanzarlo. Él se echó a reír y dio algunos pasos corriendo.

—¡¿Ah, sí?! —dije yo combativa, y me puse a perseguirlo con los tacones de mis botitas repiqueteando sobre las piedras lisas del adoquinado.

Adelantamos incluso a Sherlock, que nos lanzó una mirada perpleja.

—¡Ten cuidado, Mila! —me dijo Irene.

—¿Que tenga cuidado? ¿Y por qué tendr…? —quise preguntarle.

Pero para volverme hacia ella giré a medias sobre mí misma. Las suelas lisas de las botas resbalaron sobre el adoquinado y me hicieron rotar. Me desequilibré y sentí que mi cuerpo se inclinaba hacia atrás. Traté de recuperar la verticalidad, pero no lo conseguí. Cerré los ojos instintivamente, preparándome para el impacto de mi trasero contra el duro suelo. Pero me detuve a pocos centímetros.

Dos brazos firmes me habían agarrado por los hombros y me sostenían. Abrí los ojos, volví la cara y encontré cerquísima la mejilla de Billy. Mi espalda se apoyaba en su pecho. Noté que me ruborizaba y me di impulso para incorporarme, pero las pérfidas botitas me traicionaron de nuevo e hicieron patinar cómicamente mis pies mientras Billy se esforzaba en no dejarme caer.

Irene y Arsène se echaron a reír, pero Sherlock se apiadó y vino a socorrerme, alzándome por el codo con un agarre de acero, que me pareció sorprendente en un hombre tan huesudo.

—Ya está.

Me puse en pie mientras Billy me soltaba con delicadeza.

—Te he dicho que tuvieras cuidado —señaló Irene recobrando un poco la compostura—. Esas botas tan bonitas que quisiste comprarte a toda costa para el invierno tienen la suela muy lisa y fina, prácticamente están hechas para acabar rodando por el suelo. Como se ponga a nevar, habrá que procurarte un par de raquetas de nieve o preguntarle a la señora Dibley si tiene unas botas fuertes para prestarte.

Me sonrojé. Me gustaba pensar en mí misma como en una práctica muchacha norteamericana sin pájaros en la cabeza y, en cambio, había cedido a los caprichos de la moda.

—Razón de más para no dejarnos sorprender por la nevada del siglo —comentó Arsène—. Mirad, creo que aquello es precisamente Merryweathers Court.

Observé el punto que señalaba Arsène y vi un castillo tosco, de

ángulos rectos y tétrico, que asomaba detrás de las últimas casas del pueblo. No tenía nada del evocador encanto del resto del pueblo, más bien parecía un bloque de piedras descargado allí por error. Un puentecito, también de piedra gris, tendido sobre un foso que era poco más que un arroyuelo, lo separaba de la carretera.

—Vamos a echarle un vistazo de cerca —nos instó a hacer Sherlock volviendo a la cabeza del grupo.

Superado el curso de agua, nos encontramos a la entrada. Junto a la verja habían levantado una pequeña construcción más moderna. Irene miró por una de las ventanas de la casita, atisbando entre los visillos de encaje, luego nos hizo un gesto para que nos acercáramos y señaló algo del interior.

—El guarda, supongo —dijo solamente.

La emoción por la pesquisa me hizo imaginar por un instante escenarios escalofriantes en los que el guarda yacía de espaldas en el suelo con un cuchillo clavado en el corazón, pero, cuando miré al interior, solo vi a un anciano de rostro rubicundo que dormitaba con los pies metidos en el cálido compartimento de la estufa.

—He visto vigilancias más aguerridas —se mofó Lupin levantando una ceja—. Bastará con usar mis… llaves. Estaremos dentro al cabo de un segundo.

Vi destellar en su mano derecha un objeto metálico, con seguridad alguna de sus ganzúas, de las cuales no se separaba nunca, y la verja se abrió un instante después.

—Rápido —dijo Irene, que nos hizo pasar uno por uno mientras nos cubría la espalda.

Entramos en un patio cuadrado, en el cual los nuevos propietarios debían de haber empezado hacía poco unos trabajos a lo grande. Había pilas de vigas, bloques de piedra amontonados y cúmulos de tierra.

—Parece que quieren construir una veranda o algo por el estilo —observó Arsène.

—Bárbaros —sentenció Sherlock, que miraba asqueado a su alrededor.

—No es que el edificio sea de gran valor, digamos la verdad —observó Irene.

Mientras, yo estaba intentando atisbar dentro del castillo, pero sus altos ventanales arqueados estaban elevados respecto al nivel

del patio. Me puse a caminar hacia atrás con la esperanza de poder ver algo, pero de repente mi pie derecho no encontró la superficie dura y fría del césped, sino algo mojado y que cedía ante mi peso.

—¡Ah! —Sin el terreno sólido donde sostenerme, terminé por desplomarme hacia atrás y caí al suelo. Esa vez me había alejado de los demás, así que no hubo nadie para agarrarme. Mis manos se hundieron en el barro—. ¿Y ahora qué…? —balbuceé mientras sentía que la botita derecha se me llenaba de agua helada. Estaba sentada en una especie de manantial sucio que gorgoteaba.

—Durante los trabajos deben de haber encontrado un pozo artesiano y no se han dado cuenta —dijo Arsène mirando alrededor.

Irene me ayudó a levantarme.

—Corre ahora mismo a la fonda, Mila, o te pondrás mala.

—Pero yo… —balbuceé abochornada. El frío empezaba a atenazarme el pie y, aunque me muriera de ganas de continuar la pequeña exploración, no tuve más remedio que hacerle caso a mi madre.

Recorrí a paso rápido y sola el camino de vuelta a la fonda. Mi abrigo estaba enfangado, como también lo estaba la falda del vestido que había elegido con tanto cuidado para aquel día de fiesta. Estaba enfadada conmigo misma: ¿sería capaz de hacer algo que no fuera caerme al suelo como un saco de patatas? Pensé que todos se equivocaban conmigo, incluido aquel sabelotodo de Mycroft Holmes, ¡jamás podría convertirme en una espía o una famosa detective, era demasiado torpe!

—¡Ah! —estallé, golpeé el suelo con el pie y casi resbalé de nuevo. Resoplando, recorrí a paso ligero los últimos metros que me separaban de la
King’s
White Horse, tiritando de frío y echando humo de rabia.

Cuando no me faltaban más que unos pocos metros para llegar a la fonda, la puerta principal se abrió de golpe y apareció una figura corpulenta y completamente tapada.

—¿Señor Ormerod? —pregunté perpleja. El abrigo era el suyo, inconfundible, de *tweed* de cuadritos, pero no podía verle la cara, envuelta como la llevaba con la bufanda y el sombrero calado sobre la frente.

El señor Ormerod me hizo un gesto de saludo con la cabeza. El

cielo, mientras tanto, decidió que no podía aplazar más un acontecimiento tan esperado y dejó caer los primeros copos de nieve.

—¡Mire, está nevando! —susurré, olvidándome del frío, del ridículo y de la ropa embarrada para contemplar los minúsculos cristales de nieve que revoloteaban en el aire.

—Ah, sí… —dijo el señor Ormerod antes de ponerse a toser.

—¿Se encuentra bien? —le pregunté.

—Ejem, no… No demasiado… —respondió con voz más bien cavernosa.

—Entonces no debería salir. Está empezando a nevar…

Él refunfuñó algo incomprensible, se tapó mejor la boca con la bufanda y se alejó a toda prisa. Justo entonces, un automóvil se detuvo a nuestro lado con un chirrido de frenos y reconocí al conductor que nos había traído. Sacudiendo la cabeza, entré en la fonda.

—Ah, santo Dios… ¿Qué le ha sucedido, señorita? —me preguntó la señora Dibley.

—Nada grave, me he caído en un charco cerca del castillo —mentí.

La mujer cogió una manta de lana que tenía en la recepción para calentarse las piernas y me la echó sobre los hombros para luego acompañarme a mi habitación.

—Deprisa, necesita un baño bien caliente.

Afirmé con la cabeza, pero primero tenía que satisfacer una pequeña curiosidad.

—Señora Dibley…, ¿me equivoco o el señor Ormerod se acaba de marchar?

—Sí, es una pena. Ha cogido un terrible resfriado. Me he ofrecido a prepararle una tisana, pero no ha querido ni oír hablar de ello. Temblaba todo entero, aunque estaba abrigado de la cabeza a los pies el pobrecito.

—¿Ha pedido que lo lleven a la estación?

—Sí, me ha rogado que mandara a alguien a buscar el coche del señor Peabody. Quería apresurarse para coger el último tren a Crawley. Él vive allí. Lo comprendo, cuando se está enfermo se desea estar en casa… Sin embargo, me disgusta mucho —concluyó con un pequeño suspiro.

—Se ve que sus huéspedes son muy importantes para usted —observé.

—Es cierto… Y el señor Ormerod incluso ha querido pagarme toda la estancia, aunque se haya ido antes. Una persona verdaderamente correcta. Espero que vuelva algún día a la King's White Horse, así podré corresponder a su gentileza.

—Estoy segura de que así será —le dije, y le sonreí.

La señora Dibley me hizo entrar en mi habitación y me ayudó a quitarme la ropa sucia de barro. Me prometió que me la devolvería como nueva y me dejó en cuanto terminó de preparar un baño caliente con sales perfumadas.

Media hora después, con un vestido azul que no me gustaba tanto como el otro pero que me quedaba bastante bien, me acurruqué en el sillón más cercano a la chimenea, en el salón. En el asiento de al lado estaba la señorita Berrell con un libro en las manos, como siempre. Pensé que, con aquellos modales suyos tan comedidos, parecía realmente que formara parte del mobiliario.

—He sabido que has sufrido un pequeño accidente, querida —me dijo levantando la mirada del libro y dedicándome una sonrisa —. Tienes que prestar más atención a dónde pones el pie, ¡podrías haberte hecho daño!

Me irritó aquel comentario propio de una vieja tía demasiado sensata, pero por suerte un ruido de pisadas y el de la puerta al abrirse desviaron mi atención.

—Ya estamos aquí —le dijo Irene a la señora Dibley en el vestíbulo—. ¿Y nuestra Mila?

—No se preocupe, señora Adler. Se ha cambiado y los espera en el salón.

Yo me levanté rauda y fui a su encuentro.

—La tan esperada nevada ha llegado por fin —anunció Billy mientras se sacudía un poco de nieve del gorro y los hombros.

—Hemos vuelto justo a tiempo —dijo Arsène.

—Pues figuraos que el señor Ormerod, por el contrario, se acaba de marchar, hace justo una media hora —comenté, y miré a Sherlock.

Yo también, como la señora Dibley, había visto en realidad a un pobre hombre víctima de una enfermedad estacional, pero, después

de todas las elucubraciones de la noche anterior, no conseguía pensar en la improvisa marcha de aquel sujeto sin una sombra de sospecha.

Enseguida quedó claro que en la cabeza de Holmes aquella misma sospecha era mucho más que una sombra.

—¿De verdad se ha ido? —me preguntó abriendo mucho los ojos, y tras dos zancadas entraba en el salón para que no lo oyera la señora Dibley—. Es raro. Cada vez más raro.

CAPÍTULO 9

UN PATINAZO MONUMENTAL

La mirada de Sherlock, indagadora y penetrante, se perdía al otro lado de la ventana. Me habría gustado preguntarle si habían descubierto algo en su inspección clandestina, pero en aquel momento hizo su aparición la señora Milne cargada con las bolsas de papel de la compra, que llevaba en ambos brazos sin aparente esfuerzo.

—Buenos días, señores. ¿Qué, se han dado ya una vueltecita por Mayfield?

—Por favor, deje que la ayude —intervino inmediatamente Billy, e hizo que le pasara la compra. También Arsène se precipitó en auxilio de la cocinera, mientras que Sherlock se quedó aristocráticamente apartado, sin dejar de mirar por la ventana.

—Sí, ha sido un paseo muy instructivo —dijo sin apartar la mirada del exterior.

—¡Mayfield es un pueblo de los que ya quedan pocos! —exclamó con orgullo la cocinera—. Y con nieve es todavía más bonito, aunque puede que hayan hecho bien en pasear antes de que empezara a nevar. ¿Han llegado hasta Merryweathers Court?

—Sí, y no se tome a mal si le digo que el edificio no nos ha parecido de los más… agraciados.

—Ah, no se preocupe. Ahora que lo pienso, mi sobrino Fred lo llama «la caja de piedra».

La señora Milne soltó una carcajada tan fuerte y alegre que terminamos riéndonos todos, incluidos Billy y Arsène, que acababan de volver de la cocina.

—Realmente dan ganas de preguntarse qué habrá visto en él ese banquero —observó Irene.

La señora Milne se encogió de hombros.

—Bah, es un tipo de ciudad, uno de esos a los que los fines de semana les gusta darse aires de hacendado rural, supongo.

—¿Usted lo ha visto alguna vez?

—En persona no, pero aquí en el pueblo no se habló de otra cosa durante días, ¿saben? Parece ser que su mujer es una gran señora… —respondió con los ojos brillantes la cocinera.

—Quién sabe, a lo mejor nos hemos cruzado con ellos en algún salón de té de la ciudad —aventuró Irene.

—¡Un momento! —dijo de repente la cocinera frunciendo el ceño. Con la palma de la mano nos hizo un gesto para que esperáramos y entró en la cocina.

Se oyó cómo revolvía los armarios confusamente, y nosotros cruzamos una mirada de curiosidad.

—¡Aquí está! —exclamó la señora Milne reapareciendo desde la cocina.

Aireaba un viejo periódico que dejó caer sobre el mostrador de la recepción. Era un ejemplar del diario local, el *Sussex Observer*, de unos meses atrás.

La mujer dio varios golpecitos con el índice sobre la foto de un tipo que llevaba un frac y sombrero de copa e iba al lado de una mujer que lucía un vestido de noche.

—Bueno, ahí está todo escrito.

Nos arrojamos sobre el periódico como una bandada de buitres.

—Los señores Barnabas y Phyllis Mason —leyó Arsène en el pie de foto.

Los ojos de Sherlock volaron velocísimos por la página del periódico y su dedo se apresuró a señalar una frase. Traté de saber qué ponía, aunque estaba en una posición incómoda para poder leer. Entreví algunas palabras: «colección», «tabaqueras» y «gran valor».

Holmes se enderezó de pronto. Su perfil de ave rapaz se recortó contra la luz diáfana de la ventana. El detective se quedó inmóvil unos instantes y luego lanzó una mirada en dirección al pasillo que llevaba a la puerta del sótano.

—Señora Milne, que usted sepa, ¿este edificio también fue

propiedad del barón de Mayfield?

—¡Oh, sí, pero hace muchísimo tiempo! En otra época, aquí estuvieron las cuadras que suministraban caballos incluso a la casa real, ¿sabe?

—Ah, pues claro —dije—. Eso explica también el nombre de la fonda: «El Caballo Blanco del Rey». Fascinante.

—Así es —asintió la cocinera—. En todo caso, si les apasionan las viejas historias, ¡sepan que aquí en Mayfield no quedarán decepcionados!

—¿De verdad? —dijo Lupin en un tono de voz que sonó como una invitación a que contara más.

—Vaya que sí —confirmó la señora Milne—. Por ejemplo, de pequeña me contaban que precisamente estas cuadras se comunicaban con Merryweathers Court y con la iglesia de San Horacio mediante pasadizos subterráneos…

—¡No me diga! —exclamó Gutsby.

—Pues se lo digo, jovencito mío —soltó entre risas la cocinera —. Así, los notables de Mayfield, en caso de que las cosas se pusieran feas, podrían largarse a la chita callando.

En el rostro de Holmes se dibujó una sonrisa enigmática.

—Tenía usted razón, señora Milne, es una historia increíblemente interesante —comentó—. Y estaría dispuesto a apostar que el mal afamado contrabandista Tomkins también se valió de esos pasadizos secretos. ¿Estoy en lo cierto?

—¡Y yo que pensaba que les estaba contando grandes cosas y en cambio el señor se lo sabe todo ya! —exclamó la cocinera con alegre estupor.

—Pero, entonces, si aquí estaban las antiguas cuadras —intervino Irene mirando a su alrededor—, ¿significa que aquí abajo, en alguna parte, sigue estando la entrada a uno de esos pasadizos?

La señora Milne se encogió de hombros.

—¡Si lo está, yo nunca la he encontrado! Lo que sí puedo decirles es que hay un montón de trastos viejos, telarañas sin fin y también algún que otro simpático ratoncito de campo… ¡Pero no le digan a la señora Dibley que les he contado esto! —Después de otra de sus irresistibles risas, la cocinera dirigió una mirada preocupada al reloj de péndulo que destacaba junto a la recepción—. Es hora de que me vaya, mis queridos señores, porque la cena no va a

prepararse sola. Con su permiso… —Y esbozó una reverencia. Segundos después ya estaba en la cocina dándole instrucciones a su ayudante.

Holmes, por su parte, alcanzó la puerta de la fonda a paso ligero.

Tras un instante de desconcierto, los demás y yo trotamos tras él.

—¿Qué te ha entrado, Sherlock? —le preguntó Arsène.

—¿No piensa que sería oportuno hacer una pequeña visita al sótano, señor Holmes? —le hizo eco Gutsby.

—Ahora no. Tenemos que volver a Merryweathers Court —soltó Sherlock.

—¡¿Otra vez?! —se asombró Irene.

—Sí, y a ser posible deprisa —fue la lapidaria respuesta.

—¿Por casualidad tienen algo que ver… las tabaqueras de la señora Mason? —aventuré.

—Primero corre a coger un abrigo, deprisa —me dijo Holmes, que casi temblaba de la impaciencia.

Me puse el viejo gabán y los zapatos que la señora Dibley amablemente me había prestado y bajé la escalera a gran velocidad.

—Vámonos —nos apremió Sherlock, que abrió la puerta de la calle.

—Ya estamos como siempre, ¿quieres decirnos qué sucede? —preguntó Arsène poniéndose a su lado.

—No hace falta… Cuando estemos en el castillo todo resultará evidente.

—Oh, santo Dios… ¿Será posible que te comportes así incluso en Nochebuena? —se lamentó Irene.

—Pero, vamos a ver, ¿piensas que ha sucedido algo? —le pregunté yo, demasiado curiosa para callarme.

—Lo importante no es lo que yo piense, sino lo que sé. Es decir, que la señora Mason tiene una colección de valiosas tabaqueras antiguas, que ya ha hecho llevar a Merryweathers… ¡Y también sé que ha tenido la ingenuidad de contárselo a todo el mundo, incluso aparece en las páginas de un periódico! —rugió Holmes acelerando aún más el paso.

Me estremecí.

—Tú…, tú, por tanto, ¿crees que…?

—Creo que Ormerod necesita dinero. Así que ha decidido convertirse en… un émulo de *monsieur* Lupin.

—Eh, cuidado con las palabras —le recriminó Arsène divertido —. Emular a un servidor no es nada sencillo.

Sherlock le digirió una sonrisita y luego siguió diciendo:

—Como descubrimos gracias a nuestro pequeño pasatiempo, Ormerod era un hombre acomodado y ya no lo es. Lleva ropa muy gastada y fuma un pésimo tabaco. Gracias a un viejo libro, descubre la existencia de los pasadizos que comunican las viejas cuadras del barón de Mayfield, convertidas ahora en la fonda
King's
White Horse, con Merryweathers Court, y luego se entera por el periódico de la presencia de las valiosas tabaqueras en la gran casa señorial, por el momento todavía deshabitada. Viene aquí para encontrar el pasadizo, decidido a robar las tabaqueras. Vierte el oporto en la maceta para tener un pretexto por el que bajar al sótano y en él, a diferencia de la señora Milne y con motivos mucho más fuertes que los de ella, consigue encontrar el famoso pasadizo que conduce a Merryweathers Court. A la mañana siguiente, tan solo le queda bajar otra vez al sótano a escondidas, recorrer el túnel, llevar a cabo el robo de las tabaqueras y luego huir fingiendo que ha cogido un resfriado.

Intercepté la mirada electrizada de Billy.

En realidad, la reconstrucción de Holmes no tenía ningún pero, así que, casi sin darnos cuenta, habíamos sido catapultados a una nueva aventura. Sherlock se sacó el reloj del bolsillito y lo miró con rabia.

—¡Si nos damos prisa, podríamos hacer que arrestaran a Ormerod a su llegada a la estación de Crawley!

Como un caudillo listo para la batalla, nos guio hasta Merryweathers Court. Al llegar a la casita del guarda, aporreó como un loco la puerta.

El guarda, que todavía estaba echándose la siesta, se sobresaltó y casi se cayó de la silla.

—¿Qué ocurre? —preguntó al abrirnos la puerta restregándose los ojos.

—Tenemos que entrar ahora mismo en el castillo. Hemos recibido un soplo: es posible que hayan robado las tabaqueras de la

señora Mason —respondió Sherlock.

El viejo, un poco aturdido aún por el sueño, nos miró con desconfianza.

—¿Y quiénes son ustedes?

Billy se adelantó con cara afable y sacó del bolsillo un carnet que le agitó delante de las narices al hombre.

—Nos envía la compañía de seguros Abbingdon's, de Londres. Le recomiendo que nos deje pasar si no quiere buscarse problemas.

El hombre se restregó de nuevo los ojos.

—¿La compañía de seguros… Abbingdon's? —farfulló confundido.

—Exacto —respondió Billy agitando otra vez el carnet, que luego volvió a guardar con un gesto rápido en el abrigo—. Los señores Mason son nuestros clientes. Aseguramos su colección de tabaqueras antiguas y ahora tememos que alguien las haya sustraído. Por eso hemos venido hasta aquí.

—¿También… las señoras? —preguntó perplejo el guarda señalándonos a Irene y a mí.

—Es Nochebuena, he sido solicitado por la empresa cuando estaba de viaje con mi familia —intervino Arsène estrechándonos contra él.

Yo, por mi parte, pestañeé mostrando mi mejor mirada de hija devota.

—¿Y bien? ¿Vamos a tener que esperar mucho? —bufó Sherlock con las aletas de la nariz vibrándole.

—No, no, ya voy… —dijo el guarda metiéndose torpemente en la casa.

—¿Compañía de seguros Abbingdon's? —preguntó Irene, a la que le hacía mucha gracia aquello.

Billy se rio.

—Es el carnet de un club de piragüismo de Oxford, pero el hombre me pareció lo bastante confundido para creérselo.

El guarda salió trotando de la casita sujetando un gigantesco manojo de llaves.

—Veamos —rezongó mientras trajinaba en la cerradura de la verja—. ¡Esta vieja entrada hay que arreglarla, nunca consigo abrir a la primera!

Arsène lució una sonrisa complacida, como si aquel fuese un

cumplido a su habilidad para descerrajar puertas. Sherlock seguía lanzándole miradas apremiantes al pobre guarda.

El hombrecillo avanzó por el patio balanceándose como un viejo orangután y se detuvo frente a una puerta de madera maciza, con la que repitió el numerito de las llaves. Los dedos de Sherlock crujían como ramitas tiradas al fuego. Cuando por fin se abrió la puerta, el guarda nos condujo por un pasillo oscuro y polvoriento hasta una estancia en penumbra. Abrió los postigos de una ventana para que pudiéramos ver mejor.

La luz plateada de aquella Nochebuena nevosa iluminó una sala desnuda, cuyos pocos muebles de ángulos rectos estaban protegidos por sábanas blancas y gruesas. Todos menos uno, un gran buró de caoba con una cerradura dorada en el primer cajón.

—Bueno, las tabaqueras están ahí dentro, por ahora —explicó el guarda.

Sherlock se abalanzó sobre el cajón con la nariz a pocos milímetros de la cerradura.

—No parece que lo hayan forzado —constató.

Probó entonces a abrir el cajón, pero la cerradura estaba inequívocamente cerrada.

—Ahora le encuentro la llave —refunfuñó el guarda, que empezó a pasar entre los dedos todas las llaves del manojo.

—Es esa dorada —le soltó Holmes en el límite del aguante—, ¡la única de todas que es dorada como la cerradura!

Al guarda se le iluminó la cara.

—¡Ah, entonces usted ya ha estado aquí y ya ha visto las tabaqueras!

Por un momento distinguí en los ojos de Sherlock un relampagueo que me pareció la expresión de un instinto homicida. Por suerte, el investigador logró dominarse y responder:

—Sí, ya he estado aquí. Pero ahora, por favor, enséñenos las tabaqueras.

El hombre intentó primero girar la llave en el sentido de las agujas del reloj, luego se rindió al hecho de que la cerradura solo se desbloqueaba accionando el mecanismo en sentido opuesto y por fin se abrió el cajón. A Sherlock se le desorbitaron los ojos.

—¡No es posible! —exclamó.

Me apresuré a acercarme para ver mejor. Siete maravillosas

tabaqueras antiguas estaban ordenadamente alineadas sobre un fino cojín de terciopelo azul.

CAPÍTULO 10

UN CHOCOLATE DE CONSUELO

Los ojos de Sherlock parecían estar a punto de salir de sus órbitas.

—Déjeme comprobar —masculló, y más que una petición fue una orden.

De hecho, apartó sin demasiados miramientos al guarda y cogió la primera tabaquera, dorada y con un camafeo en la tapa. La examinó de cerca dándole vueltas entre los dedos.

—Es auténtica, no hay duda —dijo mordiéndose el labio inferior.

Arsène, junto a él, levantó una tabaquera de hueso en la que estaba tallada una escena de caza.

—Más auténtica imposible, viejo amigo… Es más, un objetito verdaderamente interesante —dijo dándole vueltas también entre los dedos de la mano derecha. Y de repente la tabaquera desapareció…

Yo proferí un gritito de estupor y Arsène se me acercó, me guiñó un ojo y la tabaquera reapareció en su mano derecha.

—¡Arsène! —le reprochó en voz baja Irene.

Lupin le sonrió y devolvió la tabaquera al cajón.

—¿Todo en orden? —preguntó el guarda, que estaba en ascuas.

—Todo en orden —confirmó Sherlock con voz fúnebre—. Son las auténticas y están todas, las siete.

—Magnífico. Eso quiere decir que nuestro jefe, el señor Abbingdon, podrá pasar tranquilo las Navidades —intervino Billy, que le sonrió afablemente al guarda—. Le ruego que disculpe las molestias y que tenga una buena Navidad y un feliz año nuevo.

—Sí, gracias, le deseo lo mismo a usted y su familia —balbuceó el hombrecillo bastante aliviado.

Sherlock aprovechó aquellas formalidades para alejarse a grandes zancadas.

Cuando estuvimos de nuevo en la carretera, mientras la nieve descendía copiosamente y cubría las calles y los tejados de las casas, y nosotros dejábamos atrás Merryweathers Court, Sherlock estalló:

—¡Todo esto no tiene ningún sentido!

—Tal vez algo le saliera mal y Ormerod no consiguió dar el golpe —conjeturó Gutsby.

—O quizá hayamos tenido un patinazo monumental —se rio Irene.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Sherlock ofendido.

—Ya os lo he dicho: quizá estemos exagerando al querer ver misterios por todas partes. A lo mejor, el señor Ormerod es *de verdad* un pobre diablo apasionado por la historia local, y a lo mejor se ha pillado *de verdad* un terrible resfriado.

—No me parece una conclusión plausible.

—¿Quieres una conclusión plausible? Aquí la tienes: sin tus abejas para entretenerte, temías que esta Navidad en el campo pudiera matarte de aburrimiento, así que tu mente se ha inventado un pequeño pasatiempo, un misterio que en realidad… ¡no existe!

—En pocas palabras, ¡me estás diciendo que estoy senil!

—Puede que los señores, ambos, tengan razón en cierto sentido —intervino Billy para aquietar las aguas.

—¿Cómo? —soltaron a la vez Irene y Sherlock, y le lanzaron a Billy unas miradas que habrían podido carbonizar a un espíritu más impresionable. Pero Gutsby conservó su aplomo y se apresuró a explicar:

—Mi tía Deirdre me hablaba a menudo de un tipo de su pueblo, el viejo
O’Moore.
Era pescador, pero un día se convenció de que había encontrado la milagrosa receta para un elixir que curaba el reumatismo. Así que vendió el barco y se puso a producir su elixir.

—¿Y qué sucedió? —lo acució Sherlock.

—Según parece, el hallazgo del viejo O’Moore no tenía ningún efecto sobre el reumatismo, pero en cambio provocaba una

portentosa disentería. Lo cual, ciertamente, no favoreció su éxito, por lo que
O'Moore
volvió muy pronto a la pesca.

Irene se echó a reír.

—Con tu historieta, ¿estás sugiriéndonos que Ormerod podría ser un delincuente improvisado que cambió de idea y ha escurrido el bulto a la primera dificultad?

—Solo digo que es una posibilidad.

—No podemos excluir esa opción —convino Arsène.

Fuera cual fuese la moraleja de la historia del viejo
O'Moore,
Gutsby había salido con bien de su intento por aligerar los ánimos en nuestro pequeño grupo.

Regresamos a la King's White Horse cuando la nieve ya había blanqueado por completo los campos y la carretera, y los zapatos se nos hundían en la capa blanda e inmaculada.

—¡Bienvenidos! —nos recibió la señora Dibley, ayudándonos con los abrigos—. Espero que el paseo por la nieve les haya despertado el apetito. La señora Milne pretende superarse esta noche, en la cena de Nochebuena.

—¿Apetito? ¡Diga mejor un hambre de lobo, querida señora! —le aseguró Arsène.

Sherlock, todavía bastante ceñudo, manifestó que quería poner los pies en agua caliente y, con una leve inclinación ante la señora Dibley, voló escaleras arriba.

También los demás seguimos su ejemplo y fuimos a librarnos del frío antes de bajar al salón y hundirnos en los sofás.

En la chimenea, un fuego vivaz envolvía un gran tronco. Me quedé embobada mirando las llamas unos instantes. Afuera, la nieve lo volvía todo blanco y atenuado, y daba aún más la impresión de que nos encontráramos en un lugar fuera del tiempo. Sherlock tenía los ojos puestos al otro lado de la ventana, pero podría apostar a que ni siquiera estaba mirando los copos que caían abundantemente.

—¡Ya sé cómo levantarle la moral, señor Holmes! —anunció la señora Dibley, que entró en el salón con una fuente de emparedados y una taza que difundía en el aire un dulce aroma a chocolate

caliente.

—Es usted un auténtico ángel, señora —le agradeció Sherlock, que aspiró con voluptuosidad el aroma y sostuvo la taza con sus largos dedos.

Los emparedados eran pequeños y exquisitos y, casi sin darme cuenta, devoré un par de ellos.

—Querida mía, quizá sea mejor que evites atiborrarte —me amonestó la señorita Berrell con aquella sonrisita melosa suya—, de ese modo te quitarás el apetito. Y sería una lástima.

La miré con los ojos muy abiertos, un bocado de emparedado entre los dientes y el resto en la mano.

—Mila, ¿podrías venir aquí un momento? —me dijo Sherlock antes de que yo pudiese replicarle como se merecía a aquella señorita sabelotodo.

Engullí el emparedado de dos bocados rápidos, poniendo atención en que la señorita Berrell me viese, para hacerle comprender lo poco que me importaban sus irritantes consejos, y luego fui hasta Sherlock, que estaba junto a la ventana con una mano sobre el antepecho y la otra sosteniendo la taza.

—¿Sí?

Él mantuvo su mirada huidiza apuntada al exterior, pero las comisuras de su boca se curvaron hacia arriba cuando me preguntó:

—¿Hay en tu corazón el suficiente espíritu navideño para acompañarme en mi última aventura del día?

CAPÍTULO 11

LA CORRIENTE DE LA VERDAD

Holmes entabló conmigo una conversación simulada sobre un libro que se suponía que me había prestado y que quería consultar. Con aquel pretexto, salimos del salón y nos dirigimos a la escalera, donde él se detuvo de golpe. El recibidor estaba desierto y desde la cocina nos llegaban las voces de la cocinera y de la señora Dibley. Sherlock lanzó una ojeada al pasillo en penumbra y me hizo una señal con la cabeza. ¡Teníamos vía libre! Así que fuimos rápidamente hasta la puerta del sótano. Nos deslizamos en silencio en la oscuridad y Sherlock susurró:

—Espera…

Se sacó entonces del bolsillo una caja de fósforos y una pequeña vela que encendió a continuación, y me hizo seña de seguirlo.

Alumbrados solo con la luz de la pequeña llama, nos encontramos sobre una escalera estrecha y empinada de techo en bóveda de cañón y paredes de ladrillo.

—Presta atención a dónde pones el pie —me dijo.

Los viejos peldaños de piedra eran, en efecto, muy irregulares y peligrosos, pero llegamos abajo sin dificultad.

Ante nosotros se abría un pasadizo frío y húmedo. La llama temblaba y dibujaba sombras huidizas en las paredes ásperas. El círculo de luz fue haciendo aparecer poco a poco el contorno de unos estantes de madera con botellas alineadas.

—¿Qué piensas que vas a hallar? —le pregunté.

—Esto, por ejemplo —me respondió cogiendo una botella polvorienta y examinándola a la luz de la vela—. Un buen oporto

de excelente cosecha y no el abominable líquido que eligió Ormerod.

Puse cara de sorpresa en medio de la oscuridad.

—Por tanto, ¡era verdad! Ormerod mintió sobre su pasión por los vinos… Solo necesitaba una excusa para bajar aquí.

—Estoy convencido de eso —dijo Sherlock—. Del mismo modo que sigo convencido de que había algo extraño en ese hombre. ¡Y además quiero satisfacer mi curiosidad por saber si ese condenado pasadizo existe de verdad!

Se detuvo de golpe y la luz de la vela iluminó un entrante donde la galería se ensanchaba y se desviaba a la izquierda. Aquel rincón estaba lleno de viejos toneles, utensilios de madera ya vetustos y más trastos, así que el paso se restringía a unos pocos palmos. A la trémula luz de la vela pudimos entrever un muro macizo de piedra al fondo del nicho. No era lo que buscábamos y Sherlock siguió adelante.

Yo, sin embargo, no podía apartar los ojos de aquellas cosas abandonadas, objetos tirados en un rincón, consumiéndose en la oscuridad y la humedad. Una sensación de frío me corrió por la espalda y me hizo tiritar.

—No hay nada de lo que tener miedo —dijo Sherlock.

—No tengo miedo, si acaso frío —repliqué. No estaba del todo segura de que fuese la verdad, pero sí era cierto que en aquel sótano hacía un frío tan gélido que se metía en los huesos.

Holmes prosiguió su exploración y yo me quedé un instante fuera del halo de luz de la vela para luego correr hasta alcanzarlo y sumergirme de nuevo en aquella claridad que me parecía el único asidero al que agarrarme para no naufragar en la oscuridad. Mientras dentro de mí se amontonaban imágenes de monstruos escondidos en cada rincón, preparados para rodearme con sus tentáculos de oscuridad, y yo luchaba contra la tentación de volverme constantemente y apretarme contra el brazo de Sherlock para no quedarme atrás, la llama de la vela tembló.

—¡Se va a apagar! —exclamé con la voz entrecortada.

La llamita se redujo a un puntito rojo, pero luego, protegida por la mano de Sherlock, recobró su vigor.

—Llevo más fósforos en el bolsillo —bufó él—. De todos modos, este pequeño incidente es un signo revelador. Concéntrate, Mila.

Yo lo miré perpleja por un instante, pero enseguida se insinuó en mi mente una posibilidad.

—¡En alguna parte hay un pasadizo, de otro modo no podría haber corrientes en un sótano!

—Excelente, por fin tu espíritu de observación ha prevalecido sobre el miedo a la oscuridad —me felicitó con una sonrisa.

Por un momento me alegré de estar en penumbra, así no vería que me había sonrojado.

—¡Ahora hay que encontrarlo! —me apresuré a decir para demostrar valor y dejar atrás aquel comentario que me cohibía.

Sherlock acercó la vela al muro y exploró palmo a palmo la dirección de la que había llegado la corriente.

—Interesante —dijo de pronto, señalando un ladrillo—. Mira esto.

Incluso a la tenue luz de la vela, era indiscutible.

—Este muro es más reciente que los demás —declaré mientras tocaba los ladrillos con los dedos.

Y bloqueaba nuestra inspección, puesto que habíamos llegado a un *cul-de-sac*.

—La corriente venía de aquí. Sin embargo, el muro parece perfectamente sólido —observó Sherlock, que señaló una minúscula fisura—. Este rasguño lo han hecho hace poco, con un punzón o algo parecido… Alguien ha rascado la argamasa entre los dos ladrillos.

—¡Puede que fuera Ormerod!

—Sí. Sin duda para ver si era posible abrir un hueco.

—Pero vio que el muro es tan sólido que perforarlo o derribarlo resulta bastante complicado…

—Y su plan fracasó precisamente aquí. Donde termina también nuestra pequeña exploración —concluyó Sherlock encogiéndose de hombros.

No se trataba, desde luego, de uno de los grandes casos criminales que lo habían hecho célebre, pero la expresión distendida que ahora percibía en su rostro me hizo comprender que por fin estaba satisfecho: dijera lo que dijese Irene, ahora sabía que había acertado. O casi.

Mientras asentía, aliviada por la idea de volver al salón, me vino a la cabeza que también alguien más había dado en el blanco en

aquel asunto.

—Así que Billy, con aquella absurda historia suya del pescador y el elixir, a fin de cuentas acertó —se me ocurrió decir.

—Puede parecer increíble, pero así es —respondió riéndose Holmes—. Ormerod no es un verdadero delincuente, hizo un intento totalmente azaroso y le salió mal.

—Después, el pánico se apoderó de él y huyó —añadí.

—Sí. Y, al marcharse antes, incluso ha ahorrado en la cuenta. Un detalle que no resulta irrelevante para un hombre con pocos fondos.

—No, eso no es cierto —lo contradije.

Sherlock me clavó inmediatamente una mirada interrogativa.

—La señora Dibley me ha dicho que Ormerod ha pagado toda la estancia.

—¿Estás segura?

Asentí sin la menor vacilación, pero enseguida me sentí un poco culpable.

Lo vi detenerse, fruncir el ceño y mirar la oscuridad justo por encima de la llama de la vela. Sherlock había encontrado una explicación capaz de satisfacer su mente y, en ese momento, aquella pequeña incongruencia parecía poner todo en duda de nuevo.

Por suerte, no fue así.

Pasó unos instantes más sumido en sus razonamientos y al final soltó:

—¡Bah, al diablo! Se ve que ese tipo, al fallarle el plan, perdió del todo el norte —sentenció, y llegó a la escalera a grandes zancadas, como si quisiera dejar allí, en el sótano, aquel fastidioso pensamiento.

Lo seguí, no menos deseosa que él por marcharme de aquel lugar gélido y oscuro.

Al llegar a lo alto de la escalera, Sherlock echó un rápido vistazo por una rendija y se aseguró de que no hubiera nadie a la vista. Luego me hizo un gesto cómplice y apagó con cuidado la vela, que se guardó en el bolsillo. Unos pocos pasos rápidos para atravesar el pasillo y el recibidor, y estuvimos listos para penetrar de nuevo en la acogedora calidez del salón de la
King’s
White Horse.

CAPÍTULO 12

UN CICLÓN CON SOMBRERITO

Me dirigía ya a mi agradable sitio junto a la chimenea cuando me sobresaltó la campanilla de la fonda. Holmes y yo nos volvimos al mismo tiempo y, por los cristales de la puerta de entrada, vimos a una mujer con una increíble cabellera de un color rojo muy poco natural, sobre la cual descansaba un sombrerito de color azulado.

—¡¿Marjorieee?! —chilló la mujer.

—¡Maude! —exclamó la hostelera, que salió a la carrera de la cocina.

La señora Dibley abrió la puerta y la extravagante visitante entró tirando de un hombre de diminuta corpulencia que, cuando se quitó el sombrero, lució una calva reluciente.

—¡Buenas noches a todos! —trinó la mujer al vernos a medio camino entre la entrada y el salón, y le tendió la mano enguantada a Sherlock para que se la besara.

Sherlock la contentó y se presentó.

—¡¿Sherlock Holmes?! ¡¿Como el detective?! —exclamó ella abriendo mucho sus grandes ojos oscuros.

—Así es. Pero yo solo soy un hombre corrientísimo —se apresuró a decir él.

—Oh… —Maude no consiguió esconder su decepción—. Qué lástima. ¡Me encantó la película adaptada de la *pièce* teatral de Broadway! La película sobre el de verdad, quiero decir —concluyó antes de volverse hacia mí.

—Y tú, tesorito, ¿quién eres?

—Mila, la sobrina del señor Holmes —improvisé—. Ejem…, del

falso —añadí, y me volví divertida hacia mi «tío», que reaccionó con una mirada airada.

—Maude Witkin —declaró con una inclinación teatral la señora —. Y este es mi marido, Elwyn.

—Mucho gusto —dijo el hombre con el sombrero en la mano.

—Maude, querida, ¿qué haces por ahí en plena nevada? —le preguntó perpleja la señora Dibley.

—Precisamente porque está nevando he pensado que sería agradable dar una vuelta mientras todavía se puede, antes de quedar sepultados. Y por sepultados quiero decir todavía más de lo que ya lo estamos en este rinconcito campestre olvidado de los dioses —respondió melodramáticamente la señora Witkin.

—¡Pero si es Navidad! —replicó la señora Dibley—. ¿Qué puede haber más bonito que quedarse al calorcito, celebrando las fiestas, mientras fuera nieva?

—Ah, pues te lo digo yo: ¡estar en Londres en un local nocturno, bailando y bebiendo cócteles!

—No puedo ofrecerte nada parecido, pero sí un té, o un ponche…

—Te lo agradezco, pero será mejor que vayamos a encerrarnos en nuestra catacumba y no lo pensemos más. Solo he pasado para felicitarte las fiestas, pero ahora es mejor que regresemos a casa antes de que ese odioso señor Hornblow empiece a palear la nieve en la acera a la entrada de su estúpida panadería y la eche toda delante de nuestra puerta, como de costumbre. Ah…, ¡casi se me olvida lo más importante!

Maude Witkin sacó del bolso un tarro con un contenido de un tono naranja extraordinariamente vivo.

—Es una fabulosa compota de mango para untarla en el pan tostado en lugar de la aburrida mermelada de naranja.

—¿Qué tiene de malo la mermelada de naranja? —se quejó la señora Dibley con una sonrisa—. A mí me gusta.

—¡Sí, pero esta maravilla llega directamente de
Fortnum & Mason,
los grandes almacenes de Londres! ¿Verdad que es muy chic? — Maude Witkin me miró a mí en busca de complicidad y yo me apresuré a asentir.

—Perdonen…, ¿molesto? —dijo el capitán Craigmore asomando

desde el salón con una expresión cohibida.

La señora Dibley se apresuró a acogerlo.

—Nada de eso. Estos son mis queridísimos amigos los señores Witkin, que han pasado a verme. Estábamos deseándonos buenas fiestas y cruzando unas palabras, nada más.

—Entonces, en tal caso… —suspiró el capitán señalándose una mancha en el chaleco—. He tenido un contratiempo con uno de sus exquisitos bombones con licor… Me preguntaba si tendría algo para quitar esta mancha.

—Claro que sí. Un poco de agua con unas gotas de amoníaco será suficiente —respondió con prontitud la dueña de la fonda—. Si me da el chaleco, tardaré un instante.

Noté que, desde que el capitán Craigmore se había unido a nosotros, Maude Witkin no le había quitado los ojos de encima.

—¿No nos conocemos? —preguntó de hecho, sin hacer caso del asunto de la mancha—. Su cara me resulta familiar…

El capitán abrió mucho los ojos, carraspeó y respondió:

—Ejem… En fin, yo…, no creo haber tenido el placer, señora.

El señor Witkin amagó una débil risa.

—¡Tú conoces a casi todo el mundo, querida, pero acepta el hecho de que pueden existir seres humanos que no pertenecen a tu círculo de amistades, como este afortunado señor!

El capitán Craigmore se rio de esa estridente manera de quienes tratan de vencer la vergüenza. Era evidente que no había imaginado que se encontraría en medio de tantas personas. De hecho, movió torpemente las manos en el aire y dijo:

—Después de todo, creo que mi estúpida mancha puede esperar, ¿sabe?

Se despidió deprisa con una inclinación y lo vimos batirse en retirada hacia su habitación.

—Querida Maude, lo has hecho huir con tu carácter entusiasta —observó el señor Witkin riéndose.

—No le hagan caso a mi marido… ¡Si fuera como él dice, yo sería la responsable de la mayor parte de los males del mundo! —bromeó Maude—. De todos modos, lo mejor es que volvamos a casa antes de que la nevada nos deje bloqueados aquí. ¡Por favor, prueba la compota y dime qué opinas!

—Claro que sí, y seguro que es exquisita.

Maude Witkin abrió de nuevo los brazos y se volvió hacia la puerta mandando besos a diestra y siniestra, como si saludara a un público que la adorara.

—Venga, querida, vámonos ya —la exhortó su marido.

Sherlock los miró con una expresión divertida e incrédula en la cara mientras cerraban la puerta a su espalda. La señora Dibley notó su estupor y sonrió.

—¡Ah, esta Maude! Tiene que perdonarla, siempre ha sido así, desde los tiempos del colegio.

—También mi tío ha sido siempre como es: un hombre huraño pero de buen corazón en el fondo —bromeé señalando a Sherlock, el cual, tal como me esperaba, me lanzó otra mirada enfurecida.

La señora Dibley, en cambio, sonrió y nos habló de su amiga:

—Maude y yo nos conocemos de toda la vida. La quiero muchísimo, aunque no podríamos ser más distintas… A mí me gustan las cosas de otro tiempo, mientras que ella es partidaria de la modernidad a toda costa. ¡Figúrense que tiene una auténtica obsesión por el cinematógrafo! Incluso se hace enviar de Londres revistas ilustradas sobre los divos estadounidenses y las colecciona con sumo cuidado. Ha invadido literalmente la librería del estudio de Elwyn, ¡y me temo que el pobrecillo pronto tendrá que trasladarse al desván!

La imagen de aquel hombrecillo calvo de modales corteses siendo relegado por su volcánica mujer a un camastro en el desván nos arrancó una carcajada tanto a Sherlock como a mí. Y con aquella risa me sentí envuelta definitivamente por la alegre atmósfera de las fiestas.

CAPÍTULO 13

COMO EN UN SUEÑO

El salón de la King's White Horse nos volvió a recibir con el leve parloteo de los huéspedes. El capitán Craigmore se había cambiado de chaleco y conversaba con la señorita Berrell, mientras que los Liverton, agarrados de la mano, estaban sentados en los sillones. Yo me dirigí al sofá que solía ocupar con mis compañeros de viaje y me hundí entre el respaldo y el reposabrazos derecho, al lado de Sherlock, que hojeaba un viejo libro encuadernado en piel. Miré la tapa y leí *De re rustica*.

—Lucio Junio Moderato Columela —me dijo al percatarse de mi mirada—. El texto de agricultura más importante de la Roma antigua.

—¿Desde cuándo te interesas por la agricultura? —le preguntó Irene—. Espero que no quieras empezar a cultivar coles o patatas en el jardín de Briony Lodge… Porque te advierto que a mí con las abejas me basta y me sobra.

—No corres ningún peligro, tranquila —replicó Sherlock con una risotada—. Se trata simplemente de un texto muy instructivo, del que se pueden aprender muchas cosas. Y contiene un útil capítulo sobre las abejas. El mundo latino estaba muy interesado, y con razón, en esos extraordinarios insectos.

Pensé que debía seguir el ejemplo de Sherlock, coger un libro que me interesara y sumergirme en la lectura, pero una agradable languidez empezó a adueñarse de mí y los párpados comenzaron a pesarme.

—¿Una partida de *whist*? —propuso el capitán Craigmore a los

Liverton y la señorita Berrell, y sin esperar la respuesta se levantó para coger las cartas.

—Bien dicho, capitán. Un poco de juego es precisamente lo que hace falta —comentó Arsène—. Y miren lo que hay allí —añadió señalando una diana colgada en la pared opuesta.

—Excelente idea, *monsieur* Lupin —aprobó Billy, que cogió el estuche que contenía los dardos—. ¿Quién quiere jugar?

—Yo —dijo Irene—. Y lo siento por vosotros, pero tengo una puntería magnífica.

—¿Sherlock? —preguntó Arsène.

—¡Ningún juego podrá distraerme de Columela! —respondió él alzando el libro.

—¿Y tú, Mila?

Yo contemplé la escena como desde muy lejos y negué despacio con la cabeza.

—No, gracias. A lo mejor después —murmuré.

—Por lo que parece, ¡no voy a ser yo el que sucumba a la soporífera Navidad en el campo! —bromeó Sherlock sin levantar los ojos del libro.

Yo le sonreí. Tenía toda la razón: sentía que un velo de sueño se extendía sobre mis ojos.

—Anoche me costó dormirme… Cuando estaba a punto de lograrlo, había tal jaleo… —intenté justificarme confusamente. Pero mis pensamientos vagaban ya perezosamente dentro de mi cabeza en varias direcciones, como carpas por el fondo de un lago.

Cerré los ojos un instante.

—¡Un poco de concentración, señor Liverton! —dijo de repente el capitán Craigmore, sobresaltándome.

—Por supuesto, capitán, disculpe… Hacía mucho que no jugaba al *whist*, estoy un tanto anquilosado —respondió el otro con una sonrisita forzada.

Yo también sonreí al pensar que aquel viejo militar no era capaz de desembarazarse de la costumbre de impartir órdenes y de reprender a quien no se portaba como era debido. Quién sabía qué enfermedad estaría consumiendo al pobre capitán Craigmore. Y quién sabía si habría conseguido limpiar él solo la mancha de su chaleco…

—¿Por qué no ponemos un poco de música? —sugirió la señora

Dibley, pero su voz me llegó lejanísima y pastosa, igual que los villancicos que se difundieron pocos minutos después desde la bocina de latón del gramófono.

Las llamas de la chimenea danzaban alegres e hipnóticas. Me acurruqué en el sofá pegándome más al reposabrazos.

Las luces se atenuaron.

Las llamas se quedaron inmóviles.

Entonces Gutsby le indicó por señas a alguien que se acercara y le tendió un dardo.

Era el señor Ormerod.

«¿Cuándo habrá regresado?», me pregunté, pero no encontraba fuerzas para preguntárselo a él.

Ormerod aceptó el dardo, pero, en vez de lanzarlo, se quedó mirando asombrado la pared, donde, en lugar de la diana, había un agujero redondo, aproximadamente del mismo tamaño que una diana.

Gutsby se rio, cortado, y lo mismo hizo Ormerod.

Sherlock cerró el libro, se puso en pie y me dijo:

—Mira.

Señalaba la chimenea. Cuando se volvió hacia mí, vi pintado en su cara un estupor infantil. Hice lo que me pedía y miré el punto que señalaba. Las llamas habían desaparecido y en ese momento la chimenea se abría como una boca oscura. Me acerqué mientras los demás se apartaban para dejarme pasar y miré aquel hueco sucio de hollín. ¡Había una escalera que se hundía en la penumbra!

—Adelante, vamos —dijo Sherlock, y me tendió la mano.

Yo la cogí y lo seguí escalón a escalón, engullida por la chimenea. Durante unos instantes estuvimos a oscuras, pero oía los pasos de Sherlock, que me servían de guía en la negrura. Luego él se detuvo y en la oscuridad apareció un fósforo encendido que sujetaba en su mano.

—Mira —me repitió.

Estábamos en un nicho, rodeados de trastos y viejos toneles de madera. A la luz del fósforo, que no parecía consumirse, noté un movimiento entre aquellos objetos, algo apenas perceptible en los márgenes de mi campo visual. Quise salir corriendo y sin embargo me agaché, como atraída por una fuerza gravitacional invencible, y penetré con la mirada entre las telarañas y los trastos polvorientos.

Había algo, parecía un…

—¡Buenas noches a todos!

Me desperté sobresaltada mientras una risa tintineante resonaba en el salón. Estaba hecha un ovillo en el sofá, las llamas de la chimenea seguían en su sitio y todo aquel estrambótico cuadro no había sido más que producto de mi mente. Solamente un sueño.

Todavía aturdida y con una sensación de opresión en el pecho por aquella visión inquietante, me volví hacia los recién llegados. Un hombre de atuendo elegante y pelo engominado y negro como el betún se enrollaba en un dedo enjoyado un bigote azabache. Las arrugas de su rostro hacían sospechar que aquel color era fruto de la habilidad de un barbero experto en tintes. El efecto resultante habría sido ridículo si el hombre no hubiese tenido una mirada segura, casi descarada. Llevaba sujeta del brazo a una hermosa mujer morena, indudablemente más joven que él, con un vestido de terciopelo verde y de escote un tanto atrevido.

—¡Señores Shapton, bienvenidos! Empezaba a temer que la nevada les impediría unirse a nosotros —los recibió la señora Dibley, tan cordial como siempre.

—Señor Benjamin Shapton y condesa Clotilde Verini, si no le importa —la corrigió la señora morena. Y la señora Dibley enrojeció hasta la raíz del pelo. Tan formal y anticuada como era, debía de encontrar poco conveniente que los dos viajaran como pareja sin estar casados.

—No, por supuesto que no me importa —balbuceó procurando disimular su rubor—. Si tienen la bondad de acompañarme, les enseñaré su habitación.

El señor Shapton la siguió muy estirado y la condesa se contoneó a su lado, bamboleándose sobre unos zapatos de tacón vertiginoso que a saber cómo habían podido salir indemnes de la nieve.

Yo, por seguridad, parpadeé un par de veces para corroborar que no estaba dormida. ¡Aquellos dos parecían salidos de alguna de las revistas que tanto amaba Maude Witkin!

—¿Me he despertado en una comedia? —dije con un suspiro, y Sherlock me lanzó una mirada divertida.

CAPÍTULO 14

UNA SINGULAR CENA NAVIDEÑA

Con una sonrisa, Sherlock me dijo:

—¿No sería conveniente que fueras a refrescarte, Mila?

Yo lo miré asombrada y también un poco molesta. ¿Desde cuándo me daba él consejos de aquella clase? Instintivamente, me llevé una mano al pelo para comprobar que mi peinado no se hubiese descompuesto al dormir apoyada en el respaldo del sofá.

—Un buen arreglito… Arriba, en tu habitación —insistió mirándome intensamente a los ojos y con un ligero ademán de la cabeza en dirección a la escalera.

La niebla del sueño se despejó por fin en mi mente.

—Pues claro… ¡Realmente lo necesito! —exclamé.

Me puse en pie y corrí al piso de arriba.

Nuestro pequeño juego había vuelto a empezar, y esa vez quería demostrarle a Holmes que yo también sabía captar todos los detalles que él habría notado echando un vistazo. Incluso uno solo me bastaría.

Me crucé con la señora Dibley, que volvía a la planta baja, y le sonreí.

—Necesito de veras arreglarme un poco —le anuncié, e inmediatamente me sentí un poco tonta por aquella justificación no solicitada.

Y eso que era precisamente una de las lecciones de psicología del espía que Irene me había dado: «Justificarte cuando no te lo piden no hace más que despertar sospechas».

Por suerte, la hostelera no prestó ninguna atención a mis

palabras. Tenía una expresión petrificada, con los labios apretados en una mueca muy seria.

—Pues claro, querida, claro… —respondió recobrando trabajosamente su habitual sonrisa.

Cuando llegué al pasillo de los dormitorios, comprendí en el acto qué es lo que había ensombrecido a la mujer. Las voces de los dos nuevos huéspedes sonaban tan altas que traspasaban la puerta cerrada de su habitación y podían oírse desde el pasillo sin la menor dificultad.

—¡Qué locura! —vociferó Shapton—. ¿Has visto a todas esas cariátides de ahí abajo?

—Tesoro, no son tan viejos…

—¡Están decrépitos! ¡Y los que no, son niños!

No podía dar crédito a mis oídos. ¿Cómo se permitían hablar así de nosotros?

—Cuando pienso que ahora podríamos estar en Montecarlo divirtiéndonos en el casino… ¡y en cambio parece que estemos en casa de mi tía Margaret!

—¡Oh, vamos, amorcito! Si estuviésemos en Montecarlo, te estaría dando la lata por no haberme dejado vivir el ambiente de la Navidad inglesa que me habías prometido.

—¡Ah! Pues si tú estás contenta… Pero para mí el ambiente de la Navidad inglesa huele a naftalina.

—Vamos, tesorito, bajemos, ¡creo que me ha llegado un buen olor a ponche caliente!

—Espero que lo hayan regado con abundante ron para poder aturdirme y hacerme más soportable este suplicio.

Cuando abrieron la puerta de su habitación, yo me apresuré a entrar en la mía y cerré justo a tiempo para que no me vieran. Mientras intentaba dominar la irritación por lo que acababa de oír, deshice y rehíce mi peinado, que se me había aflojado penosamente con la siestecita en el salón.

—¡Maleducados! —mascullé con un puñado de horquillas entre los dientes—. ¡Ya se podían haber quedado en su casa!

Volví abajo justo a tiempo para ver a Sherlock besándole la mano a la condesa. Su mirada divertida me comunicó que una vez más había descubierto algo interesante.

Me tiré al sofá e instantes después él se acercó para susurrarme:

—¡Esa gentil señora es tan condesa como yo emperador de Bizancio!

—¿Qué quieres decir?

—Los dedos índice y medio de la mano derecha de la condesa Verini tienen marcas claras de una larga convivencia con un dedal de costurera.

—Pero ella y ese fanfarrón de compañero suyo se dan aires de grandes señores —resoplé, y le conté lo que había escuchado poco antes.

—Sí, pero causan el efecto contrario: tienen la distinción de un número de barraca de feria —comentó Sherlock.

Acababa de llevarme una mano a la boca para ahogar una carcajada cuando ambos volvieron a las andadas, como si quisieran confirmar la cáustica pulla de Holmes.

—Por todos los dioses, parece un funeral… —se quejó de hecho Benjamin Shapton—. ¿No hay algo más moderno que poner en el gramófono?

—Pero, corazoncito mío, es parte del ambiente —protestó la condesa Verini con una risita.

La señorita Berrell los fulminó con la mirada y luego dijo:

—Tal vez sea mejor que vaya a cambiarme para la cena. —Y cuando pasaba por mi lado la oí musitar—: Conque nobles… ¡Unos patanes sin pizca de educación!

Y por una vez estuve de acuerdo con ella. También el capitán Craigmore y los Liverton miraban a la pareja de una manera bastante hostil. Los ojos del capitán incluso parecían llamear de desdén, y yo atribuí aquel sentimiento a su rígida educación militar, muy poco en consonancia con tanta desfachatez.

Y llegó por fin la cena de Nochebuena. Me vi reflejada en el cristal de la ventana del comedor y vislumbré al mismo tiempo mi imagen con el vestido que había elegido para aquella velada y, de fondo, la nieve, que no tenía visos de dejar de caer. Me contemplé satisfecha y me pareció que también había hecho un buen trabajo con el pelo, normalmente rebelde e indomable. Después, Billy se sumó al reflejo en el cristal, elegante e irreprochable con su atuendo de gala, pese a que luciera viejas prendas que había tomado prestadas del inmenso guardarropa de Arsène.

Me sonrojé, esperando que no hubiese notado mi momento de

vanidad, pero lo vi sonreír y me di la vuelta hacia él.

—Parece de verdad la nevada del siglo —dijo Billy señalando afuera.

—¡Así es más Navidad todavía! —respondí entusiasmada.

Mientras tanto, los demás huéspedes empezaron a entrar en el comedor y Billy y yo nos volvimos para mirarlos.

—Qué gente más rara —dije riéndome—. Parecen salidos de una comedia, todos ellos.

—¡Y tampoco nosotros, desde luego, somos personajes de segunda categoría! —exclamó él.

Para la cena de Nochebuena, la señora Dibley había dispuesto una única mesa larga cubierta con un finísimo mantel de tela de holanda, sobre el que relucían copas de cristal y cubiertos de plata. Alegraban el conjunto pequeños centros de mesa de muguete y festivas velas de cera roja.

Billy y yo nos sentamos en nuestros sitios sin dejar de reírnos. Estábamos eufóricos, y también los demás huéspedes parecían divertirse. Ciertamente, el capitán Craigmore seguía lanzando ocasionales miradas hostiles a Shapton y la señorita Verini; y el señor Liverton, como de costumbre, estaba un poco ausente, pero el ambiente en la mesa era en general bastante agradable.

Un joven camarero, contratado por la señora Dibley para la velada, nos sirvió una deliciosa sopa de ostras, seguida de delicadísimas mollejas de ternera *à la Victoria* con guarnición de puré de patata y guisantes con mantequilla. A continuación, la entrada de un suntuoso ganso asado con salvia y cebollinos, acompañado de una espesa salsa de arándanos, arrancó más de una exclamación de asombro de los comensales. Con la excepción, obviamente, del señor Shapton, que dijo que prefería con mucho el pavo relleno, típico plato norteamericano que les aconsejaba a los ingleses para modernizarse un poco. El capitán Craigmore apretó las mandíbulas, pero no dijo nada.

Cuando ya me sentía saciada, llegó el turno de los quesos. El camarero los sirvió con oporto, y la señorita Berrell declaró:

—El oporto me hace recordar al señor Ormerod… Confiemos en que el pobrecillo se haya recuperado.

El señor Liverton vació su vaso de un trago, el vino se le fue por mal camino y empezó a toser.

—Respira, cariño —le dijo su mujer dándole ligeros golpecitos en la espalda.

El capitán Craigmore levantó su copa y dijo:

—Bien, podemos hacer un brindis por el señor Ormerod, deseándole una rápida curación.

—La necesita el pobre. Se ha pillado un resfriado realmente terrible —dijo la señora Liverton, uniéndose al brindis.

—Cierto —dijo la señorita Berrell—. Pero encuentro realmente extraño que se haya marchado así. Tendría que haberse expuesto menos, ¡con esta nevada además!

—Yo lo entiendo perfectamente, en cambio. Cuando uno no se encuentra bien, desea estar en su propia casa —replicó la señora Liverton.

—Cierto, cierto —asintió la señorita Berrell. Pero, por su mirada, me di cuenta de que le había chocado el tono más bien seco de la otra comensal.

Al señor Liverton, en cambio, se le ocurrió volver a toser y Shapton suspiró.

—No conozco al tipo del que hablan, pero le deseo de todo corazón que se encuentre en la Costa Azul, donde me gustaría estar a mí… ¡Y donde estaría degustando grandes quesos franceses en vez de estas cosas! —dijo señalando con la cabeza la bandeja, lo bastante alto para que lo oyera el camarero, que simplemente se encogió de hombros.

—Bien, entonces…, ¡a la salud del señor Ormerod! —dijo Arsène alegremente para poner fin a los comentarios fastidiosos de Shapton.

Por suerte, tuvo éxito. Todos levantamos la copa y brindamos, incluido Holmes, que había permanecido callado durante toda la cena, sin manifestar el menor interés por la conversación pero dando muestras de apreciar la cocina de la señora Milne.

Y tampoco quedó decepcionado después, puesto que la cena prosiguió con unos excelentes *mince pies*. Por último, hizo su entrada en escena un fragante *Christmas pudding*.

—Veamos quién encuentra el penique —me susurró Billy mientras el camarero nos servía el postre navideño.

—Esperemos que lo encuentre el capitán Craigmore, tiene el aspecto de alguien que necesita un poco de suerte.

—O el señor Liverton. No parece estar en plena forma…

Durante un par de minutos no se oyó más que el tintineo de las cucharillas y las alabanzas que la señorita Berrell dedicó a la cocinera, extasiada al constatar que el *pudding* estaba preparado con completo respeto a la tradición.

—¡Uf! Pero qué demonios… —exclamó de pronto el señor Shapton, que dio un respingo en la silla. Lo vimos sacarse de la boca una vieja monedita de cobre.

—Me parece que no le ha tocado a ninguno de los dos —dijo Billy.

—¡Anda, tesorito, si has encontrado el penique escondido en el *Christmas pudding*! Trae buena suerte, ¿verdad? —gorjeó Clotilde.

—¡No es más que una vieja sandez que como mucho puede traerle suerte al dentista, cariño! —se burló el hombre, que tiró la moneda al platito.

—Personalmente, siempre la he considerado una tradición bastante bonita —repuso Irene.

—Será que nunca he hecho demasiado caso de las tradiciones, ni siquiera de las familiares. Por el contrario, cuando no me gustaban, las mandaba a la porra —dijo Shapton con un gesto de indiferencia.

—¿Y nunca ha tenido que… arrepentirse? —le preguntó la señora Liverton mirándolo desde detrás de sus gafas redondas.

Shapton se rio.

—¡Ni en sueños! Si hubiese seguido los pasos de mi padre, ahora sería más pobre que una rata, por ejemplo.

—¿De veras? —comentó el capitán Craigmore retorciéndose desdeñosamente el bigote—. ¿Y por qué? ¿Cuál era el oficio de su padre?

—Era empresario teatral… ¡Figúrense!

—Perdone, pero ¿qué tiene de malo el teatro? —se inmiscuyó Arsène.

Shapton volvió a encogerse de hombros.

—Por lo que a mí respecta, es una actividad fútil y poco rentable. Cuando heredé, yo también fui empresario unos años, pero luego lo vendí todo y me dediqué a otra cosa mucho más provechosa.

—Mi Benjamin es un genio de los negocios. El mejor de la City —confirmó la supuesta condesa acariciándole la espalda a Shapton.

—Espléndido —comentó Craigmore con la cara de quien piensa exactamente lo contrario—. Pero servidor, después de esta maravillosa cena, ¡tiene necesidad de beber algo fuerte!

CAPÍTULO 15

UNA BOTELLA DE AMONTILLADO

Tras unos instantes de vacilación, seguimos al capitán Craigmore al salón. El mal carácter del señor Shapton había enturbiado en parte el delicado ambiente navideño, y la señora Dibley se dio cuenta de ello. La vi ensombrecerse por un momento para luego volver a lucir una sonrisa resplandeciente mientras decía:

—¿Saben qué vendría bien ahora? Una buena copita de licor. Tengo reservada una estupenda botella de amontillado precisamente para esta noche. ¡Después de todo, hay que mimarse un poco en Navidad!

La hostelera abrió el mueble de los licores y cogió una botella oscura con una etiqueta que parecía hecha de viejo pergamino amarillento.

—Déjeme ver —dijo Shapton arrebatándosela de las manos con grosería y examinando la etiqueta—. Sí, una buena cosecha —sentenció luego con aires de entendido.

La señora Dibley, con un suspiro de alivio, distribuyó varias copas de cristal. Guiñándonos un ojo, nos tendió una copita a Gutsby y a mí, e Irene sonrió y dijo:

—Para ellos solo una gota.

—El licor de la venganza —afirmó Lupin echando un vistazo al líquido a contraluz.

El señor Liverton lo miró con asombro.

—¿Por qué dice eso? —le preguntó.

Irene se rio y le explicó:

—Mi amigo se refiere al relato de Edgar Allan Poe titulado «El

barril de amontillado», en el que el vengativo protagonista, con la excusa de paladear un poco de ese vino, encadena en un sótano a un hombre que le ha infligido una ofensa.

Yo recordaba aquel relato, que había leído a escondidas de Irene y había encontrado extremadamente irritante, porque se descubría enseguida al asesino y este no daba muestra alguna de arrepentimiento, ni siquiera muchos años después del homicidio.

—No me parece oportuno hablar de ciertas historias poco edificantes —sentenció la señorita Berrell—. Sobre todo en Nochebuena.

La señora Liverton se acercó a la ventana y pegó un gritito. Todos nos volvimos hacia ella y advertimos que mostraba una expresión extasiada.

—¡Miren qué nevada tan espléndida! Esta sí que es una Navidad memorable… ¡Hacía mucho que no se veía una blancura como esta!

—¡Después de todo, es la nevada del siglo! —bromeó Billy.

—Se me ha ocurrido una idea alocada —dijo la señora Liverton abrazando a su marido.

El hombre, pálido y un poco desconcertado, como siempre, le preguntó:

—¿Y cuál es, cariño?

—¡Salgamos a ver caer la nieve!

—¡Una idea fabulosa! —exclamó Liverton, que de todas formas tenía una expresión de quien simplemente quiere complacer una pequeña extravagancia.

—A mí también me parece una buena idea —dijo Irene, a la que le encantaba estar al aire libre con cualquier tiempo y temperatura.

—Pero tenemos que ir arriba a ponernos los abrigos —protestó la señorita Berrell.

—Podemos llevarnos las mantas escocesas —sugirió la señora Liverton con los ojos brillantes como los de una niña.

—¡Bien pensado! Todo es muy pintoresco, tenemos que aprovecharlo —añadió la señora Dibley, que dio una vuelta por el salón recogiendo las mantas que tenía dobladas aquí y allí para que los huéspedes pudieran calentarse las piernas en las frías tardes invernales.

Yo me envolví en una manta azul y verde y le sonreí a Billy, contagiada del entusiasmo del momento.

—¡Bah, si al menos estuviéramos en los Alpes suizos! Allí sí que las nevadas son verdaderamente… —empezó a cacarear el señor Shapton, pero decidí ignorarlo y salí al aire frío del jardín.

—¡Venga, tesorito! —exclamó Clotilde abrigando a su insoportable acompañante con su propia manta y arrastrándolo afuera—. ¡Hazlo por mí, sabes que el ambiente navideño inglés me gusta mucho!

Y, sin esperar respuesta, lo empujó al exterior.

—Estoy segura de que la campiña inglesa blanca de nieve no tiene nada que envidiarles a otros lugares en cuanto a belleza —declaró la señorita Berrell, que salió a paso ligero para rendir los debidos honores a su país.

Entretanto, la señora Dibley casi había terminado de repartir las mantas, solo quedaba el capitán Craigmore.

—No, se lo agradezco —dijo este haciendo un gesto con la mano —. Por desgracia, mi médico me ha recomendado que intente no pasar demasiado frío. Me contentaré con ver esta prodigiosa nevada desde la ventana. Pero no hay razón para que usted, querida señora Dibley, no la disfrute con los demás.

La señora Liverton, dibujando una gran sonrisa, le cogió la manta de las manos y se la pasó por los hombros.

—¡Es verdad! Es usted la mejor anfitriona de todos los tiempos, se merece una pequeña pausa sin pensar en nada para contemplar la belleza de la naturaleza.

Así que salimos todos a observar la gran nevada. Envueltos de aquel modo en las mantas, parecíamos un grupo de viajeros que hubieran salvado mil peligros y en ese momento descubrieran, estupefactos, que todavía estaban vivos. Y para mí era un poco así. El último año había sido realmente duro. Me había enfrentado a enemigos poderosos y crueles, había perdido a mi adorada hermanastra Asia y me sentía una superviviente. Miré de reojo a Irene, mi valiente madre adoptiva, y luego a Sherlock y Arsène, sin los cuales no habría tenido la fortuna de estar allí. Sí, pese a todo podía decir que había sido afortunada; y aquella capa blanca que cubría el mundo a mi alrededor, en aquel jardín en medio de la nada tenuemente iluminado por un farol de gas, me hacía sentir segura. Junto a mí estaba Billy, tan cerca que, si hubiese alargado una mano, habría podido tocar la suya. Con el rabillo del ojo me

percaté de que me observaba. Sonreí y bajé enseguida la mirada fingiendo indiferencia.

Fue Shapton quien quebrantó aquella agradable atmósfera cuando dio una palmada y dijo:

—Pues ya hemos visto la nevada. Yo me vuelvo adentro… Aquí se hiela uno.

Todos intentamos permanecer un poco más en el exterior para recuperar la belleza de aquel momento, pero para entonces se había desvanecido, así que entramos ordenadamente en el salón.

El capitán Craigmore, cuyo rostro grisáceo contrastaba netamente con nuestras mejillas sonrosadas, le tendió una copa de amontillado a Shapton.

—Pruébelo y dígame qué piensa. A mí me parece excelente.

Mientras Shapton se mojaba los labios en el líquido ambarino, todos cogimos las copas. La mía y la de Gutsby se reconocían porque tenían menos de un dedo de vino.

Shapton chasqueó los labios e hizo una mueca de decepción.

—Parecía prometer mucho y en cambio… Debe de haber sufrido demasiado calor durante el envejecimiento.

Clotilde, a su lado, probó el licor e hizo girar cómicamente los ojos.

—Amorcito, eres demasiado sofisticado, no puedes hacerte siempre el gruñón de esta manera, ¡deberías gozar más de la vida! Yo creo que está bueno, ¡y además es Navidad!

—¡Exacto! —exclamó el señor Liverton, animándose inesperadamente—. ¡Es Nochebuena, debemos estar alegres, hay que brindar!

Lo observé, sorprendida por ese arrebato de vitalidad, y saqué en conclusión que debía de ser su mujer la apasionada a las fiestas y que él solo estaba intentando que pasaran una bonita velada. Resultaba igual de evidente, no obstante, que aquel tipo de cosas lo incomodaban, dadas sus miradas huidizas y la cara larga que le costaba disimular.

El capitán Craigmore alzó la copa y dijo:

—Un brindis navideño. Que los deseos de todos se hagan realidad, sobre todo los esperados largo tiempo.

—*Prosit!* —dijo la señora Liverton, dando inicio al leve tintineo de los vasos.

Clotilde chocó su copa con la de su pareja y se bebió el licor echando la cabeza hacia atrás y riendo de manera agitada. También Shapton bebió un trago, para contentarla, aunque sin esconder su contrariedad. La señorita Berrell saboreó su amontillado ensalzando su exquisitez a cada sorbito.

Yo me reí, y noté que la mujer ya no perdía ninguna ocasión para contradecir al señor Shapton.

—Y ahora sería el momento perfecto para escuchar un poco de música —dijo la señora Liverton, cada vez más alegre. También su marido parecía más aliviado y, cuando la señora Dibley puso uno de sus discos en el gramófono, fueron ellos los que abrieron el baile.

Yo tenía la cabeza un poco ida, seguro que por culpa del amontillado, y sentía que la boca se me estiraba en una gigantesca sonrisa un tanto rígida.

—¿Me concede este baile, señorita?

Me volví de sopetón y me encontré los ojos azules y brillantes de Billy. Su mano apretó delicadamente la mía, y yo, como si mi voz viniese desde varios metros de distancia, contesté:

—Con mucho gusto, señor Gutsby.

Un instante después dábamos vueltas alegremente sobre las viejas alfombras del salón, que se arrugaban bajo los tacones de los zapatos. Billy olía a jabón y agua de colonia, y yo tenía que luchar contra el impulso de apoyar la cabeza en el hueco de su cuello. Descubrí que era un gran bailarín y, llevada por él, podía apreciar la danza sin preocuparme demasiado de qué hacer, porque sus movimientos corteses pero decididos me guiaban paso tras paso. Nunca había sentido una particular inclinación hacia el baile, pero de todas formas Irene me dio algunas clases para que nunca me encontrara en dificultades cuando entrara en sociedad, y le agradecí aquella insistencia suya, porque me estaba evitando ser aún más patosa de lo normal.

Como en un sueño, vi girar a nuestro alrededor a Arsène e Irene, elegantes y desenvueltos, e incluso a Sherlock, al que, rígido como un bacalao, la señorita Berrell hacía girar a empujones por el salón. Se me escapó una risita, aunque quedó sofocada por las carcajadas desenfrenadas de Clotilde Verini, tan concentrada en el baile que chocaba un poco con todo y con todos en sus vueltas por el salón. El mismo capitán Craigmore, tan envarado, se puso a bailar con la

señora Dibley, aunque paró casi enseguida, porque se había quedado sin respiración, y se sirvió otro dedo de amontillado para reponerse. Yo habría bailado así para siempre, llevada por Billy y dando mil vueltas… Pero entonces la música acabó.

Iba a correr a poner otro disco cuando el reloj de péndulo que había en un rincón del salón dio las doce.

—Oh… —dijo Irene al observar el cuadrante con las dos agujas alineadas en vertical—, ¡feliz día de Navidad a todos!

Y de aquella manera dio inicio a un afable intercambio de buenos deseos entre los huéspedes de la
King's
White Horse, en el que los pequeños roces de la cena parecían olvidados.

Al final, el capitán Craigmore se abotonó la chaqueta y dijo:

—Me complace haber estado en pie hasta esta hora, así he podido desearles una buena Navidad, pero es muy tarde. Conviene que me retire. —Y se despidió con una inclinación de cabeza.

Los señores Liverton y la señorita Berrell siguieron su ejemplo, y poco después Clotilde, tras un largo bostezo, se colgó del brazo de Shapton, dispuesta también a irse a su habitación.

—Hasta mañana, señores…, cuando tendremos oportunidad de aburrirnos un poco más en este absurdo antro —se carcajeó el hombre de negocios.

Benjamin Shapton, de todos modos, se equivocaba.

No volveríamos a vernos nunca más.

CAPÍTULO 16

UN MACABRO DESPERTAR

Unos alaridos me despertaron la mañana de Navidad:

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Benny! ¡Que alguien me ayude!

Era la voz de Clotilde Verini.

Sin que me importara estar en camisón, salí precipitadamente de mi dormitorio hacia la dirección de la que provenían los gritos. Cuando llegué a la habitación de Shapton y Clotilde, encontré a Sherlock y Billy allí.

—Quizá sea mejor que no entres —me dijo Gutsby atravesándose en la puerta.

—¿Es que está…?

Billy asintió con la cabeza. Yo me asomé instintivamente por encima de su hombro y vi que sobresalía, de detrás de la cama, una pierna de hombre con pijama de seda azul. Sherlock estaba agachado e inspeccionaba el cuerpo al que pertenecía la pierna. Clotilde, sentada al borde de la cama con las manos sobre la cara, sollozaba histéricamente.

—No es el primero que veo —repliqué levantando la barbilla para disimular mi agitación.

—Lo sé, ni yo tampoco… Pero, si hubiese podido elegir, habría preferido no verlo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Irene, que llegaba corriendo. Un instante después, también Arsène salió de su habitación.

Billy le franqueó la entrada a Irene, que penetró en la habitación y corrió a consolar a Clotilde, y yo aproveché para seguirla. Billy

me lanzó una mirada torva, aunque con poca convicción. En cuestión de segundos, todos los huéspedes de la fonda estaban en la puerta.

—Nadie debe entrar en el dormitorio —dijo Sherlock.

—Pero…, pero… ¡yo soy la dueña! —protestó la señora Dibley mientras la señora Milne, con una redecilla en el pelo, le abanicaba la cara con un pañuelo de cuadros. Junto a ella, la señorita Berrell, con sus huesudos brazos cruzados, alargaba el cuello para atisbar el interior. Los cónyuges Liverton se apretaban el uno contra el otro, y el capitán Craigmore estaba en posición de firmes, impasible.

—A no ser que entre sus habilidades profesionales esté la de resucitar a los muertos, debo pedirle que no entre, señora Dibley —replicó Sherlock sin mirarla siquiera. Luego se alzó de golpe mientras Billy y Arsène permanecían en la puerta a manera de centinelas, y se plantó delante de la señorita Verini—. Dígame lo que ha pasado.

Entre un sollozo y otro, con la cabeza apoyada en el hombro de Irene, Clotilde contestó:

—¡Oh, pobre Benjamin! ¡Creía que exageraba, como de costumbre! Decía que había digerido mal la cena… Después, que la sopa de ostras estaba en mal estado… Daba vueltas en la cama el pobrecillo… Se ha levantado a beber, porque tenía la boca seca, luego se ha dormido, pero ha tenido unas pesadillas tremendas… Se quejaba en sueños. Así que lo he sacudido, porque esperaba que así se le pasaran las pesadillas… Pero parecía fuera de sí… Era como si delirase, decía que había murciélagos en el techo y me pedía que los echara… Sus ojos parecían tan oscuros… Lo he abrazado para calmarlo y he notado que su corazón latía como desbocado. ¡Oh! ¡Pobre Benny! ¡Si hubiera oído su corazón! Y después, un instante después, se ha caído de la cama y…

—¿Por qué no ha pedido que llamaran a un médico? —le preguntó Sherlock.

—Porque no me he dado cuenta de que era tan grave… Benny tiene… tenía un estómago muy delicado… Ya había pasado alguna mala noche por no digerir bien la comida. No me he dado cuenta de que era algo distinto hasta que he oído su corazón, pero para ese momento…

—No había nada que hacer, porque ha sucedido todo demasiado

deprisa, imagino —intervino Holmes.

Clotilde Verini asintió ahogando los sollozos con un pañuelo.

—Pobre señor Shapton —sentenció el señor Liverton, tan pálido como siempre—. ¡Qué desgracia! Un infarto, probablemente.

Sherlock se volvió hacia él y le dirigió una mirada de perplejidad. Por su modo de fruncir el ceño, sabía que algo le estaba pasando por la cabeza.

—¡Ah, pobres de nosotros, qué desgracia tan terrible! Y ahora… ¿qué debemos hacer ahora? —dijo la señora Dibley con expresión perdida.

—Hay que llamar a la policía —dijo Sherlock.

—¿A la policía? —exclamó el señor Liverton—. Pero, perdone, ¿es que el señor Shapton no ha sufrido un ataque al corazón?

—Desde luego, pero en casos como este siempre es preciso avisar a las fuerzas del orden para que constaten el fallecimiento y empiecen con los demás trámites —le explicó Irene con un suspiro.

—¡Oh, Dios mío! —lloriqueó la señora Liverton, que se llevó una mano al pecho—. Creo que voy a desmayarme… ¡Tengo que tomar una bocanada de aire!

Dicho aquello, bajó precipitadamente la escalera. Oí sus pisadas, que retumbaban en los escalones de madera, mientras su marido se quedaba quieto y alelado, como si no tuviese fuerzas para seguirla. Sherlock, con los oídos alerta, pareció seguir los pasos de Jane Liverton con atención. Me pregunté por qué, y mi intuición me sugirió que fuera tras ella.

—Perdonen… Voy a asegurarme de que la señora Liverton está bien —dije, y corrí tras ella.

El ruido de pasos me indicó que había ido a la cocina y la alcancé.

—¿Todo bien, señora Liverton? —le pregunté.

Ella se sobresaltó como si yo hubiese disparado una pistola y se volvió hacia mí de sopetón. Tenía los ojos muy abiertos.

—Sí, sí…, todo bien… Solo quería… solo quería un vaso de agua —dijo apoyándose en una alacena.

—Siéntese, déjeme a mí —le dije mirando a mi alrededor. El gran fregadero de mármol aún estaba abarrotado de platos y vasos por lavar. Vi unas copas limpias en una repisa, cogí una y la llené de agua.

Mientras seguía aquellos sencillos pasos, recordé las enseñanzas de Sherlock y observé a la mujer por el rabillo del ojo.

Me quedé bastante sorprendida al notar la mirada torva que me lanzó en determinado momento.

—Aquí tiene el agua —le dije mientras le tendía la copa. Parecía realmente conmocionada.

Sherlock entró a buen paso en la cocina.

—¿Se encuentra bien, señora Liverton? —preguntó.

—Sí, sí, pero ahora quizá sea mejor que vaya a tumbarme un rato —contestó ella, que se levantó y salió de la cocina.

—Pobrecita. Está fuera de sí —comenté.

Sherlock no dijo nada y se puso a mirar a todas partes con una curiosa expresión de lobo hambriento. Captó su atención el fregadero lleno de platos y vasos.

—¿Qué haces? —le pregunté sorprendida, pero él no respondió, es más, me hizo un gesto con la mano para que me callara—. Sherlock…

Él examinó rápidamente el contenido del fregadero y luego volvió a mirar alrededor con una expresión aún más inquieta. Después, su mirada se detuvo en un rincón de la cocina al tiempo que sus labios se distendían en una sonrisa radiante. Se dirigió hacia una mesa colocada contra la pared y, con un gesto de prestidigitador, levantó un trapo de cocina y dejó al descubierto una bandeja en la que estaban las copas de cristal que se usaron la noche anterior para servir el amontillado.

—Magnífico… —dijo. Alzó una y examinó atentamente las trazas de líquido ámbar del interior.

Ante mis ojos estupefactos, Sherlock corrió a cerrar la puerta y luego se puso a olfatear todas las copas una por una, a introducir un dedo para recoger alguna gota de líquido y probarla con la punta de la lengua.

—Aquí está —exclamó al fin. Alzó una de las copas y la observó a contraluz.

—A ver, ¿se puede saber qué estás haciendo? —insistí.

Justo entonces Irene asomó por la puerta y no pareció nada extrañada por encontrar a Sherlock con la nariz metida en una de las copas, es más, lo miró a los ojos y le preguntó:

—¿Tintura de belladona?

Él asintió.

Yo abrí todavía más los ojos. La belladona es una planta venenosa. Yo había tenido ocasión de leer una novela en la que un personaje moría después de comerse las letales bayas oscuras.

—Esperad… ¿Vosotros creéis que se trata de un homicidio? —pregunté estupefacta.

—Descartaría que se trate de un simple infarto. Las pesadillas, la alucinación de los murciélagos, la midriasis…

—¿Midriasis?

—La dilatación de la pupila en ausencia de luz. Clotilde ha dicho que los ojos de Shapton eran extraños, que parecían más oscuros de lo normal —me explicó Irene.

Sherlock asintió.

—Esa mujer no lo sabe, pero lo que cuenta parece sacado, palabra por palabra, de un manual de toxicología. De la página dedicada al envenenamiento por atropina, para ser preciso.

CAPÍTULO 17

MIRADAS Y SOSPECHAS

En aquella siniestra mañana de Navidad aprendí que la atropina es la sustancia venenosa que contienen las hojas y las bayas de la belladona.

Sherlock alzó la copa que tenía en la mano como para hacer un grotesco brindis.

—Acabo de constatar que el líquido que ha quedado en una de las copas tiene un matiz ligeramente más amargo que los residuos de las demás. Perfectamente compatible con la presencia de belladona —nos informó.

Yo me llevé las manos a la boca, asustada.

—¡Sherlock! Pero ¿esa sustancia no es peligrosa?

—No lo es en cantidades tan irrisorias, no seas boba —repuso él con un movimiento de su huesuda mano.

Yo abrí la boca para replicarle como correspondía, pero un pensamiento más poderoso se abrió paso en mi mente.

—Un momento… ¡Anoche Shapton dijo que el vino tenía un sabor desagradable!

—Así es —confirmó Sherlock—. Pero, por el contrario, el amontillado que nos sirvieron era excelente. Yo pensé que Shapton se estaba dando aires de superioridad, como solía hacer, y en cambio…

—Y en cambio el vino de su copa era de verdad desagradable a causa de la tintura de belladona que alguien había vertido dentro.

Aquellas últimas palabras hicieron que un pensamiento escalofriante cruzara por mi mente: ¡uno de los comensales con los que había compartido la cena de Navidad era un asesino!

—¿Y qué hacemos ahora? —pregunté con voz febril.

—Avisemos a Arsène y Billy, y conservemos la calma; el asesino o la asesina está bajo este techo, no podemos permitirnos pasos en falso —respondió Irene, y Sherlock asintió.

Nos callamos justo a tiempo, porque la puerta se abrió en aquel momento.

—¡Oh, pobre de mí! —se lamentó la señora Dibley entrando en la cocina y cerrando la puerta tras de sí. Luego nos vio y se quedó con los ojos como platos, realmente sorprendida—. ¿Qué hacen ustedes aquí?

—Hemos venido a coger un vaso de agua —me apresuré a responder.

—Beba un poco de agua usted también —la exhortó Irene, que buscó un vaso limpio y lo llenó de agua fresca—. Ayuda a calmar los nervios.

—Por cómo tengo mis pobres nervios, ¡temo que me haría falta una botella de whisky! —suspiró la señora Dibley, pero aceptó el agua con gratitud y se la bebió de un trago.

—¿Ha llamado a la policía? —quiso saber Sherlock.

—¡Precisamente ese es el problema! Ese maldito chisme no funciona. ¡Y pensar que lo instalaron hace menos de seis meses!

—¿Le importaría que le echara un vistazo?

Sin esperar respuesta, Sherlock salió de la cocina, se dirigió a grandes zancadas al mostrador de recepción y levantó el auricular del flamante aparato.

—No da señal —constató—. Debe de ser por culpa de la nevada. Sucede a menudo que alguna rama cargada de nieve se quiebra y rompe un cable telefónico.

Solo en aquel momento me acordé de la nieve, tan absorta estaba en lo sucedido recientemente en la casa, y corrí hacia la ventana para mirar a la calle. La capa blanca ya había sobrepasado los treinta centímetros. En el exterior de la
King’s
White Horse todo estaba blanco. La carretera ya no se apreciaba, y también los arbustos y los setos parecían solo cúmulos de nieve un poco más altos. Las ramas de los árboles se doblaban bajo el peso de la nieve y parecían a punto de sucumbir, torcidas y colgantes. El silencio que nos rodeaba era irreal, como si llevara bolas de algodón dentro de las orejas; de hecho, tragué saliva un par de veces para

librarme de aquella sensación de vacío. De pequeña había visto nevadas increíbles, pero vivía en un gran palacio lleno de sirvientes preparados para abrir senderos y limpiar carreteras. En la fonda me sentía simplemente abrumada por la fuerza de la naturaleza: el establecimiento me parecía una pequeña cáscara de nuez aplastada bajo una pesada capa gélida.

—¡Mirad! —exclamé señalando afuera.

—Santo cielo… Si queremos abrir la puerta, tendremos que palear bastante —comentó Irene, tan práctica como siempre.

—¿Dónde se encuentra la comisaría más próxima? —preguntó Sherlock.

La dueña de la fonda suspiró.

—En Crowborough, pero con esta nieve se necesitaría un trineo. A pie se tarda, normalmente, un par de horas a buen paso, pero ahora…

Sherlock anduvo de un lado para otro por el recibidor de la King's White Horse, el cual atravesaba entero con un par de zancadas de sus largas piernas. Luego se acercó a la señora Dibley y la miró desde arriba, como cerniéndose sobre ella.

—Hasta que no llegue un oficial de policía para cumplimentar los trámites de los que hablaba la señora Adler, conviene que nadie se aleje de la fonda, aunque, con esta nieve, nadie podría marcharse. Solo nos queda, pues, esperar aquí.

La hostelera asintió con la cabeza.

—Desde luego, desde luego… —susurró.

Sherlock, que no quería llamar demasiado la atención sobre sí, le pidió a Arsène que informara de la situación a los demás huéspedes. Los presentes, reunidos en el salón, escucharon en silencio y al final asintieron mientras se dirigían miraditas de reojo. Yo tuve ocasión de observarlos a todos.

Los cónyuges Liverton estaban agarrados de la mano, como si quisieran darse fuerzas en pleno naufragio.

La señorita Berrell parecía un mochuelo posado en una rama, llena de indignación por el hecho de que precisamente a ella le hubiera tocado vivir una Navidad así.

El capitán Craigmore había adoptado, en cambio, una rígida

actitud militar, mientras que la pobre Clotilde había dejado de sollozar hacía poco y ahora tenía los ojos, enrojecidos por el llanto, fijos en el suelo.

La señora Dibley le cogió la mano y le dijo:

—Venga, querida, túmbese un poco en mi habitación si no la incomoda.

También los demás abandonaron el salón cada uno por su lado para volver a sus habitaciones.

Irene me hizo entonces una seña para que la siguiera y fuimos juntas a la cocina esperando encontrar allí a la señora Milne.

La cocinera, en efecto, estaba sentada en un rincón, al lado de la estufa; meneaba la cabeza y suspiraba.

—Querida señora Milne, es de vital importancia que usted no toque nada de lo que usó para preparar y servir la cena. Sobre todo las copas —le pidió Irene.

—¡Oh, Jesús santísimo! —exclamó alarmada la cocinera—. ¿Cree que ha sido por algo que cociné yo? ¡Le juro que las ostras eran fresquísimas!

—Y no tenemos ninguna duda de ello. Pero la policía querrá realizar una breve investigación. Así también verificarán que su exquisita cena no tiene nada que ver con lo sucedido. Es el procedimiento.

—¿El procedimiento?

—Exacto, el proceso habitual. Lo hacen siempre, y usted no tiene nada que temer. A fin de cuentas, todos estamos en perfecto estado salvo el señor Shapton. Y todos comimos las mismas cosas.

—Tiene razón, señora. Así lo espero… —dijo la cocinera abanicándose con el delantal. Pero sus mejillas no conseguían recobrar el color.

—Mila, por favor, prepárale a la señora Milne un vaso de agua con azúcar, porque está muy pálida —me dijo mi madre.

Disolví rápidamente un poco de azúcar en un vaso de agua y se lo di a la cocinera, a la que acompañamos a su habitación para que se echara un rato.

—Esté tranquila, nosotras nos quedamos de guardia para que nadie toque nada —le dijo Irene antes de abandonar el dormitorio.

De vuelta en la cocina, no tuvimos que esperar mucho hasta que llegaron Sherlock, Arsène y Billy.

Holmes nos indicó por señas que estuviéramos calladas y nos condujo por el pasillo hasta la puerta del sótano. Luego encendió una vela y nos precedió. La escalera que bajaba al sótano me causó mucha menos impresión al ser tantos. Era como si estar rodeada de aquellos a quienes llamaba en broma los Sabuesos de Briony Lodge pudiera protegerme de todo peligro. Sabía que no era cierto, sino tan solo una sensación a la que me gustaba aferrarme.

Cuando llegamos al final de la escalera, Sherlock se detuvo y nos hizo hueco para que formáramos un círculo alrededor de la vela. Nuestras caras, iluminadas de aquella manera, parecían grotescas e inquietantes, y un sutil escalofrío me hormigueó en la espalda.

—Ahora estamos lejos de oídos indiscretos —nos dijo Sherlock— y la única entrada es bien visible.

—Según vuestra opinión, ¿quién ha sido? —preguntó Billy emocionado.

—¿La falsa condesa Clotilde? —aventuró Arsène.

—No sé… A mí, su desesperación me ha parecido auténtica —observé.

—Tal vez. Pero no es quien dice ser y puede que no esconda solo su auténtica identidad —razonó Irene.

—¿Y si ha sido la señorita Berrell? —dijo Gutsby—. Ella y Shapton estuvieron chinchándose toda la noche y ella le lanzaba ciertas miradas… ¡venenosas!

—Un poco débil como móvil —consideré—. Y, además, aunque resulte un poco odiosa, me parece imposible que sea una asesina. Pero, por lo demás, diría lo mismo del capitán Craigmore y de los señores Liverton. Parecen personas tan… ¡normales!

Gutsby frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

—No, nada… Es cierto que todos parecen personas muy normales…

—Pero…

—Pero ayer por la noche, cuando bajaba para la cena, pasé por delante de la habitación de los Liverton. La puerta estaba entornada y entreví a la señora arreglándose el pelo antes de bajar. La buena educación habría exigido que yo la esperara para bajar juntos… Pero me pareció sorprenderla en un momento… ¡muy raro! Así que seguí adelante para no ser indiscreto.

—¿Muy raro? —repetí intrigada.

—Sí, explícate mejor —lo exhortó Sherlock.

—La señora estaba parada delante del espejo y parecía que se estuviera sacudiendo el polvo de encima, primero de un hombro y luego del otro, pero de una manera muy extraña, como… mecánica. ¡Y les aseguro que en sus hombros no había ni una mota de polvo!

La vela tembló en las manos de Sherlock, que había cedido por un instante a un estremecimiento.

—¿Cuántas veces repitió ese gesto? —preguntó el célebre investigador.

Gutsby entrecerró los ojos hasta reducirlos a rendijas mientras hurgaba en su memoria.

—No sabría decir. Primero un hombro y luego el otro, así, varias veces —respondió al final reproduciendo el extraño gesto.

En el silencio del sótano oímos la profunda respiración de Holmes.

—Apostaría a que hizo ese gesto exactamente siete veces.

—¿Siete veces? —repitió incrédulo Lupin—. ¿Cómo puedes saberlo?

—Porque creo que acabo de averiguar lo que ha ocurrido entre estos muros.

CAPÍTULO 18

UN COLLAR DE MISTERIOS

Hubo un largo silencio durante el cual Arsène, Irene, Billy y yo cruzamos miradas cargadas de dudas. Veíamos que los ojos de Sherlock se encendían con una luz febril. El detective se llevó una mano a la sien mientras que con la otra sujetaba la vela cada vez más temblorosa.

—Mejor la sostengo yo —dijo Irene al reconocer uno de aquellos momentos de trance indagador a los que había asistido de jovencita.

—¿Qué sucede? —preguntó Billy—. ¿Le ha venido algo a la mente?

Sherlock hizo un gesto con la mano libre, como si espantara una nube de moscas molestas. Su mirada apuntaba en dirección opuesta a la escalera, hacia el túnel que constituía el sótano y que terminaba en un cul-de-sac, como habíamos descubierto juntos.

—Mila, recuérdame cómo iba vestido Ormerod la última vez que lo viste —dijo de repente.

Apenas me había dado tiempo a registrar mentalmente aquellas palabras cuando él me soltó:

—¡Estoy hablando contigo, Mila! ¿Qué ropa llevaba puesta Ormerod cuando lo viste abandonar la fonda deprisa y corriendo?

Sabía que habría sido completamente inútil preguntarle por qué le interesaba aquel detalle, así que atajé y empecé a enumerar:

—Veamos… Iba muy arropado. Llevaba el abrigo, una bufanda alrededor de la cabeza y un sombrero calado sobre la frente.

—¿Le viste la cara?

—Bueno…, no.

—¿Te dijo algo?

—Le hice notar que estaba empezando a nevar y él respondió rezongando. Tenía un resfriado fortísimo.

—¿Su voz era de persona resfriada? ¿Nasal? ¿Ronca? ¿Tenía algo de extraño?

Traté de recordar, pero no me parecía que hubiera nada particularmente revelador.

—Era… cavernosa —concluí.

Sherlock asintió tres veces, perdido en sus pensamientos, y luego me preguntó:

—Así pues, ¿podía ser un tipo cualquiera vestido con la ropa de Ormerod?

—Bien…, no sé… Quizá sí, pero alguien de la misma altura y corpulencia.

Sherlock volvió a mascullar para sí, moviendo los dedos en el aire, como si estuviese uniendo los hechos sueltos que conocía para crear constelaciones de pistas.

—Tenemos que actuar deprisa… Todos nosotros —dijo de manera autoritaria con una mano levantada.

—La velocidad es mi habilidad —respondió Arsène con una risa sarcástica—, pero ¿qué te parecería darnos aunque solo fuera un retazo sobre lo que pasa por tu cabeza?

Sherlock resopló, como si todo estuviese clarísimo y nosotros fuéramos demasiado perezosos o tontos para darnos cuenta.

—¿Recordáis cuando dije que Ormerod podía ser una esmeralda entre los cristales de una botella? Pues bien, ahora creo que tenemos entre manos un collar entero de piedras preciosas, pero no debemos dejar que nos lo quiten de los dedos, y por eso necesito vuestra ayuda, la de todos.

—Está bien —bufó Arsène balanceando ostentosamente los brazos.

—Tenemos que dividirnos en grupos. ¡Mila! ¡Gutsby!

—¡A la orden! —exclamó Billy poniéndose firmes, y yo también me asombré al oír mi nombre.

—Vosotros dos debéis ir a casa de la señora Witkin, ¡ahora mismo!

Aquel «ahora mismo» no tenía en cuenta, por desgracia, la nieve

que cubría el pueblo de Mayfield. Pero Sherlock convenció a todos los huéspedes de la fonda de que no era apropiado obligar a dos jovencitos a quedarse en un lugar donde se acababa de cometer un asesinato, sobre todo el día de Navidad. La señora Dibley pudo encontrar unas viejas raquetas de nieve mientras Sherlock, Arsène y el señor Liverton paleaban la nieve de la entrada bajo la mirada del capitán Craigmore, que se excusó lamentando que estaba demasiado débil para ayudar.

Tras lograr despejar la entrada, Billy y yo, como dos exploradores del polo, partimos con nuestras raquetas en los pies entre las voces de aliento de todos.

—¡Pasad una agradable mañana, mis pobres niños! —exclamó la señora Dibley secándose las comisuras de los ojos con un pañuelito bordado.

Mientras me volvía para despedirme de ella y de los demás una última vez antes de marcharnos, vi que Sherlock y Arsène hablaban un poco apartados, con los brazos apoyados en el mango de las palas hincadas en la nieve. Seguro que Sherlock estaba preparando su próximo movimiento, del que, sin embargo, no había hecho mención en el sótano.

Durante un rato solo se oyó el ruido de nuestras pisadas en la frágil nieve.

—Eh, espera —exclamó de pronto Billy, y se paró en seco—. ¡Con tanta prisa, no hemos preguntado dónde se encuentra la casa de la señora Witkin!

—No te preocupes —repliqué adoptando una expresión vagamente parecida a la de Sherlock Holmes—. No nos hace falta, ella misma dijo que vivía al lado de la panadería de un tal Hornblow. Tratándose de una tienda, lo más probable es que esté en la calle principal del pueblo.

La verdad es que aquel detalle acababa de volverme a la cabeza, pero de aquella manera me gané una mirada de admiración de Billy que no me disgustó.

Nos dirigimos pues a la calle central de Mayfield renqueando con las raquetas.

—No logro dejar de pensar en lo sucedido, qué mala suerte, pobre Shapton —se lamentó de pronto Billy—. Cuando pienso que en realidad él quería ir a Montecarlo… A lo mejor ahora estaría

vivo y jugando en el casino.

Yo me encogí de hombros.

—A lo mejor no. A lo mejor en realidad lo ha envenenado la falsa condesa Verini y lo habría matado de la misma forma también en Montecarlo.

—Es verdad —concordó Billy—. Desde luego, no era un hombre simpático, pero es terrible saber que lo han matado. Y el día de Navidad además… Es un poco como decir que ni siquiera en los días de fiesta se tiene la certeza de poder ser felices.

Asentí pensativa.

—¿Cómo se puede llegar a odiar tanto a alguien como para matarlo a sangre fría? —dijo Billy en voz baja.

Mis pensamientos fueron justo en la dirección en que estaba tratando de impedir que fueran. Instintivamente, me llevé una mano al corazón, donde, bajo el abrigo, guardaba las misteriosas cartas anónimas.

—No sucedió así —me dijo Billy al notar mi gesto.

—Y si por el contrario…

—¿Sherlock fuese un asesino a sangre fría? No, no lo creo. Ese hombre se ha pasado la vida cazando criminales. Además, quiere mucho a la señora Adler.

—Precisamente, ¿y si estaba enamorado de ella?

—¡Eso seguro! ¿Y qué mejor manera de demostrárselo que matar a su marido? —bromeó Gutsby lanzándome una mirada burlona—. En serio, Mila, debes dejar de atormentarte. Ya ha pasado mucho tiempo y no te ha llegado ninguna otra carta. Tienes que hablar con Irene y con Sherlock.

—¿Estás loco? ¿Y si todo fuese verdad? ¿Y si…? —resoplé agitando los brazos—. No sé, ¿y si Godfrey Norton era una persona horrible? ¿Y si Sherlock lo… eliminó para que no hiciese daño a Irene?

—¿No crees que una de las mejores mentes del mundo habría encontrado una forma más refinada de impedir que le hiciera daño?

—*Touchée*, señor Gutsby, *touchée* —reconocí.

—Ya verás que la solución es más sencilla de lo que crees —me dijo con una sonrisa.

En algo tenía razón: no debía seguir torturándome de aquella manera. Descubriría la verdad sobre el misterioso homicidio de

Godfrey Norton, a toda costa. Pero en ese momento debía concentrarme en Shapton. Billy y yo teníamos un cometido.

—¡¿Y si Maude Witkin no está en casa?! —exclamé de pronto.

—¿Adónde quieres que haya ido con esta nieve? —respondió Billy abarcando el paisaje con un gesto.

Casi habíamos llegado a los límites del pueblo de Mayfield y parecía que todos estuvieran encerrados en sus casas bajo la gruesa capa blanca. Las chimeneas exhalaban alegres bocanadas blancas y los aromas a comida se sucedían en la calle.

Mi estómago gruñó y me sonrojé. Billy me sonrió.

—¡Ni siquiera hemos desayunado! —dijo acariciándose la tripa.

Pero a continuación se le iluminó la cara y metió las manos en los bolsillos del abrigo. Sacó una pequeña bolsita de papel con dos bolas de gelatina de fruta recubiertas de azúcar.

—Mira, tenemos suerte, hay una para cada uno —dijo riéndose —. ¡Hoy tampoco nos moriremos de hambre!

Yo le sonreí, metí la mano en la bolsita y cogí una de las bolas. Me la llevé a la boca y saboreé el gusto afrutado y ligeramente ácido y los granos de azúcar que se deshacían en mi lengua. Una extraña euforia se apoderó de mí. Tal vez fuera el efecto del azúcar en el cerebro. O tal vez el hecho de estar allí con Billy compartiendo caramelos y afrontando juntos aquella aventura.

—¡Mira, el cartel de la panadería! —exclamé para ocultar el motivo de la sonrisa desmesurada que se estaba dibujando en mi rostro.

Al paso más rápido que permitían las raquetas, me dirigí a la tienda y enseguida vi al lado una alegre puerta roja adornada con una corona de acebo y cintas doradas, junto con una placa de latón que ponía «Witkin».

—Hemos llegado —dijo Billy a mi lado, y yo llamé a la puerta.

Maude Witkin nos abrió ataviada con un vestido de terciopelo carmesí y nos miró con gran interés.

—Un momento, yo os conozco… Vosotros sois los dos jóvenes huéspedes de mi amiga Marjorie, ¿estoy en lo cierto?

—Verá, señora Witkin, tenemos que pedirle algo un poco extraño… —dije yo de repente cohibida.

—¡Pero qué maravilla! —exclamó inesperadamente la mujer—. ¡Entrad, entrad! Dejad aquí las raquetas, en el recibidor.

—Perdone por las molestias —dijo educadamente Billy.

—¡Pero qué molestias! ¡Vosotros sois mi regalo de Navidad contra el aburrimiento de este pueblo sepultado por la nieve!

CAPÍTULO 19

LA MEMORABLE NAVIDAD DE LA SEÑORA WITKIN

La señora Witkin nos condujo al salón, donde su marido estaba leyendo el periódico junto a un gigantesco árbol de Navidad, y exclamó:

—¡Elwyn, cariño, mira quiénes han venido! —Luego añadió muy contenta—: ¡Estos son Mila y Billy! ¡Figúrate que Mila viene de Ludmila, qué nombre tan espléndido! Tan exótico…

El señor Witkin alzó los ojos del periódico y mostró una sonrisa seráfica.

—Queridos muchachos, es un placer que hayáis venido a vernos, pero… ¿estáis realmente seguros de querer pasar la mañana con mi mujer? Quiero decir, yo estoy obligado por el sagrado vínculo del matrimonio, pero vosotros…

—¡Oh, para ya! —dijo riéndose la señora Witkin, y fue a estamparle un beso en la frente—. ¡Sin mí te aburrirías terriblemente! Y, a propósito del aburrimiento, ¿qué buen viento os trae aquí la mañana de Navidad para salvar así a una pobre pareja confinada en un pueblo perdido de la campiña, olvidado de Dios?

—Bueno, tenemos que pedirle algo, señora Witkin —empecé a decir, pero en aquel momento mi mirada cayó sobre la mesita del desayuno, en la que había un plato de galletas de jengibre y una fuente de mandarinas. Al ver la comida, mi estómago volvió a rugir. Me ruboricé avergonzada.

—¿No has desayunado, querida mía? —exclamó atónita Maude.

—Claro que sí —mintió elegantemente Billy—, es que después de una larga caminata por la nieve…

—Habrá que encargarse de ellos —dijo el señor Witkin levantándose del sillón.

Él y su mujer desaparecieron por la puerta de la cocina y volvieron con dos vasos de leche y unos platitos para las galletas y las mandarinas.

—Venga, sentaos y comed algo —nos invitó Maude.

No nos lo hicimos repetir y tratamos de no abalanzarnos con demasiado ímpetu sobre aquel desayuno improvisado.

—¡Ah, a vuestra edad los jóvenes necesitan alimentarse mucho! —exclamó Maude—. No como tú, Elwyn, que tienes ya unos años y estás echando tripa…

—Serán las alegrías de la vida conyugal las que me vuelven más redondo y cebado —bromeó él—. Además, necesito energía para seguirte el ritmo en todas tus extravagancias.

—Reconoce que, si no fuera por mí, te encontrarían momificado en el sillón y cubierto de telarañas.

Me eché a reír, devorando una galleta tras otra. Me caía bien aquella pareja, parecían muy compenetrados, y seguro que estaban muy bien juntos, aunque se divirtieran pinchándose constantemente.

—Y bien, ¿en qué podemos ayudaros? —preguntó Maude cuando terminamos de comer.

—Verá… Si fuese posible…, nos gustaría ver su colección de revistas de cine —dije yo tratando de dominar la vergüenza.

Los ojos de Maude se iluminaron.

—¡Pero vosotros sois verdaderamente mi sorpresa de Navidad! ¿Has oído, Elwyn? Por fin alguien que sabe apreciar tanto como yo el séptimo arte. Venid, venid, os acompaño.

—Sí, a mi estudio —dijo Elwyn fingidamente picado.

Y, de hecho, el estudio del señor Elwyn tenía un aspecto realmente singular. La mitad estaba llena de libros de tapas recias, entre los que destacaban una enciclopedia, un tratado de botánica y una Biblia en cuatro volúmenes de lomo ricamente decorado. Pero la otra mitad de las estanterías, en el lado opuesto de un pequeño escritorio, albergaba montones de revistas como *Fame* y *Silver Screen*, en cuyas portadas destacaban lánguidas fotos de estrellas como Mary Pickford o Douglas Fairbanks.

Maude nos señaló la alfombra persa y dijo:

—Si no os molesta, yo prefiero sentarme ahí a hojearlas, así las puedo esparcir a mi alrededor y admirar mejor las fotografías.

—Me parece una excelente idea —aprobó Billy.

Pasamos las siguientes horas allí, sobre la alfombra, hojeando revista tras revista.

—Si me dijerais qué estáis buscando, podría ayudaros —dijo de pronto Maude.

—No podemos influir en su juicio —le respondí. Sherlock había sido muy claro al respecto—. Tenemos que encontrar algo… que nos llame la atención.

Cuando llegó la hora de la comida, Elwyn propuso hacer un pícnic de Navidad allí mismo, sobre la alfombra, y Maude lo ayudó a preparar unos estupendos emparedados de *roast beef* con mostaza, que nos sirvieron acompañados de pepinillos y huevos escalfados sobre pan tostado.

Billy y yo apartamos las revistas apilándolas con cuidado sobre el escritorio y poniendo atención en separar las que habíamos revisado de aquellas que aún teníamos que hojear, y disfrutamos de la comida improvisada. Los emparedados eran exquisitos y los devoré mientras me prodigaba en cumplidos.

Elwyn le quitó importancia, pero Maude nos explicó que de joven había sido cocinero de barco. Ellos se habían conocido en un crucero. Luego se habían establecido allí gracias a las rentas de algunas inversiones para cuidar de la anciana madre de él. Y ahora que la mujer ya no estaba, habían decidido quedarse de todas formas.

—Aunque Maude rabia por huir de aquí…

—Siempre que tú vengas conmigo.

—Solo si puedo llevarme mi sillón, mi estudio, mi biblioteca…

Los dos se echaron a reír y su risa pronto nos contagió a Billy y a mí.

—Espero no resultar indiscreta, pero… forman una pareja maravillosa —dije, impresionada por su compenetración.

Maude me sonrió y luego nos miró, primero a mí y luego a Billy, luego otra vez a mí y después a él.

—Quién sabe, quizá tú también tienes a la persona de tu vida aguardándote detrás de la esquina, o a lo mejor más cerca…

Billy hizo gala de la impasibilidad más natural, como si ni

siquiera lo hubiese oído, pero yo me ruboricé.

—Tenemos que acabar de buscar… ¡lo que estamos buscando! —exclamé poniéndome en pie.

—Espera, quería que probarais también los *lussekatter*, unos dulces típicos navideños de Suecia… —me detuvo Elwyn—. Los preparo según la receta de un marinero de Malmö que conocí hace muchos años.

Yo, entretanto, ya estaba delante de las revistas pendientes de hojear y me volví hacia él para decirle:

—Gracias, me gustaría mucho.

Pero, al darme la vuelta, golpeé con el codo la pila de revistas y se derrumbó por el suelo.

—¡Lo siento! —exclamé mientras trataba inútilmente de detener aquel desastre.

—No te preocupes —dijo Maude acudiendo en mi ayuda—, están hechas de un papel muy resistente, no se estropean con facilidad.

Constaté con alivio que tenía razón y alisé un par de hojas que se habían doblado con la caída, para tratar de evitar que quedara la marca del pliegue. Y al hacerlo vi una fotografía que me hizo estremecer.

—¿Qué ocurre? —me preguntó Maude.

Le enseñé la fotografía a Billy, que asintió con gravedad.

También Maude la observó y exclamó:

—Anda, mira a quién me recordaba vuestro compañero de la fonda, el coronel ese, o teniente…

—Capitán —la corregí. El hombre de la fotografía se llamaba Alfred Fenwick, leí en el pie de foto, y parecía exactamente una versión más joven de Craigmore.

—No recordaba dónde había visto ya esa cara —dijo Maude muy contenta—. A primera vista, también deben de tener la misma edad. Albert Fenwick, pues claro. Ciertamente, no fue una estrella, pero sí un buen actor a fin de cuentas. Algún papel secundario, unas cuantas películas como actor de reparto… Pero trabajó bastante. También era un hombre guapo, hasta que un accidente en el rodaje de una película de capa y espada le ocasionó una cicatriz en la cara y él decidió retirarse…

Billy y yo nos miramos con los ojos desorbitados.

Después de unos instantes, también Maude nos miró incrédula y susurró:

—¡La cicatriz! Oh, Dios mío… Ese hombre no se parece a Albert Fenwick. ¡Ese hombre es Albert Fenwick!

Exactamente lo que había supuesto Sherlock: el capitán era en realidad un actor.

Maude cogió a Elwyn por los hombros y lo sacudió:

—¿Has oído? ¡Igual que en el cine!

—Y ahora que habéis atrapado a mi mujer y su exaltada alma en esta red de misterios, ¿os importaría explicarnos qué está ocurriendo? —preguntó Elwyn con el ceño fruncido.

Billy y yo nos miramos, intercambiamos un gesto de entendimiento y se lo contamos todo, desde nuestra llegada hasta el homicidio de Shapton y el comienzo de la investigación.

—Pero ¿por qué no nos lo habéis dicho antes? ¡Es terrible! —exclamó Maude—. Pobres chicos, lo que habéis presenciado…

—Temíamos arruinaros la Navidad —me disculpé.

—Y tampoco estábamos seguros de que encontraríamos lo que necesitaba el señor Holmes… —me apoyó Billy.

—¿Arruinárnosla? ¿Y quién se acuerda ya de la Navidad? ¡Venga! ¡Debemos volver enseguida a la
King's
White Horse! —exclamó Maude apuntando dramáticamente con el dedo al cielo y siguiéndolo con la mirada.

—¿Debemos? —preguntó Elwyn—. Estás empezando a perder un poco la cabeza, cariño. Siempre habías sabido distinguir sin dificultad la primera persona del plural de la segunda…

—Pero no podemos quedarnos aquí mano sobre mano. Después de todo, Marjorie es mi amiga…

—¿No crees que lo que ocurre en la King's White Horse no es asunto tuyo?

—¿Y qué lo es entonces? ¿Quedarse a contar los copos de nieve desde la ventana?

—A decir verdad, ya no nieva. Ahora llueve y la previsión del tiempo habla de un rápido ascenso de las temperaturas…

—¡Me parece estupendo, hasta luego! —cortó en seco Maude, que salió a grandes pasos de la habitación, con la cabeza bien alta. Luego se giró hacia Billy y hacia mí para añadir—: ¿Qué, venís?

Billy y yo miramos a Elwyn, que se encogió de hombros y nos hizo un gesto para que la siguiéramos.

—¿Podemos llevárnosla? —le pregunté señalando la revista.

—Pues claro, dádmela a mí, la meto a buen resguardo en el bolso —respondió Maude, cogiendo el bolso y el abrigo.

—Y… una cosa importante… —dije yo mordiéndome los labios.

—Dime, querida.

—¿Podría pedirle que no dijera nada de lo que hemos descubierto en esa revista?

—¡Pues claro! Toda buena historia tiene golpes de efecto que llegan en el momento adecuado. Ni un instante antes ni un instante después. ¡El cine es un gran maestro de la vida!

Una vez fuera de la casa, nos dimos cuenta de que Elwyn tenía razón: la temperatura había subido y en ese momento una lluvia bastante intensa había sustituido a los copos y la nieve se estaba empezando a derretir.

Maude nos entregó unos paraguas y nosotros nos metimos las raquetas de nieve bajo el brazo.

—¡Un crimen real en la King's White Horse y yo tendría que quedarme en casa! —bufó Maude—. Obviamente, voy para consolar a mi amiga Marjorie —añadió adoptando una expresión caritativa.

Pero, aunque su acción estuviera dictada más por la curiosidad que por el altruismo, en cuanto llegamos a la fonda Maude corrió a abrazar a la señora Dibley, que vagaba con expresión ausente por las habitaciones.

—¡Dios santo, parece que acabaras de ver a un fantasma! —dijo Maude.

La señora Dibley puso una mueca de terror, como dando a entender que, en cierto sentido, así era.

Billy y yo le pedimos a Maude que nos diera la valiosa revista, dejamos charlando a las dos amigas y fuimos en busca de los demás.

Sherlock vino hacia nosotros en el salón.

—¿Habéis encontrado la prueba? —nos preguntó.

Yo le enseñé la fotografía de Albert Fenwick y Sherlock la miró triunfante.

—¡Ahora mi regalo de Navidad está completo! —exclamó.

CAPÍTULO 20

ÚLTIMO ACTO EN LA KING'S WHITE HORSE

Arsène entró en ese instante con movimientos cautos. Llevaba a la espalda una gran saca postal cuyo contenido no pude adivinar.

—¡Te equivocas! Tu regalo de Navidad está completo *ahora* —dijo mientras depositaba la saca al lado de Holmes con una mueca divertida—. En la estación he encontrado lo que buscábamos.

Me moría de ganas por descubrir qué era, pero Sherlock me dijo por sorpresa:

—Mila, ve a buscar a todos los huéspedes de la fonda. Los quiero en el salón dentro de veinte minutos. A todos, del primero al último. Y también a la señora Dibley y a la cocinera, evidentemente.

—¿Yo puedo quedarme? —preguntó Maude con los ojos brillándole.

—Si me promete que no molestará —respondió con brusquedad, y ella hizo el gesto de cerrarse la boca como si fuera una cremallera.

Yo dudé un instante, porque me habría gustado pedir explicaciones sobre la misteriosa saca, pero Sherlock me miró contrariado y dijo:

—¿Y bien, señorita Adler?

Salí corriendo, resignándome a recibir todas las explicaciones a su debido tiempo. Como los magos, Holmes no revelaba nunca sus trucos por adelantado, para entonces yo lo sabía bien. Lo único que podía hacer era llevarlos a todos al salón y esperar las revelaciones sobre el caso.

Minutos después, todos los que se encontraban entre las paredes

de la
King's
White Horse en aquel momento estaban reunidos en el salón. Paradójicamente, la presencia más fuerte era la del gran ausente, Benjamin Shapton. Yo procuraba no pensar en que su cuerpo estaba en el piso de arriba, piadosamente cubierto con una sábana, pero las miradas furtivas de los huéspedes de la fonda y el rostro triste de Clotilde me lo recordaban a cada instante y hacía que se me erizara el pelo de la nuca.

—Les ruego que se sienten, señores —dijo Sherlock señalando los sofás y los sillones de aquel salón que, hasta el día anterior, me había parecido tan acogedor y que aquella mañana, en cambio, tenía un aspecto casi lúgubre.

—¿Dónde está la policía? —preguntó ceñuda la señorita Berrell —. ¿Alguien ha pensado en llamarla?

—No, señora, se nos ha olvidado… ¡Figúrese qué despistados somos! —bromeó Billy susurrándome al oído. Yo esbocé una sonrisa que enseguida desapareció de mis labios, porque estaba demasiado tensa.

—Sí, ¿qué ocurre? ¿Por qué no ha venido la policía? —preguntó el señor Liverton recorriendo con la mirada la habitación.

En vez de responder, Sherlock se inclinó junto a la mesita y levantó por un instante un faldón del largo mantel que lo cubría. Desde el lugar en que yo estaba, detrás de él, no pude ver lo que había debajo de aquella mesa. Pero algo debía de haber, seguro, porque la cara del señor Liverton se puso aún más blanca y cérea, y se dejó caer en un silloncito. Su mujer lo miró estupefacta y luego, con un suspiro, ocupó el silloncito contiguo. Como si hubiesen dado una señal, todos los presentes que permanecían aún en pie se sentaron. Irene acompañó a Clotilde al sofá. La supuesta condesa parecía caminar a través de una espesa niebla, con pasos inseguros y rígidos. Junto a ella se acomodaron Dibley y Maude, mientras que la señora Milne se sentó frente a ellas con su inseparable trapo en la mano, que agitaba junto a su cara como si hiciese mucho calor. La señorita Berrell se sentó al otro lado del sofá, en el borde, como si temiera ensuciarse.

Billy fue a echar otro leño a la chimenea y reavivar así el fuego antes de volver a la ventana, a pocos pasos de mí y al lado de Irene.

El capitán Craigmore se colocó entre la señorita Berrell y la cocinera, muy recto y un tanto envarado, como siempre.

Cuando todos se hubieron sentado, Sherlock empezó a caminar por la estancia a grandes pasos y dijo:

—Los agentes de policía que hemos solicitado todavía no han llegado de Crowborough, aunque la señora Dibley, gracias a la amistad que mantiene con el director de la oficina de correos de Mayfield, que ha abierto de manera extraordinaria, ha podido enviar un telegrama urgente a la comisaría. Gracias a la rápida mejora del tiempo, un vehículo de la policía estará ya de camino. Y me temo que, cuando llegue, deberán realizar algo más que los simples trámites a los que aludía hace unas horas.

Clotilde Verini se despabiló de su letargo y exclamó:

—Oh, ¿y qué significa eso, caballero?

El capitán Craigmore se removió en el sofá y dijo:

—Sí, hable claro, señor Holmes.

—Quiero decir, naturalmente, que la muerte del señor Shapton no se ha debido a causas naturales…

—Usted… ¿Qué…? ¿Qué quiere decir…? —balbuceó estupefacta la señorita Berrell.

—Exactamente lo que he dicho, señorita —respondió Sherlock fulminándola con la mirada—. La policía deberá abrir una investigación por homicidio.

—¡Oh, santo cielo! —se lamentó la señora Dibley—. ¡En mi fonda! ¡Un lugar que siempre ha sido tan respetable!

—Venga, Marjorie, no te pongas así, ya verás como todo se resuelve pronto —la consoló Maude pasándole un brazo por los hombros.

—Entonces, tan solo tenemos que esperar la llegada de la policía —dijo el capitán Craigmore con la cara pálida y la mirada perdida en el vacío.

—Podríamos hacerlo —convino Sherlock—, pero no hay ninguna razón por la que nosotros, aquí, debamos esperar para aclararnos las ideas sobre lo sucedido.

El señor Liverton desencajó el rostro, se levantó de sopetón y, apuntando a Holmes con el dedo, gritó:

—Usted…, ¡usted nos ha mentido! ¡Usted es de verdad Sherlock Holmes, el investigador que aparece en los libros!

Los labios del detective se curvaron en una sonrisa sardónica.

—Lo admito, señor Liverton, conté varias mentiras porque no me gusta que me reconozcan —dijo extendiendo los brazos—. De todos modos, es curioso que sea usted quien saque a colación la cuestión de mi identidad y de la veracidad de mis palabras. Digo que es curioso porque en estos días hemos estado rodeados de mentiras y subterfugios. Después de todo, entre desconocidos, ¿cómo es posible saber si la persona que tenemos delante es realmente quien dice ser?

En el salón se hizo un profundo silencio.

—Está bien, señor Holmes, ¡tomamos nota de que es usted el famoso detective! —soltó el capitán Craigmore—. Pero ahora ¿sería tan amable de decirnos qué le ha pasado, en su opinión, al pobre señor Shapton?

Sherlock, perfectamente calmado, asintió.

—Le ha ocurrido algo que mi joven compañera de viaje Mila Adler, con su intuición natural, había olfateado en el aire cuando afirmó que aquí, en la
King's
White Horse, parecía que estuviera dentro de una comedia. Su intuición, no obstante, era acertada solo en parte. Porque la obra que se estaba representando entre estas paredes no era una comedia, sino una tragedia.

La señora Liverton, que había estado moviéndose en el sillón hasta aquel momento, no pudo contenerse más:

—Perdone, mi querido señor, no dudo de que es usted una persona importante y famosa, pero me disgusta verdaderamente su siniestro sermón… Nosotros esperaremos la llegada de la policía en nuestra habitación. Ven, Adrian. —Cogiendo del brazo a su marido, hizo intención de marcharse.

Arsène y Billy, de pie junto a la ventana, dieron instintivamente medio paso hacia delante, pero Sherlock se interpuso imperturbable entre la pareja y la puerta, y pese a que sus maneras no fueran nada intimidatorias y los dos hubiesen podido rodearlo fácilmente, la dureza de su mirada los petrificó en el sitio.

—Señora, no vuelva este asunto más desagradable de lo que ya es.

Con un crujido, los sillones abrazaron de nuevo a los cónyuges

Liverton.

—Es hora de que esta tragedia baje el telón —continuó Holmes deambulando por la estancia con largos pasos cadenciosos—. ¿No lo cree usted también, señor… Fenwick?

Su mirada se posó en Craigmore y los demás se volvieron hacia él. Todos los ojos estaban clavados en el supuesto capitán.

—Pero ¿de qué está hablando? ¡Debe de haber perdido el juicio! —dijo el hombre aludido, pero el temblor de su voz privó de toda fuerza a sus palabras.

Yo, que todavía sostenía en mis manos la revista de Maude, la abrí por la página que había sido determinante en nuestra investigación y se la enseñé:

—¿Quiere decir que este no es usted?

Incluso con el paso de los años, y con el físico minado por la enfermedad, Fenwick era inconfundible. Y las expresiones que se sucedieron en su cara, una mezcla de rabia, vergüenza y resignación, fueron la confirmación.

—¡Le dije que lo había visto antes! —exclamó triunfante Maude —. ¡Tengo una memoria excelente para las caras!

—¿Qué significa todo esto, señor Holmes? ¿Que el capitán… no es un capitán, sino un actor? —exclamó Clotilde conmocionada, señalando la revista que yo tenía en la mano—. ¿Y qué tiene que ver todo esto con el pobre Benny?

Fenwick bajó la cabeza y suspiró largamente. Era como si un fantasma que hubiera quedado atrapado dentro de él hubiese conseguido emerger. Luego alzó la cabeza de nuevo y asintió gravemente.

—Tiene razón, señor Holmes… Todo ha acabado. Y espero que no le moleste que le robe la última escena. Sí, mi verdadero nombre es Albert Fenwick y he sido yo quien ha asesinado al señor Shapton.

CAPÍTULO 21

UNA VIEJA HISTORIA Y UN FATAL IMPREVISTO

Con los ojos desencajados de horror, la señora Dibley exclamó:

—¡Oh, Dios mío!

—Increíble… —murmuró Maude meneando la cabeza.

—¡La King's White Horse siempre ha sido un lugar muy respetable! —soltó la señorita Berrell—. ¡Es una verdadera vergüenza!

Clotilde se levantó de golpe, abrió y cerró la boca, pero solo pudo emitir un gemido inarticulado. Irene la sujetó, la hizo sentarse otra vez y le murmuró algo al oído.

Sherlock suspiró y esbozó una especie de sonrisa, en una expresión en la que se mezclaban el pesar y el fastidio.

—Es muy noble por su parte atribuirse toda la responsabilidad, señor Fenwick, pero es justo decir que esta tragedia ha tenido otros dos intérpretes, a los que conocemos como Adrian y Jane Liverton y que solo Dios sabe cómo se llaman de verdad.

Los dos aludidos callaron y mantuvieron la mirada fija en el suelo. Toda la combativa vitalidad de la señora Liverton había desaparecido, y su marido, si es que realmente lo era, se miraba las manos como si no las reconociera como propias.

Clotilde, incrédula, se había puesto a sollozar quedamente y repetía:

—Pero ¿por qué…? ¿Por qué?

—Mila, ¿serías tan amable de leer el artículo ilustrado con esa foto? —me pidió Sherlock.

Yo asentí y, tratando de no trabarme con las palabras, leí:

—«El talentoso Albert Fenwick tuvo un vigoroso aprendizaje en la compañía teatral Blue Hats, los *enfants terribles* del teatro londinense que hace ya algunos años tanto dieron que hablar. Al llegar a su fin, con la trágica muerte de William Hawley, que era el joven dramaturgo que dirigía la compañía, Fenwick decidió…».

—Es suficiente. Gracias, Mila —me interrumpió Sherlock, que se inclinó hacia delante y juntó las yemas de los dedos—. Pues bien, estaría dispuesto a apostar una fuerte suma sobre los siguientes hechos: que la «trágica muerte» de William Hawley ocurrió precisamente en los años en que Benjamin Shapton, como nos contó, se ocupaba de producir espectáculos teatrales, que Albert Fenwick y los señores que para nosotros se llaman Adrian y Jane Liverton eran también jóvenes actores de la compañía Blue Hats y, por último, que los tres consideraban a Shapton responsable de la muerte de su amigo. En una palabra: venganza. Este es el fondo de la tragedia que se ha representado aquí, en la
King's
White Horse.

Fenwick se puso en pie delante de Sherlock. Era casi tan alto como él y lo miró directamente a los ojos para decirle:

—Extraordinario, señor Holmes, y completamente digno de su fama. Ganaría su apuesta. William Hawley merecía que lo vengaran. Era un joven dramaturgo que se quitó la vida hace muchos años por culpa de ese ser inmundo de Shapton, que en aquella época era empresario teatral. Aquel hombre era, de hecho, un vulgar seductor que le robó a William a su Vivian, la mujer a la que amaba con locura.

—¡No, no es posible, mi Benjamin no! —gimió Clotilde.

La voz estentórea de Fenwick, educada por años de teatro, la tapó sin dificultad e, ignorándola, prosiguió:

—Naturalmente, Shapton no produjo nunca ningún trabajo de Blue Hats. Demasiado experimentales, demasiado fustigadores. No creo siquiera que supiera que existíamos. Él solo estaba interesado en las comedias que llenaban fácilmente la sala. De todos modos, durante unos años frecuentó los ambientes teatrales londinenses y así fue como conoció a Vivian. Una muchacha joven e ingenua que, desafortunadamente, se dejó engatusar por las maneras desprejuiciadas y la vida lujosa de aquel hombre. Nuestro amigo,

destrozado, se quitó la vida. Y algo dentro de nosotros se rompió para siempre. Vivimos a la sombra de aquel dolor y aquella rabia durante muchísimos años y luego…

—¿Y luego?

La sombra de una sonrisa, entre la amargura y la incredulidad, pasó por el rostro de Fenwick.

—A mi regreso de Estados Unidos, el destino quiso hacerme entrar en las oficinas de una agencia de viajes londinense, donde reconocí inmediatamente al hombre que años antes había sido el causante del suicidio de mi gran amigo William. Tuve una idea fulgurante: vengarme de Benjamin Shapton en una última y gran representación en la que participaran los miembros que seguían con vida de Blue Hats, el grupito de jóvenes artistas que se congregaba en torno a Hawley. Los aquí presentes Mabel Wright y Adam Sullivan aceptaron mi propuesta, aunque, reitero, concebí yo el plan y yo vertí el veneno en la copa de Shapton.

—¡Oh, Albert! —exclamó la señora Wright mientras se sacudía de encima los últimos vestigios de Jane Liverton, cambiando de acento y de postura para adoptar un aire más agresivo y nervioso. Junto a ella, Adam Sullivan enderezó la espalda, pero no sufrió la misma transformación.

«Claro, él es el único que, por inquietud, nunca ha logrado meterse de verdad en su papel», pensé yo.

—Asombroso, realmente asombroso —observó Sherlock, y me pregunté si se referiría a la confesión o a aquel repentino cambio de apariencia de la señora Liverton—. Pero hay otro asunto que aclarar. Y resulta peculiar cómo la casualidad ha entrecruzado realidad y ficción en esta historia. En «El barril de amontillado», el cuento de Poe que tanto ama mi amigo Arsène, el vino es el protagonista de una historia de venganza. Y no me ha pasado inadvertido el temblor del señor Liverton, o quizá debería decir Sullivan, cuando se pronunció la palabra «venganza» en nuestro brindis navideño. Pero, dado que la vida real es mucho más compleja que los relatos de un escritor, en este caso tendremos que ocuparnos también de otro vino, concretamente de una botella de oporto.

Oí el nombre «Ormerod» salir en forma de murmullo de los labios de la señorita Berrell, cuyo rostro se volvía a cada minuto

más severo y ceñudo.

—Exacto, el señor Ormerod —asintió Sherlock, y la miró. Luego continuó con su reconstrucción de los hechos—: También él mintió. No sobre quién era, sino sobre los motivos de su estancia en la fonda. Fue precisamente al fingir que era un entendido en vinos cuando se traicionó, pues volvió del sótano con una botella de oporto demasiado viejo y de sabor horrible, que de todos modos se bebió con gusto. El señor Ormerod, en resumen, no era un experto en vinos y no había venido aquí a relajarse y disfrutar de la Navidad. Tenía un objetivo preciso: encontrar el pasadizo que, según un texto de historia que tenía en su poder, comunicaba la King's White Horse con Merryweathers Court, el viejo castillo de Mayfield, en el cual, desde hace algún tiempo, se guarda una valiosa colección de tabaqueras antiguas. Ormerod, señores míos, era un ladrón. O un aspirante a ladrón, dado que no pudo llevar a cabo el golpe. La antigua galería subterránea existe de verdad en el sótano de esta fonda, pero fue tapiada hace mucho tiempo, poco más allá de su entrada. Así que, después de bajar con la excusa de coger una botella de oporto y descubrir aquel obstáculo, el señor Ormerod debió de pensar que volvería al sótano en un momento más tranquilo para ver si había algún modo de abrir un hueco en ese muro. Pero no tuvo otra oportunidad.

Arsène se adelantó un paso y, dirigiéndose a Fenwick con voz cortante, le preguntó:

—Díganos, ¿fue usted también quien se ocupó del señor Ormerod?

—Sí —respondió el viejo actor bajando la mirada.

—¿Pese a su enfermedad, que le quita las fuerzas día a día? —le preguntó Irene poco convencida—. Quizá en su juventud habría podido fácilmente con alguien como Ormerod, pero ahora ya no es el hombre atlético y fuerte de otros tiempos.

—Pero, veamos, ¿se puede saber qué tiene que ver el señor Ormerod en todo este asunto? —estalló la señorita Berrell—. ¿Es que no se marchó enfermo?

—No, lamentablemente. Hemos encontrado el cadáver de ese pobre hombre en un recoveco del sótano —explicó Arsène sin más preámbulos.

Di un respingo y un gritito de horror se me escapó de los labios antes de que pudiera llevarme la mano a la boca.

La señorita Berrell desencajó el rostro y echó hacia atrás la cabeza en una expresión tan pasmada que pareció trágicamente cómica. La señora Dibley, a su lado, parecía haberse transmutado en una estatua de hielo.

Fenwick meneó la cabeza y dijo como si estuviese hablando consigo mismo:

—Se trató en realidad de una desgracia, un desventurado imprevisto…

—¡Pero ¿qué clase de monstruos son ustedes?! —chilló Clotilde, e Irene se apresuró a contenerla antes de que se abalanzara descompuesta sobre los tres conjurados. La apretó contra sí y la acunó dulcemente, y Clotilde lloró de nuevo apoyada en su hombro.

Sherlock prosiguió implacable su terrible relato:

—Se reunieron ustedes al amanecer en el sótano, el único lugar de la fonda donde poder hablar libremente y preparar sus movimientos. Naturalmente, creían que estaban solos en el sótano pero, por desgracia, también Ormerod había bajado para examinar mejor el muro que le bloqueaba el camino a Merryweathers Court. Yo mismo pude comprobar que el muro es perfectamente sólido y que abrir una brecha habría sido un trabajo muy laborioso. Ormerod debió de llegar a la misma conclusión, pero en determinado momento, al darse cuenta de la presencia de alguien más en el sótano, se escondió. De ese modo pudo oír lo que decían ustedes y…

Mabel se puso en pie de un salto.

—¡… y nos quiso chantajear! —rugió rabiosamente.

Fenwick suspiró y posó una mirada triste en la mujer.

—Nuestra disputa enfervorizó, Ormerod cayó al suelo y…

La señorita Berrell, aterrada, los fulminó con la mirada.

—¡Asesinos! ¡Bestias! ¡Se merecen una soga al cuello, los tres!

Yo sentía un hormigueo en la piel, como si las revelaciones de Sherlock hubiesen puesto en movimiento una energía dentro de mí que iba más allá del pensamiento. Cada fibra de mi ser se extendió para aferrar los detalles de aquella tenebrosa historia. Volví a rememorar la visita al sótano y sentí un estremecimiento al pensar que seguramente el cuerpo de Ormerod estaba en el recoveco

oscuro y lleno de trastos que me había dado escalofríos. ¿Habrían registrado mis ojos alguna pequeña pista que yo no había llegado a captar racionalmente? Quién sabe… Además, todavía había algo que no me cuadraba. ¿A quién había visto salir de la fonda? ¿Con quién había hablado?

—¡Pues claro! —exclamé, y todos se volvieron hacia mí. Aquella atención repentina me intimidó y me costó encontrar las palabras adecuadas, pero entonces por mi cerebro fluyó un razonamiento que salió disparado por mi boca—: ¡El hombre tan abrigado! ¡No era Ormerod! Y tampoco estaba resfriado… ¡Era alguno de ustedes fingiendo que era él, con su ropa y la bufanda tapándole la cara para que no lo reconocieran!

Me bastó dedicar una ojeada a los hombros estrechos y la figura delgada de Adam Sullivan para llegar a una conclusión:

—¡Era usted, señor Fenwick!

Me percaté de que tenía las manos y la frente perladas de sudor y la respiración jadeante como si acabara de finalizar una carrera alocada. Todos me miraban con los ojos como platos, excepto Sherlock, que sonreía.

—Magnífico, Mila —comentó, y me llené de orgullo. Holmes retomó luego la palabra y confirmó mi razonamiento—: La altura similar a la del señor Ormerod ayudó a Fenwick; un par de cojines bajo el abrigo le permitieron aparentar un físico mucho más corpulento y, por último, el buen actor añadió su talento. Una escapada a la estación para engañar a todos, una parada en los baños públicos para cambiarse y abandonar… ¡esto! —Sherlock se agachó junto a la mesita y sacó de debajo del mantel una maleta de cuero de color avellana.

Me estremecí al reconocerla: era la que había visto en la mano del señor Ormerod cuando se marchaba de la fonda. ¡Eso era lo que había hecho temblar al falso señor Liverton!

—Y de ese modo el señor Ormerod salió de escena.

Mabel Wright miró a Sherlock con unos ojos duros como el ónice y dijo:

—Es verdad, fue algo horrible. Porque aquel hombre no tenía nada que ver…

Alguien llamó a la puerta de la fonda.

Sherlock hizo un gesto en aquella dirección y se levantó del

sillón sin mirar siquiera a los tres cómplices.

—Esas cosas se las explicarán a la policía.

CAPÍTULO 22

EL OLFATO DE SHERLOCK HOLMES PARA LOS SECRETOS

Los tres conspiradores no opusieron resistencia cuando la policía entró para arrestarlos. No protestaron, se limitaron a tender las muñecas para que los esposaran.

Quien sí se hizo oír, y de qué manera, fue la señorita Berrell, que, vestida de punta en blanco y con las maletas preparadas, montó un gran alboroto en recepción:

—¡Yo había venido aquí para pasar una Navidad tranquila, y mire lo que ha pasado! —exclamó cuando los camilleros se llevaban los cuerpos de Benjamin Shapton y el señor Ormerod, cuyos perfiles se intuían bajo las oscuras mantas.

—Yo…, no sé qué decirle —balbuceó la señora Dibley, todavía visiblemente trastornada.

—No creo que vuelva el año que viene —soltó Berrell.

—No me parece que sea una mala noticia —comentó Maude con expresión angelical, y la mujer la miró escandalizada antes de girar sobre sus talones y salir toda estirada.

—Lamento mucho lo sucedido —dijo la señora Dibley dirigiéndose a Irene y a mí cuando también nos disponíamos a marcharnos.

—Desde luego no es culpa suya —respondió Irene con una mirada amable—. Lamentablemente, ciertas desgracias ocurren, y quien las vive como testigo debe encontrar la fuerza para seguir adelante.

Yo asentí, pero estaba distraída. Me habría gustado hablar con la policía junto con Sherlock, pero él había salido con los agentes y

ahora hablaba con ellos para repasar todo el caso.

Irene me había llevado al piso de arriba para hacer las maletas diciendo que ya no había más que hacer ni ver, pero yo tenía claro que solo lo había hecho para evitarme que viera los dos cadáveres. Para entonces, sin embargo, la policía se había hecho cargo de los cuerpos de Shapton y Ormerod, así que mi madre dejó de controlarme como un halcón. Un poco titubeante, asomé la cabeza fuera de la fonda. Sherlock estaba junto al vehículo de la policía. No me atreví a acercarme, me limité a observar.

—¿Tú también tratas de oír lo que dicen? —soltó una voz a mi derecha.

Cogida por sorpresa, me sobresalté. Era Clotilde Verini, que, con expresión ausente, estaba fumando un cigarrillo.

—¿Sabes?, yo no sé si Benjamin hizo de verdad esas cosas terribles —me dijo, como si nos conociéramos de toda la vida—. Quién sabe. Fue hace tanto tiempo… Y sin duda tenía un carácter…, en fin, nada fácil que digamos. Creo que hizo más de alguna cosa reprochable en su vida. Pero yo lo quería. Seré una tonta, pero lo quería, porque con él podía ser de verdad una condesa.

No sabía qué decirle, por lo que me quedé quieta, en silencio, sintiéndome extrañamente boba e inútil. Quizá debí consolarla, pero no encontré nada lo bastante inteligente o sensato que decir.

—¿Crees que, aunque una persona haya hecho algo terrible en su vida, puede ser recordada por las pequeñas cosas buenas? —me preguntó Clotilde exhalando por la boca una nube de humo azulado.

Yo clavé los ojos en Sherlock y me puse rígida.

—Yo…, espero que sí —murmuré, pero la duda siguió atenazándome el resto del día.

Incluso cuando el hijo de los Peabody vino a recogernos para llevarnos a la estación. Incluso cuando nos subimos al tren y los demás empezaron a reconstruir paso a paso los acontecimientos que nos habían llevado a resolver también aquel caso.

Regresé a Briony Lodge presa de una sensación de estupor. No podía seguir torturándome con la duda. Tal vez hubiera llegado el momento de hablar con Sherlock sobre las cartas misteriosas.

En cualquier caso, estaba casi segura de que él ya habría notado

los recientes cambios en mi comportamiento.

Por esa razón, no me sorprendió en absoluto que aquella noche, antes de bajar al comedor a cenar, hiciera como si coincidiéramos por casualidad en lo alto de la escalera.

—¿Hay algo que te preocupa? —me preguntó.

Yo negué con la cabeza, pero tenía la cara tan roja y temblaba tanto que mi respuesta no debió de resultar muy convincente.

—Es evidente que algo te turba desde hace algún tiempo. Y es algo que me concierne. Solo te has confiado con Billy, que con encomiable lealtad ha guardado el secreto. Y llevas algo encima, quizá un documento, ligado a ese misterio —dijo él con la calma de alguien que hablara del tiempo en una sala de espera—. Había pensado indagar sin que te enteraras, y confieso que habría descubierto en poco tiempo lo que escondes, pero… no puedo. Estoy en deuda contigo por lo sucedido en aquel muelle de Danzig: si yo no hubiese cometido errores, todo se habría desarrollado de otra forma. Por eso he decidido no hacer nada. Cuando estés lista para hablarme de ello, te escucharé.

Su mirada me pareció tan antigua como el mundo, y cansada.

En aquel momento comprendí que no podía mantener ocultos todos aquellos secretos dentro de mí por más tiempo.